



En mar  
abierto

EDUARDO ROMERO

En mar  
abierto



cambalach  
narrativa

*En mar abierto*

Colección: Narrativa.

1ª edición abril 2016.

1.500 ejemplares,

---

Edita: cambalache  
C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno.: 985 20 22 92  
e-mail: [cambalache@localcambalache.org](mailto:cambalache@localcambalache.org)  
[www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

---

Autoría: Eduardo Romero García  
Correcciones: Germán Domínguez Pérez,  
Ana Finat Suárez, Pedro Menéndez e Irene S. Choya  
Diseño, cubierta y maquetación: Amelia Celaya  
Impresión: Gráficas Eujoa

Depósito Legal: AS-01244-2016  
ISBN: 978-84-944572-2-7  
*Impreso en papel reciclado*

---

Todos nuestros libros están editados bajo licencia copyleft; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos, creemos que el objetivo de la publicación de libros es difundir sus contenidos y servir de herramientas educativas y de debate; por eso todo lo que publicamos se puede descargar gratuitamente en [www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

---

*A madame Zylensky,  
del rey de Finlandia.*

## PRIMERA PARTE

### 1

La casa estaba, a todas luces, desocupada. Puertas cerradas, maleza en el jardín, macetas conquistadas por las malas hierbas, persianas bajadas y oxidadas. Habían rondado a su alrededor durante varios días para confirmar que no había vida en su interior.

La puerta delantera, demasiado expuesta a la calle, quedaba a la vista de algún vecino curioso y, quizás, entrometido. Así que esperaron a la noche para propinar tres o cuatro patadas a la puerta de atrás. La luz de las farolas de la calle iluminaba levemente algunas de las estancias de la casa. Lo suficiente para comprobar que era habitable. Abajo, un amplio salón con una mesa de madera maciza, grande y alargada, además de la cocina y el baño, sin agua corriente. Arriba, un buen puñado de dormitorios. Más arriba aún, en el techo de una de las habitaciones, una misteriosa trampilla. Demasiado oscuro para abrirla y colarse en su interior.

Las furgonetas repletas de comida se estacionan, de madrugada, delante de la puerta del almacén del supermercado, que permanece abierta durante el reparto. Penetran sigilosamente y se dividen para coger la mayor cantidad de comida en el menor tiempo posible: leche, yogures, pan y dulces son el grueso del botín. Un repenedor sorprende, encaramado en una escalera, al más menudo, que avisa al resto con un breve grito. Salta al suelo con una agilidad asombrosa, se escurre entre las manos del empleado y es el primero en alcanzar la puerta. Los demás, como un resorte, han iniciado la huida. Salen justo detrás y se dispersan, a la carrera, en diversas direcciones. Ninguno ha soltado la cena.

Ha anochecido. Sobre uno de los bancos de la plaza extienden toda la comida que han podido recopilar. Comienza la cena del primer día de Ramadán. Al otro lado de una valla, se oye ruido de juegos en una pista de fútbol atestada de jóvenes del barrio. Una mujer se acerca, renqueante, al grupo reunido alrededor de la comida. Es una vieja conocida de la calle. Tiene hambre. Pronto le hacen un hueco y se suma al banquete.

En el gran salón de la casa abandonada algunos chicos han comenzado a cantar. De no se sabe dónde ha aparecido un pequeño tambor. Todos –también la vieja– siguen su ritmo con palmas o golpeando sobre la mesa. En uno de los armarios del piso superior han encontrado un montón de vestidos, además de sombreros, chaquetas e incluso una peluca. La fiesta es también una fiesta de disfraces.

La música se cuele en la casa de al lado. Los vecinos, que hasta entonces no se habían percatado de la vida que bullía al otro lado de la pared, tratan de encontrar el lugar del que procede la melodía. Se asoman primero a la ventana, convencidos de que viene de la calle, pero ésta permanece desierta. Cuando se dan cuenta de que el ruido proviene de la casona, el padre y la madre se acobardan. ¿Quiénes la ocuparán? El hermano mayor, adolescente, se ofrece a aventurarse y, a través del jardín, asomarse a la ventana para ver qué pasa adentro. Su padre le prohíbe tajantemente salir de casa mientras su madre marca el teléfono de la policía.

El rap ha sucedido a las canciones populares marroquíes. Un sillón hace las veces de escenario: a él se suben quienes quieren cantar sus propias letras.

Han apartado la mesa del centro del salón y casi todos los chicos bailan. La vieja, bastante borracha, dormita en el sofá y, de vez en cuando, abre los ojos, mira a su alrededor y ríe. Vuelve a dormirse.

El ruido de las sirenas alerta a los chicos. Suben la persiana –se levanta entre quejidos– y ven, por el amplio ventanal, cómo se acercan dos coches policiales. Los agentes se dividen para entrar por la puerta principal y por la trasera. Irrumpen a la carrera en el gran salón, donde encuentran a una vieja echada en un sofá, durmiendo. Desconcertados, la zarandean hasta que se despierta y la interrogan por los causantes del ruido.

—¿Qué ruido? ¡A la mierda! Ni aquí puedo dormir tranquila –responde ella, alcanzando a uno de los agentes con su aliento a vino.

—Aquí había música hace un momento, la hemos oído –insiste uno de los policías, que sigue sin dar crédito a la escena que se han encontrado. Mientras, los demás se han repartido por la casa y buscan con linternas a los alborotadores.

—No hay nadie –informa uno de ellos.

—¿Lo ves? –añade la vieja–. Ya te lo decía yo: estoy sola, y hasta aquí me perseguís para molestarme. ¿No habíamos quedado en que no podía dormir en la calle? Pues en algún sitio tendré que pasar la noche, aunque vosotros queráis que, simplemente, desaparezca. ¡Dejadme en paz de una vez!

Antes de irse los policías dan una vuelta por los alrededores de la casa y avisan a los vecinos de que la única sospechosa del concierto nocturno es una anciana acostada en un sofá.

Pasa por lo menos media hora hasta que el primero de los chicos se anima a levantar la trampilla y descogarse desde el tejado hasta el piso superior. Desde arriba han

podido comprobar que los dos coches se han ido, pero prefieren extremar las precauciones. Sólo bajan tres. Recorren toda la casa antes de avisar al resto de que ya pueden salir. De vuelta en el salón, ríen mientras recuerdan la velocidad de su estampida hasta colarse por la trampilla, el agujero por el que observaban a los policías volverse locos en su busca, la insuperable actuación de la vieja para espantarles. Ella vuelve a dormir. No la despiertan. A la mañana siguiente se lo agradecerán.

5

Ahora que me propongo novelar las peripecias vitales de algunos de estos jóvenes, trato de recordar cómo los conocí. Maldigo mi memoria de pez, que me impide reconstruir mi primer encuentro con Ahmed. Cariñoso, desequilibrado, amable, mentiroso, locuaz, en Ahmed todo es exagerado. Me recrimina recurrentemente ese olvido mío de la primera vez que nos cruzamos por el barrio y él me abordó. Es nítido, sin embargo, el recuerdo de mi primer encuentro con Simo. Caminé hasta aquel parque en busca de Soufiane –tímido y despistado, Soufiane fue el primero de los chicos que conocí– y allí me encontré con un grupo de adolescentes que, junto a los muros de una iglesia, se pasaban una bolsa de plástico para esnifar disolvente. Era una tarde de domingo. Parecía que la gente de ese barrio vivía enclaustrada en sus casas, pues solamente esta pandilla ocupaba el parque. A mi llegada escondieron la bolsa y el bote de disolvente, pero

bastó un poco de confianza –yo no era policía ni educador– para que Simo sacara de nuevo la bolsa y empezara a inspirar con fuerza para regocijo de sus iguales, pendientes de mi reacción. A Simo le gusta referirse a aquella escena y yo recuerdo perfectamente su rostro y su cuerpo frente a mí: la energía que desprendía, sus ojos enrojecidos, su sonrisa mientras reivindicaba el placer del pegamento.

A Rachid, sin embargo, no llegué a conocerle. Escribiré sobre él sin haberle visto nunca. Serán las voces de Jibril y Elías –sus dos hermanos–, de sus amigos y de Laura –su novia de entonces– las que me permitan dibujar algunas de las escenas de su vida.

## 6

La gran casa abandonada, la *kharba* de la fiesta de disfraces, es ya un lugar controlado por la policía. La ciudad –Oviedo– se va haciendo cada vez más claustrofóbica para este grupito, que nunca logra pasar desapercibido. Entre las fantasías de los chavales siempre sobrevuela la posibilidad de largarse. Este horizonte –el de que los chicos abandonen la ciudad– es curiosamente compartido por maderos y chavales. La forma y el destino de ese éxodo son, sin embargo, opuestos en el imaginario de unos y otros.

El jefe de la Brigada de Extranjería es un burócrata. Desde la Comisaría General de Extranjería y Fronteras le llegan periódicamente órdenes para capturar extran-

jeros. Se trata de llenar aviones de deportación: le dan una fecha tope, un objetivo numérico y una nacionalidad, y él ordena salir a la brigada a por nigerianos o a por senegaleses o a por colombianos. Al principio enviaba a sus agentes a hacer detenciones a puntos calientes de la ciudad. La estación de tren o la de autobuses eran sus preferidos. Cuando no alcanzaba el objetivo, ampliaba las redadas a otros sitios, como la entrada de la cocina económica, los locutorios, el entorno de la sede de la asociación Asturias Acoge... Últimamente está perfeccionando sus métodos. Para qué hacer identificaciones por la calle, con lo escandalosas que son, pudiendo personalizarlas y acometerlas con discreción. El mando policial revisa los datos del padrón municipal, los cruza con las órdenes de expulsión en curso y envía a sus subordinados a hacer detenciones en los propios domicilios. Se le ocurre una treta para ahorrar aún más trabajo a la brigada. La está empezando a experimentar con éxito. No hace falta ir a buscar indocumentados si vienen directamente al redil: les envía citaciones para que acudan a hacer un trámite de su interés a la oficina de extranjería y allí mismo sus agentes los detienen. El jefe de la Brigada de Extranjería está orgulloso de las mejoras que ha introducido, pero todo esto lo vive como una cuestión de eficacia profesional.

El asunto de los jóvenes marroquíes que, tras su paso por centros de acogida, vagan por la ciudad, se lo toma, sin embargo, como una cuestión más personal. Son –piensa– chusma, carne de cañón, un nido de conflictividad social que hay que erradicar. Así que se le pone

entre ceja y ceja el objetivo de deportarlos, directamente o previo paso por la cárcel o el centro de internamiento.

Lo que los chavales imaginan, en la dirección contraria, es una nueva aventura: sortear fronteras hacia el norte, hacia otros países de Europa.

7

Rachid y Simo hablan precisamente de las peripecias de Soufiane, que ha dado señales de vida desde Suiza, cuando Ahmed irrumpie en la plaza para anunciarles que ha encontrado nueva casa. Rachid y Simo le escuchan al principio un poco incrédulos. Entonces Ahmed mete la mano en el bolsillo de su pantalón y, tras hacer unos aspavientos, abre el puño y –magia– unas llaves tintinean delante de las narices de sus amigos. A falta de una *kharba*, se ha sacado un as de la manga: ha convencido a Khalid para que les deje su piso durante la temporada que él pasará en Marruecos. En realidad no ha necesitado proponérselo, ni siquiera ha buscado conscientemente que Khalid se lo ofreciera. Ha surgido, sin más, de la conversación. Pero a Rachid y a Simo se lo adorna para presentárselo como si hubiera puesto en práctica un plan preconcebido.

Khalid es casi quince años mayor que ellos y lleva media vida en España. Vuelve a casa para celebrar su propia boda. En el fondo le inquieta meter a esta pandilla en su piso. No quiere perder su reputación, ganada a pulso contra todos los estereotipos raciales, de persona inte-

grada, discreta, laboriosa. Pero se siente comprometido con la familia de Ahmed. Al fin y al cabo eran vecinos en ese pueblucho del que ambos provienen. Desde la terraza, construida con las remesas enviadas por Khalid, éste puede otear durante sus visitas anuales buena parte del pueblo y, concretamente, la casa de la familia de Ahmed, más modesta y de una sola planta. Junto a ella se levanta una cuadra, casi un chamizo, para las vacas y los corderos que engorda el padre de Ahmed. Cuando ese hombre fornido y bigotudo abre la puerta, emana de allí un hedor espantoso. A un lado de la cuadra, una cuerda está atada al tronco de un árbol. La cuerda serpentea unos metros por el suelo y se eleva hasta anudarse en un collar. El collar se cierra alrededor del cuello de un burro que, en el preciso momento en que Khalid lo observa desde la terraza, arranca con los dientes unos hierbajos. A su lado pasa de largo la abuela de Ahmed. Desde su puesto de observación, Khalid no puede apreciar la delicadeza de su vestido ni los tatuajes que forman ya parte inseparable de su rostro y de sus manos. Esas pinturas paganas alrededor de su boca, su nariz y sus ojos espantan los malos espíritus. Contribuyen además a ese aura de erotismo que desprende la abuela al moverse, al reírse, al mirar a los ojos. Sí, la abuela habla, grita, canta, ríe estruendosamente. Mientras la madre de Ahmed permanece casi siempre recluida, la vieja, la bruja, la loca, puede hacer lo que le viene en gana.

Khalid viaja todos los años a este pequeño pueblo de la provincia de Beni Mellal, en el Atlas marroquí. No se lo confiesa a nadie, pero el lugar le parece cada vez más

deprimente. Casas paralizadas a media construcción, montones de ruinas, un dispensario de salud y paritorio impecablemente terminado y cerrado a cal y canto, una carretera plagada de tráfico que atraviesa el pueblo y lo impregna de humo y olor a asfalto recalentado... Khalid no acierta a explicarse cómo es posible que al principio le gustara tanto volver a casa y, sobre todo, que le provocara placer contemplar su pueblo. Ahora piensa que ese lugar tiene lo peor del campo y lo peor de la ciudad. Y recuerda la última visita al cementerio, cuando no era capaz de encontrar la vieja sepultura de su padre en medio de ese caos de enterramientos y de repente se vio, con sus pisadas, revolviendo la tierra de una de las tumbas.

No, Khalid no quiere perder su reputación, pero le pesa el deber para con sus vecinos. El encanto casi irresistible de Ahmed ha logrado inspirarle esa mezcla de compasión por sus tribulaciones y de confianza en que le cuidará el piso durante su ausencia. Ya le he dado las llaves, así que basta de darle vueltas, se dice esa noche mientras aprieta con fuerza el contenido de su maleta rebosante para lograr cerrar la cremallera.

## 8

El piso es frío y húmedo. Un estrecho y oscuro pasillo da paso a la cocina, el baño y un par de habitaciones. La madera podrida de las ventanas deja pasar el aire al interior. Una especie de murmullo permanente se cuele por las hendiduras: en el tejado y en la parte más alta

de la fachada, por el lado del patio interior, anidan un montón de palomas, que llenan de mierda el alféizar de las ventanas. Aunque es el piso superior del edificio, hay un tramo más de escaleras: termina en dos puertas enfrentadas por las que se accede a los trasteros. Ambas puertas están candadas.

Khalid ha alquilado el piso recientemente. Había decidido vivir solo por un tiempo y éste era el hogar que se podía permitir. Tantos años de alquileres baratos en pisos compartidos le habían dado la experiencia y los contactos para no tener que acudir a los anuncios por palabras. Tenía los números de teléfono de dos de esos personajes tan propios de esta ciudad: dueños de decenas o centenares de pisos y locales, en los que no invierten ni un euro, su negocio consiste en los alquileres baratos. Este piso concretamente pertenece a un matrimonio. A él casi nunca le ha visto: percibe su presencia –su olor– cuando acude a pagar el alquiler a su casa en el centro de la ciudad, pero nunca se asoma a la entrada. Es ella, una mujer gruesa, de cara rolliza, encaramada en unos tacones que resaltan su cojera, quien abre la puerta a Khalid y, sin dejarle entrar más que un par de pasos en el recibidor, saca de un cajón un taco de recibos. Charo –así se llama la señora– suele demorarse un par de minutos hasta que encuentra el suyo. Mientras, Khalid observa el lujo cutre, de mal gusto, que se aprecia en los aparatosos marcos de los cuadros del pasillo, en la luz excesiva y molesta, en el suelo brillante y feo. Hace un calor insoportable, la calefacción debe de estar puesta a todo trapo, se dice Khalid. Finalmente, Charo

encuentra el recibo. Aunque el portal está cada vez más descuidado, todos los meses escenifican una ridícula disputa por los cuatro euros de más que Charo quiere cobrarle en concepto de luz del portal. Por ahora ha logrado contenerla. Cuestión de dignidad. Ella ha vuelto a abrir el cajón para sacar unas monedas con las que darle la vuelta de los trescientos euros que le ha dejado. Antes de escaparse del ambiente sobrecargado, Khalid tiene que escuchar el sermón de la señora: sé buen chico, no molestes a los vecinos –el portal entero es suyo. Cuando logra salir a la escalera se da cuenta de que hace un rato que no percibe el olor ácido del marido: los perfumes de Charo lo han inundado todo.

Mientras vuelve a casa hace recuento de los pisos ocupados en su portal. Muchos están vacíos, así que es fácil acordarse de todo el vecindario. Abajo, en el sótano –pues hay dos pisos cuyas ventanas asoman unos centímetros por encima del suelo de la calle–, viven tres jóvenes estudiantes con los que se cruza habitualmente. No sabe demasiado de ellos, aunque es obvio –por las grandes fundas que cargan a sus espaldas y por las melodías que emergen de ese sótano– que el conservatorio es el motivo que les ha traído a la ciudad. En el bajo vive, sola, una anciana. Khalid sólo la ha visto a través de la ventana cerrada. La mujer aparta la cortina y observa a la gente que pasa por la calle. Seguro que cuando se vaya el frío se animará a abrir la ventana y asomarse, imagina Khalid, que ha cruzado algunas frases con una de sus hijas, la única persona que, de vez en cuando, acude de visita. Sabe por ella que durante décadas la familia

vivió en el piso que ahora ocupa él mismo. La anciana se arreglaba bien, pero para el marido cada vez requería más esfuerzo subir los cuatro pisos de escaleras. Así que, cuando quedó libre uno de los bajos, se apresuraron a hablar con Charo para que se lo alquilase. El hombre se resistió tercamente a abandonar su casa de siempre, mientras madre e hija trataban de razonar con él. Finalmente, Carmen –la mujer del tercero que vive con su hija adolescente– y sobre todo Rafa –el solícito y forzado vecino del primero– ayudaron a bajar todos los muebles, del cuarto al bajo, en una sola tarde. Todo el mundo quedó satisfecho al ver que, en los días siguientes, Fermín –el viejo– salía, enfurruñado aún por el cambio, a pasear por las cercanías. La alegría duró una semana, el tiempo exacto que tardó Fermín en morir, ahora que ya no tenía que subir escaleras.

En el primero hay dos pisos ocupados por hombres que viven solos. Quizás es en esto en lo único que coinciden, pues es difícil encontrar personalidades más opuestas. En la puerta del centro vive un tipo solitario del que nadie en el portal sabe demasiado. Lleva unos pocos meses en el vecindario. Extremadamente educado y discreto, cada mañana se le ve salir temprano, siempre vestido con un traje gastado y con una carpeta de las antiguas, de cartón azul, bajo el brazo. En la puerta derecha vive Rafa. Era aún un adolescente cuando arribó a la ciudad desde su pueblo natal. Su emigración fue un gesto de rebeldía frente a su padre, que esperaba de él que le sucediera en la ganadería familiar. Rafa optó por marcharse con una mano delante y otra detrás a buscarse la vida

por su cuenta. Un amigo del pueblo, también emigrante a la ciudad, le echó un cable en los primeros momentos. Enseguida empezó a trabajar, primero poniendo copas, más tarde en la cafetería de un hotel, y no tardó en alquilarle el piso a Charo. Rafa es un tipo extrovertido. Entre las largas jornadas laborales y algunas escapadas al pueblo –se ha ido reconciliando con su padre–, pasa poco tiempo en casa, pero todo el mundo le conoce y le aprecia en el portal. Hasta en el cuerpo se oponen los dos vecinos del primero: el hombre solitario es muy delgado, nervudo y arrugado. Sube y baja las escaleras como una culebrilla, a veces –piensa Carmen– casi no te enteras de que te has cruzado con él. Rafa, apenas treintañero, es un cuerpo rotundo. Alto y trabado, su presencia es aún más ancha de lo que reflejan sus medidas.

En el segundo izquierda vive Juan. Según le ha contado Carmen a Khalid, hace muchos años que no habla. Se pasa el día asomado a la ventana, saludando, con un grito gutural, ronco e indescifrable, a todo el que pasa por la calle. Acompaña su voz con una enorme mano que levanta y agita con entusiasmo; si la persona mira hacia arriba –y sobre todo si contesta al saludo con un gesto–, Juan le devuelve su sonrisa, una sonrisa ancha –no se ríe sólo con los labios sino con toda la cara–, y saca medio cuerpo fuera de la ventana.

Cada anochecer baja a la calle y da una vuelta a la manzana. Camina con el tronco echado hacia delante, las manos entrelazadas en la espalda y los pies pisando ligeramente hacia fuera. Comprueba que cada puerta de los portales vecinos está bien cerrada. Termina siempre

asegurándose, varias veces, de que su propio portal está atrancado. La última noche en su antigua casa la puerta se quedó abierta, bien temprano subieron a sacarle de la cama y, medio dormido, lograron convencerle de que tenía que bajar. Llevaban meses visitándole –a él y a la vieja tía Dolores– para repetirles que marcharse era lo que más les convenía. Entonces tiraron la vieja casa, su casa de siempre. Juan vio con sus propios ojos cómo la derruían. Dolores intentó llevárselo de allí, pero él se pasó el día en la acera de enfrente, mirando alternativamente el solar lleno de escombros y algunos de los objetos rescatados en un par de cajas de cartón, justo esos que no permitió que nadie le arrebatase para llevarlos a su nuevo hogar.

Enfrente de Juan y Dolores vive Lamp. Carmen, que se lo cruza a menudo en la escalera, se preguntó durante años cómo era posible que avanzara tan poco con el idioma. Pasa el tiempo y sigue sin entender nada, se decía Carmen, entre divertida y asombrada. Y de pronto, una de esas tardes en que se encontraron en el portal, a Lamp –recién llegado de un viaje a Senegal– le brotaron de golpe todas las palabras, y desde entonces parlotea con Carmen a la menor oportunidad. A ella le encanta ese personaje apacible que dos veces al día desciende las escaleras atiborrado de mercancías que le cuelgan de los hombros: cinturones, carteras, pulseras, muñecos...

A Lamp se le forman unas arrugas en la frente cuando sonríe. Se está haciendo viejo. Y, aunque viva con dos compañeros, aunque tenga algunos familiares en la ciudad, está muy solo.

Es la calle de la ciudad donde más proliferan los bares de copas. Aún permanecen abiertos un par de ellos de los históricos, esos que conservan una cierta personalidad, reconocible por quienes acuden en busca de un estilo de música y un tipo de ambiente. Pero todos los que han abierto en los últimos diez o quince años están cortados por el mismo patrón: las mismas luces de colores, la misma música, los cuerpos de las camareras puestos en juego para competir por la clientela, histriónicas parejas de comerciales repartiendo ofertas de copas baratas entre la gente que circula por delante, el segurata en la puerta para seleccionar a quienes se aprestan a cruzar la entrada.

Quien camine de día por esa misma calle se sorprenderá al encontrarse con una especie de resto antropológico del barrio: una pequeña tienda de ultramarinos. Tiene un par de metros de escaparate, por el que se pueden observar los cajones de fruta y el mostrador de los quesos y los embutidos, pero la tienda, muy estrecha, tiene sobre todo mucho fondo. El único espacio hacia fuera del mostrador, que divide la tienda en dos estrechas y alargadas mitades, es un pasillo por el que a veces la clientela se tropieza con sacos de patatas y cajas de cebollas apiladas unas sobre otras. En la estantería superior, inalcanzable salvo con una larga escalera, se exponen botellas de vino. Parece que llevan años acumulando polvo allá arriba, sin que nadie las toque. Algunas de ellas son de marcas extravagantes.

Las cajas de fruta y verdura, una vez vaciadas, se ponen boca abajo para servir de asiento a algunas mujeres que echan un rato allí charlando con la dueña. De ella diríamos que tiene unos sesenta y cinco años, pero en realidad tiene veinte años más.

Una de las mujeres que se sienta hoy en una de esas cajas es la vieja de la fiesta de disfraces. Fina le ha preparado y regalado un bocadillo y, mientras observa cómo se lo come, la arenga para que deje de beber. La vieja mastica tenazmente el pan y el salchichón con la pobre dentadura que le queda y escucha el rapapolvo con resignación. Fina se mueve de un lado a otro de la tienda seleccionando lo que otra mujer le va cantando: una docena de huevos, dos latas de atún, un cuarto de jamón de york, medio kilo de manzanas, uno de peras, tres plátanos, papel higiénico del suave, unos estropajos –estos últimos no se los canta, sino que los coge la propia clienta, pues están en las estanterías de su lado–. Fina agrupa toda la compra sobre el mostrador y hace a mano, con letra redonda, elegante, la suma de las cifras que ha ido apuntando con un lápiz en un trozo de papel cuadriculado. Al terminar la suma descuenta mentalmente tres euros del resultado final, escribe la cifra en tamaño un poco más grande en la parte inferior del papelucho y ésa es la cantidad que le pide a la señora. Introduce de regalo en la bolsa de tela que ha traído la clienta una caja de *galletas de la abuela*, así pone en la tapa. La señora agradece el detalle, paga a Fina y coge su bolsa, pero no se marcha. Se hace un hueco en el pasillo y también se sienta sobre una de las cajas. En el tiempo que perma-

nece sentada, Fina sale a la puerta al menos dos veces a entregar bocadillos a yonquis del barrio que se arriman por allí.

A Fina le han ofrecido mil veces que venda la tienda, el negocio que abrió su abuelo hace ciento once años. Ella lleva más de setenta despachando. Nunca venderé la tienda para que la cierren y abran otro bar, dice a todo el que penetra en su pequeño mundo. Y eso que cada vez tiene menos clientela. La mayoría del vecindario se ha tenido que mudar a la periferia –a medida que tiraban o restauraban las casas y construían de nuevo, en los años de bonanza, para las clases emergentes– o, directamente, se ha muerto. Hace unos años ha abierto, a escasos trescientos metros de la tienda, una gran superficie comercial a la que acuden riadas de gente que sale cargadas de bolsas de plástico repletas de envases de comida.

Es de noche, hace varias horas que Fina ha bajado la verja y ha subido la escalera camino de su casa, justo encima del local. La calle es peatonal, desciende desde la zona de la catedral hasta el parque que se encuentra en el perímetro del casco viejo. Cambia de nombre en su tramo más bajo. Justo a la altura de ese cambio se abre, a la derecha, una plaza. A estas horas ha quedado repleta de botellas de cristal y vasos de plástico. La lluvia, fina, se mezcla con los restos de meadas. Los jóvenes que atestaban la plaza hace unas horas se han cobijado en los bares que abundan en la zona. De uno de ellos sale un chico –ropa de marca, riñonera y cuatro o cinco copas de más– que camina, vacilante, de vuelta a casa. Dos chavales que soportaban estoicamente la lluvia en

la calle le siguen a una distancia prudencial. Cuando se aleja de las calles del casco viejo, comienzan, poco a poco, a aproximarse. El joven, ensimismado, continúa su andar inestable, dirigiéndose por inercia hacia su casa por un camino que ya es rutinario después de una noche de fiesta. No consigue desembarazarse del zumbido que siente en los oídos y, de vez en cuando, escupe algún resto de saliva por su boca pastosa y sucia. Al dar vuelta a una esquina, uno de los perseguidores le adelanta y se cruza en su trayectoria. Asustado, logra detenerse antes de chocar con la sombra que ha irrumpido en su camino; aprovechando su parón, el otro le aborda por detrás y le atrapa el cuello con ambos brazos. Con un movimiento preciso le hace perder el sentido. El joven se derrumba sobre la acera. Se llevan la riñonera, la chaqueta y el reloj. Han dudado si robarle también los zapatos. Finalmente se los han dejado puestos.

Al principio a Rachid le daba miedo robar *ahogando*. Temía que le pasara algo grave a la víctima, incluso que muriera. Se quitó el miedo una tarde: fue el día que le explicaron exactamente cómo tenía que colocar los brazos y probaron a hacerlo entre ellos mismos. Te quedas dormido, nada más, y luego te despiertas y no sabes dónde estás ni qué ha pasado. Pero pronto vas recordando y compruebas que no es nada.

Poco después de que Simo, Ahmed y Rachid se instalen en el piso de Khalid, algunos otros chicos de la calle empiezan a acudir casi a diario a pasar tiempo en la casa. Más adelante fuerzan la cerradura del portal para colarse a dormir en el descansillo que hay al final de las escaleras, junto a los trasteros. Finalmente rompen los candados de las puertas y, de noche para no toparse con nadie, suben varios colchones. En una estancia de unos cuatro metros cuadrados, umbría, ambientada por el olor de las palomas, con techos tan bajos que tienen que caminarla continuamente agachados, dos chicos ríen y cantan la música que descargan de un teléfono móvil. Se pasan alternativamente una bolsa de plástico que colocan sobre sus narices. Aspiran fuerte. El disolvente asciende por sus fosas nasales, resacas y enrojecidas, hacia el cerebro. Cuando unas horas más tarde Ahmed sube a pedirles tabaco, duermen abrazados sobre el colchón.

Una noche, Carmen, preocupada por los ruidos que escucha en la escalera, se anima a seguir su rastro hasta los trasteros. Los chicos no le dan miedo –nunca ha tenido problemas con ellos–, pero quiere saber qué está pasando en el portal. Cuando alcanza a cruzar una de las puertas y se asoma al primer hueco, descubre, entre el olor penetrante a pegamento, dos cuerpos desnudos y entrelazados. Unas manos se aferran a una espalda. El culo –Carmen lo ve por un instante– se mueve rítmicamente. Mientras deshace precipitadamente el camino, comienza a escuchar los gemidos.

—Hola. Mi nombre es Jorge Díez –el hombre acaba de cruzar la puerta de entrada de la oficina–. Vengo a ver si tienen ustedes trabajo –añade mientras alarga su mano y aprieta enérgicamente la del sorprendido administrativo, que se lo ha topado cuando se dirigía pensativo hacia la máquina de café.

—¿Cómo? –responde éste para ganar tiempo. Observa al recién llegado, un tipo moreno, delgado, de mirada franca y melancólica. Le echa unos cincuenta años.

—Además –añade–, tengo 33.

—¿33?

—Sí, de minusvalía.

—Mire –el administrativo traga saliva–, es que aquí no tenemos trabajo para nadie.

—Pues salen ustedes en internet –insiste el recién llegado–. Yo antes trabajaba en la construcción, era encofrador gruista –afirma con orgullo–, pero hace un año me tuvieron que operar de una hernia discal.

—Nosotros no nos anunciamos en ningún sitio.

—Sí lo hacen –afirma rotundamente. Y pide permiso con la mirada para apoyar sobre una mesa la carpeta de cartón azul que sostiene desde que entró por la puerta. Tira de las gomas para abrirla y aparta un buen taco de copias de su currículum–. Aquí está. –Y señala en un papel el nombre de la empresa.

—Ah, no, ahora entiendo. Esa empresa es la de la puerta de al lado, se ha despistado usted por culpa del rótulo de la entrada, es cierto que es un poco confuso.

—¿Y tendrán trabajo? —pregunta Jorge mientras recoge rápidamente sus papeles.

—No sé —contesta el administrativo, que sabe perfectamente que no—. Es una empresa pequeña —le anticipa—. Pruebe usted, a ver si tiene suerte —le dice con ganas de que termine la visita.

—Voy a ver. —Se pone la carpeta bajo el brazo—. Es para salir del paso, ¿sabe? Aunque sea para trabajar por horas y en negro. ¿Por quién pregunto?

12

Carmen lleva una década viviendo con su hija en el edificio. Antes vivían en un piso mucho más grande y céntrico, junto a Tomás. Le conoció cuando ella estudiaba enfermería y él era médico residente. Carmen estaba de prácticas en el hospital y Tomás y ella se desearon enseguida. Tanto que la primera vez que follaron fue sobre una camilla hospitalaria.

Ella se quedó embarazada de Ángela pocos meses después. Su primera idea fue abortar, pero Tomás la acabó convenciendo de tener a su hija. Aunque a Carmen todo le parecía vertiginoso, la pasión que él ponía a la relación acabó llevándola a aceptar también su proposición de boda.

Tomás le regaló entonces un viaje. Vayámonos de luna de miel ahora, antes de que crezca mucho esa barriga, le dijo mientras le acariciaba la tripa. Escoge tú adónde.

Y aunque después él se mostró reticente a viajar al destino escogido por Carmen —imaginaba que ella diría París o Nueva York o quizás Praga—, finalmente Carmen sí logró imponerse en esto y ambos volaron a Dakar. Ella no conocía entonces a Lamp, pero había hecho migas con algunos de los manteros que esparcían su mercancía por las aceras de las calles comerciales de la ciudad.

A Carmen siempre le había entusiasmado la literatura africana, especialmente la senegalesa. Se la veía salir de la biblioteca con libros de Mariama Bâ y de Ken Bugul bajo el brazo. Sentía mucha curiosidad por ese viaje.

En esos quince días de vacaciones empezó a intuir algunos abismos que la separaban de Tomás, aunque no supo o no pudo corregir en ese momento la dirección de sus pasos. A él le entusiasmaban los hoteles de la costa al sur de Dakar, el circuito turístico en torno a la ciudad de Saint-Louis, las aventuras organizadas hacia el interior del desierto. No es que a Carmen le incomodara el viaje y la compañía de Tomás, ni mucho menos —el deseo ocupaba aún el primer plano—, pero le hubiera gustado perderse por el país y pasar más desapercibida, aunque ella misma intuía que, en el fondo, esa voluntad suya de ser turista sin serlo era imposible de poner en práctica.

A la vuelta del viaje, y después de la boda, Carmen estaba embarazada de siete meses. El parto iba a ser en verano, en el mes de agosto, así que renunció a matricularse en el curso siguiente para centrarse por un tiempo en la maternidad. Es Tomás quien tiene ingresos asegurados, es normal que yo haga esta renuncia ahora, se decía. Y quizás era normal, pero el hecho es que el aban-

dono de su carrera acabó siendo definitivo. Se convirtió en la mujer de un médico que pronto logró plaza fija en el hospital.

A Carmen le costó cinco años salir de su bloqueo.

A la vuelta de unas vacaciones en París se armó de valor y le dijo a Tomás que quería marcharse de casa con Ángela. Él se resistió al principio, trató de que se sintiera culpable de romper la familia, culpable de perjudicar a su hija. Pero Carmen sabía que sus reticencias a la separación enseguida desaparecerían. No me separo porque alguien me haya contado que tienes una amante en el hospital, eso es lo de menos, le dijo. Yo tampoco he sido del todo fiel. Me he enrollado varias veces con Lucía, ¿la recuerdas? Estudiaba enfermería conmigo cuando tú y yo nos conocimos.

Tomás salió dando un portazo.

Y Carmen se marchó con Ángela al día siguiente.

Ahora está en la bolsa de trabajo de enfermería –retomó la carrera dos años después de separarse– y la llaman para hacer turnos en las urgencias del hospital. Sus horarios son tan variables que no es capaz de encontrar una rutina.

13

Pronto llega a oídos de Charo que la cerradura del portal está rota. Las fiestas del cuarto piso impiden dormir a Carmen y a su hija durante una semana seguida. Carmen telefona a Khalid –jamás le localiza– y decide aguantar estoicamente, no quiere ser una chivata. Pero

un día Ángela llega agitada y llorosa y acaba reconociendo a su madre que algunos chicos le dicen cosas por la escalera y hace tiempo que tiene miedo cada vez que entra o sale de casa. Carmen llama entonces a la casera, que, acompañada por su marido, se presenta en el portal. Se para en cada descansillo a tomar aliento, pero sube, tercamente, hasta el cuarto piso, donde nadie responde a sus llamadas. Ascende entonces dos tramos más de escaleras hasta los trasteros, y allí encuentra puertas forzadas y colchones extendidos en el suelo.

De la que baja, el matrimonio se cruza con Simo a la altura del tercer piso, y éste, al darse cuenta del percal, decide dar la vuelta y salir corriendo escaleras abajo, mientras el marido blande inútilmente su bastón y Charo le insulta y amenaza.

Carmen no quiere responder al interrogatorio al que la someten. Bastante culpable se siente con lo que ya ha dicho por teléfono.

Al día siguiente, una cuadrilla a la que Charo ha dado cuatro perras acude al portal y se lleva todo lo que hay en los trasteros.

Pasan varios días de silencio absoluto en el cuarto piso.

Carmen y Ángela se acaban convenciendo de que los chicos se han volatilizado.

14

Durante su viaje a Senegal, Tomás y Carmen cruzaron la región de Thiès camino de Saint-Louis. El taxi que les

llevaba no pasó demasiado lejos de dos pueblos minúsculos: Keur Harmbay y Darou Diagne. ¿Se habrán cruzado entonces con Lamp? En aquella época, él había comenzado a viajar frecuentemente a la costa desde Keur Harmbay, su pueblo natal. En las fábulas que le habían contado al niño Lamp, la tierra y el ganado eran fuente de bienestar. Pero la tierra que realmente había conocido era una tierra reseca, agrietada, estéril. El cacahuate la había matado, decían sus mayores. Así que Lamp viajaba a la población costera de Mboro, regateaba en el puerto con los pescadores hasta lograr unas cuantas cestas de pescado y, desde allí, se hacía un hueco en una de las furgonetas que trasladaban la mercancía hasta Touba, la ciudad santa fundada por el Cheikh Ahmadou Bamba.

Lamp, que se había hecho con una clientela fiel entre los comerciantes minoristas de la ciudad, vendía enseguida todo el pescado. Eso sí, debía respetar los principios establecidos por el marabú, descendiente de Ahmadou Bamba: la solidaridad comunitaria y religiosa obligaba a vender barato. Al final de la jornada dividía el dinero recaudado en dos partes. Guardaba celosamente un fajo de billetes en una cartera que introducía en un bolsillo interior de su pantalón. Tenía que meter su brazo hasta el codo por el interior de la pernera para encontrar ese lugar discreto, donde el dinero quedaba a buen recaudo. La próxima vez que lo sacara habrían pasado varias semanas y estaría de nuevo en el puerto de Mboro, de trapicheo con los pescadores. La otra parte del dinero se la entregaba, nada más llegar a casa, al dueño del único

comercio que existía en su pueblo. A cambio obtenía un saco de arroz y otro de mijo, además de varios paquetes de azúcar. Y aún sobraba dinero para que su mujer acudiese cada día a la tienda y retirara pequeñas cantidades de aceite de girasol y pastillas de jabón con las que lavar la ropa a mano.

Lamp acabó optando por trasladarse con toda su familia a Touba. Dejar atrás la tierra familiar no era una decisión fácil. A cambio llegaban a la ciudad santa. La cofradía muridí ha construido allí una comunidad no sólo religiosa, sino también económica y social. En su seno se siente una protección mucho mayor que la que puede ofrecer el Estado senegalés. El marabú les asigna, rápida y gratuitamente, una parcela donde construir la casa familiar. A la misma se lleva, sin coste alguno, agua potable.

Trabajar y adorar a Dios son las dos tareas principales que promueve la cofradía.

Pero el pescado en la costa comienza a escasear y el que se consigue es cada vez más caro.

Si no hay trabajo, hay que salir a buscarlo.

Lamp decide marcharse.

Para poder volver a Touba.

La costumbre impone que, para que el viaje sea un éxito, hay que actuar con discreción. Sólo el marabú y alguna otra persona de mucha confianza lo deben saber. Lamp se lo anuncia a uno de sus hermanos. Tengo un recuerdo horrible de la última noche en Touba, le cuenta Lamp a Carmen. Sabes que vas a viajar a la mañana siguiente y no sabes si vas a volver, pero no te puedes

despedir. No dormí en toda la noche. Al día siguiente dije que nos íbamos a Mboro a comprar pescado. Ya no regresamos.

—¿Y no tenías otra forma de venir? —pregunta Carmen.

—Solamente si tienes mucho dinero puedes conseguir un visado. Quizás te cueste diez veces más que el viaje en cayuco, así que yo no tenía opción. Salvo unas quemaduras y un trozo de dedo que me corté —Lamp le muestra a Carmen la cicatriz— el viaje fue bien.

Su obsesión en cuanto pisaron tierra en Las Palmas era hacer una llamada telefónica. ¡Estamos vivos!, grita Lamp a su hermano. Éste corre a avisar a toda la familia. Durante los últimos días nadie hablaba de Lamp. Su mujer se había dado cuenta ya de adónde había ido su marido. Ocultaba el viaje a sus tres niños, que seguían esperando la vuelta de su padre para ayudarlo a empujar el carrito repleto de pescado por las calles de Touba, atestadas de gentes, animales, mercancías.

15

La incursión de Charo y su marido y el episodio de los chavales con Ángela ha circulado de boca en boca por el portal. Lamp pica a la puerta una tarde para interesarse por ella. Carmen aprovecha la visita para invitarle a cenar en su casa al día siguiente. Además de la literatura, también le fascina la gastronomía senegalesa. Prepara *thieboudienne*, un plato de arroz con pescado y verdu-

ras, fuertemente condimentado, que se ha popularizado en Europa a través de los restaurantes de comida senegalesa.

Lamp acaba de regresar de visitar a su familia en Touba. Les cuenta a Carmen y Ángela cómo esperaban de él que volviera repleto de regalos y dinero. Cómo debía hacer ostentación de su supuesto éxito en Europa. Sin embargo, contra todas las convenciones sociales y familiares que le obligaban a ello, Lamp se ha resistido a jugar ese rol. Ha llevado una pequeña cantidad de dinero a su casa —no más de la que suele enviar desde el locutorio—, pero ha acudido a las casas de sus otros familiares y de sus amigos con té negro, azúcar y nueces de *kola*. Y no se ha inventado ninguna historia de abundancia. Su obsesión es ahorrar dinero suficiente para comprar una silla de ruedas para su mujer, que se quedó paralítica durante su último parto.

Si vuelves con la verdad por delante —le cuenta Lamp a Carmen—, te ganas el respeto. En realidad estás diciendo: aquí estoy, soy el de siempre.

Lamp no teme que su familia y sus amigos le traten como a un europeo. Su gente sabe de sus tribulaciones en Europa, él mismo se las ha contado. Pero está preocupado porque su visita ha desestabilizado a su primo Mandaw, al que no ha logrado disuadir de la idea de seguir sus pasos. Desde que regresó, visita casi a diario el locutorio para obtener información del posible viaje de su primo.

Mandaw es un joven que destaca, entre tantos cuerpos largos y finos, por su robustez. Ha vivido en Darou

Diagne hasta que, recientemente, se ha trasladado a Touba. Aunque sabe que su primo Lamp nunca miente, lo que le sobran son fuentes de información sobre Europa que le impulsan a la aventura.

16

Por semana, Lamp está siempre en la cama, dormitando, a la hora a la que pasa el camión de la basura. Reconoce el ruido del motor, escucha el sonido de los cubos arrastrados por las aceras y tiene un oído tan fino que detecta hasta los silbidos de los operarios. Hay un día a la semana que no necesita afinar la escucha: cuando recogen el vidrio montan un escándalo que despierta a todo el mundo.

Cuatro horas después de la visita de los basureros, Lamp se incorpora –no necesita despertador– y se levanta a realizar sus abluciones. Vuelve a su habitación, se sienta en un sillón que tiene a los pies de la cama y, durante una hora larga, lee el Corán y la obra mística del Cheikh Ahmadou Bamba.

Cumple con el rezo de la mañana antes de acostarse. A las diez despierta de nuevo y se levanta a desayunar. No tarda en salir de casa a realizar un largo recorrido de venta ambulante por los bares de la ciudad.

A las cinco de la tarde regresa. Juan le saluda siempre a esa hora, desde la ventana. Lamp corresponde al saludo, aunque, tan protocolario y educado como es, nunca sabe si su respuesta está a la altura de la efusividad de Juan, cuyo gañido escucha todo el vecindario. Lamp se

cuela enseguida en el portal porque teme que Juan, de la emoción de verle, se asome demasiado a la ventana y se caiga. Sus compañeros de piso no comparten horarios con él, así que al llegar a media tarde el piso suele estar vacío. Le gusta ese momento de llegar a casa y abandonarse a la modorra que le hace quedarse adormilado durante un breve cuarto de hora. Pronto se espabila y despliega su pequeña alfombra para un nuevo momento de recogimiento y rezo y, cuando termina, busca en la cocina la comida que le han dejado, o se pone a cocinar si ese día es a él a quien le toca. Lee de nuevo el Corán. A las ocho de la tarde vuelve a salir. En ese momento, dependiendo de los turnos de ella, tiene más posibilidades de cruzarse con Carmen. Cuando se produce, ambos disfrutan de ese encuentro y se demoran un rato en la escalera.

Últimamente, Lamp observa con preocupación a Jorge, el vecino del primero. No se lo encuentra en el portal, sino en la calle. ¿Qué revuelve en las basuras?, se pregunta.

Lamp tiene otro recorrido de bares para su itinerario nocturno. Vuelve a casa sobre la medianoche, la hora justa para acostarse a tiempo de ser despertado por el camión de la basura.

17

El día que me presentó a Lamp, Adama acababa de llegar a Oviedo. Se había decidido por Asturias después

de probar suerte en Francia, adonde viajó presionado por sus obligaciones familiares, difíciles de enfrentar con su exiguo y menguante salario de profesor. Voló desde Dakar y en el aeropuerto de París le apartaron de la fila, le cachearon y le retuvieron varias horas. La escena fue suficientemente traumática para que Adama decidiera irse de la madre patria. En Asturias tenía un familiar, así que cruzó la frontera por Irún y se presentó en Oviedo.

Militante del movimiento estudiantil durante su época en la Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar, Adama no pierde oportunidad para lanzar sus soflamas. Si hubiera estado en la cena con Carmen y Lamp, seguro que habría metido baza respecto a la comida. Habría explicado a Carmen que el *thieboudienne* tiene su origen en la colonización francesa y en el arroz importado de Indochina. Los pueblos de la costa crearon el *thieboudienne* –diría Adama– mezclando el arroz importado con pescado y con mucho aceite de cacahuete.

¿No había costumbre de comer arroz en Senegal?, preguntaría, sorprendida, Carmen.

Claro que existen formas propias de cocinar el arroz. En idioma *jola*, el idioma de la región sur de Senegal, *comer* significa *comer arroz*. Los *jola* cocinan hervido y con sal el arroz cultivado en su territorio: es el *niankatang*. Aparte, cuecen una salsa con aceite de palma, la *soupe Kandja*. Pero el *thieboudienne*, aquí en España, suena exótico, así que todo el mundo que lo come piensa que conecta con nuestras tradiciones.

El caso es que Adama y Carmen no se conocen.

A los clandestinos de Canarias los han subido a un avión que aterriza en el aeropuerto de Barajas. De allí los trasladan a una comisaría y, unas horas después, un autobús sale de la ciudad en dirección sur. Tras varias horas de carretera, llegan a su destino y son alojados en un albergue.

—Podéis quedaros tres noches –los avisan–. Después tendréis que buscaros la vida. Hay muchos campos en los alrededores donde encontrar trabajo.

Mandaw, junto a Moussa, otro vecino de su pueblo que ha emprendido el viaje con él, sale del albergue a primera hora de la mañana. En los alrededores observan que los campos están cubiertos de enormes extensiones de plástico. Se trabaja debajo, soportando temperaturas altísimas.

Mandaw y Moussa se encuentran con mucha gente vagando, como sin rumbo. La mayoría son marroquíes. Si hay tanto trabajo en el campo –se preguntan–, ¿qué hacen todos estos caminando con ropas andrajosas, sucios y probablemente hambrientos? Los dos jóvenes caminan durante toda la mañana, asfixiados por el sol, sin encontrar ningún invernadero en el que necesiten trabajadores. Lo que encuentran en las afueras del pueblo son agrupaciones de chabolas. Al pasar por una de estas barriadas observan a unos compatriotas.

—Mira, Mandaw. ¿No es ése Libasse? Sí, es él, estoy seguro.

Mandaw mira hacia donde señala su compañero y, al reconocer al amigo, sale corriendo detrás de Moussa, que está a punto de alcanzar al tal Libasse.

—¿Ya no reconoces a tus amigos? ¿Tanto te ha cambiado Europa? —bromea Mandaw en el momento en el que le dan alcance.

—¡Mandaw! ¡Moussa! ¿Qué hacéis aquí?

Los tres amigos se abrazan.

—¿Y esas caras? ¿Habéis caminado desde el pueblo con este sol? Venid. Tenéis que beber, descansar y más tarde me explicaréis cómo habéis llegado hasta aquí.

Libasse les conduce entre las chabolas a la que ocupa él mismo junto a otros cuatro compañeros.

Unas horas después, los recién llegados relatan a su amigo su larga peripecia desde que salieron de Touba. Libasse escucha una historia que le resulta familiar, ha hecho un viaje parecido un par de años antes. Cuando terminan de contarla, toma la palabra:

—Las cosas están muy mal aquí. Es casi imposible encontrar trabajo. Solamente cuando la fruta se pone de golpe muy madura, nos contratan a nosotros. Por lo que nos han contado los marroquíes, hace años era diferente. Pero, desde que los jornaleros inmigrantes comenzaron a organizarse, los patrones han cambiado de estrategia: traen directamente trabajadoras, sí, sobre todo mujeres, contratadas en sus países de origen. Primero las traían del este de Europa, últimamente también de Marruecos y de nuestro país. Muchas viven encerradas en casas de los patrones, aquí las llaman cortijos, y nunca aparecen por el pueblo. Las explotan igual que hacían con los marroquíes, pero a ellas las obligan a marcharse de nuevo a su país cuando termina la temporada.

Mandaw y Moussa permanecen en silencio. Una vez en España, confiaban en que todo sería más fácil. Mandaw piensa en su primo Lamp, al que no quiso hacer demasiado caso cuando le anticipaba las dificultades con las que se iba a encontrar.

—Eso no es todo —añade Libasse—. Últimamente la policía nos presiona mucho. Hace un par de semanas hicieron una redada en el pueblo. Aislaron las calles del centro con un cordón policial y detuvieron a cientos de personas sin papeles en la puerta del supermercado y en la calle. A un marroquí le sacaron de la cabina del locutorio cuando hablaba con su hija. Hasta detuvieron a una mujer en la sala de espera del hospital. Se rumorea que han expulsado a setenta. Cualquiera día se presentarán aquí, aunque por ahora no se han acercado; quizás tengan miedo de que les hagamos frente.

—Pero, Libasse, ¿no hay ninguna posibilidad de encontrar trabajo? No tenemos nada, dentro de dos noches nos echarán a la calle y no nos queda ni para un bocado.

—Aquí me parece imposible que vosotros dos encontréis trabajo ni siquiera por un día. Podéis veniros conmigo. Estoy a punto de marcharme hacia el este. Allí hay más posibilidades, están en plena campaña de la naranja. Nos iremos en tres o cuatro días. Podéis pensarlo hasta entonces.

—Libasse, no tenemos nada. ¿Cómo vamos a viajar? —pregunta Moussa.

—Iremos en autobús. No os preocupéis por eso: a mí aún me queda dinero. Y mis compañeros ayudarán con

vuestros billetes. ¿O es que pensáis que se nos ha olvidado la solidaridad con nuestros compatriotas?

19

Mandaw golpea la puerta varias veces hasta que abren. Entra cargado con varias bolsas de comida en un patio amplio, rodeado por altos muros que limitan el solar y con un caño de agua en el centro. Saluda a un joven que recoge agua en varios cubos.

Detrás del patio se levanta una ruinoso nave industrial. Algunos tabiques han desaparecido. No hay puerta de entrada, sino un amplio hueco en una de las paredes que permite observar, desde el patio, a un grupo de africanos sentados en viejas sillas o recostados en colchones mugrientos. Algunos se sientan en torno a una mesa de plástico plegable y comparten café y unas galletas. Otros están frente a un pequeño aparato de televisión, apoyado sobre una pila de ladrillos, y miran la tele, sin prestarle demasiada atención, mientras conversan.

Mandaw penetra en el edificio, saluda de nuevo, es correspondido por varias voces y camina hacia el interior de la nave. Va dejando atrás salas enormes, tan ruinosas como la fachada. Sin embargo, ni en ellas ni en la entrada se acumulan basura o escombros.

Después de atravesar varios huecos destinados a las puertas, accede a una última sala. Diez o doce colchones están desplegados en el suelo al fondo de la misma. Algunos están ocupados por hombres que dormitan. A la

izquierda, otro grupo se sienta alrededor de un pequeño fuego, alimentado con trozos de madera que han recogido por los alrededores.

—¡Por fin ha llegado la comida! –celebra Moussa, que se encuentra junto al fuego—. ¿Has vuelto a África a por ella? Estábamos a punto de salir en tu busca.

—Lo siento –responde Mandaw—. Decidí caminar más lejos. Hay una tienda más barata al otro lado del puente. Además, una chica ha traído hoy unos carteles anunciando un reparto de comida en el local de su asociación, así que me he acercado hasta allí. Me han dado arroz y lentejas suficientes para tres días.

—¡Joder, vaya banquete! A falta de una buena vaca, no suena mal el menú. Atizad el fuego, hay que ponerse a cocinar –afirma uno de los componentes del grupo.

Todos hablan francés. Desde el primer día que ocuparon la antigua fábrica, se organizaron de este modo. Había dos salas habitables: en la de la entrada se quedaron los que hablaban inglés; la del fondo fue para los francófonos.

Es una escena perfecta para imaginarse a Adama allí junto al fuego. Seguro que tomaría la palabra y les contaría alguna historia.

—¿Habéis oído hablar de Aline Sitoé Diatta?

—Claro –diría un joven que, como en realidad Adama no está allí, permanece recostado y en silencio—. Sitoé Diatta era *jola*, como yo. Una líder de la resistencia en Casamance.

—Así es —respondería Adama—. Era de Kabrousse, un pueblo de la costa que fue sede del reino *jola*. Aline defendió las comunidades campesinas de la avaricia colonizadora. Los franceses fomentaban los cultivos de exportación y, durante la Segunda Guerra Mundial, expropiaban buena parte de la producción de la región de Casamance. Sitoé Diatta lideró la organización de las mujeres, la defensa de los cultivos autóctonos y la desobediencia a los impuestos franceses. La deportaron y encarcelaron en Mali. Murió, enferma, en prisión.

El joven *jola* añadiría, emocionado:

—La asesinaron. Como a tantos otros líderes africanos que se enfrentaron a la colonización. Si hoy estamos aquí, mendigando que nos exploten en los campos españoles, es porque fueron capaces de terminar con nuestra resistencia, dividiéndonos y matándonos.

Quizás el joven esté pensando estas mismas palabras mientras cena en silencio junto al fuego.

En ese mismo momento, Adama salta al asfalto desde la trasera de un camión de la basura. Está ochocientos kilómetros al noroeste de la fábrica ocupada.

20

Hacia un par de meses que Moussa, Mandaw y Libasse habían llegado a la antigua fábrica. Las esperanzas de conseguir trabajo en la campaña de la naranja se agotaron enseguida. Sólo la venta ambulante les había permitido obtener un poco de dinero. Un compatriota les avi-

só de la posibilidad de dormir en la fábrica. Decenas de compañeros la habían ocupado después de dormir varias noches en la calle. El grupo estaba bien organizado: habían acondicionado parte de la nave, montado turnos de trabajo colectivo, entrado en contacto con el vecindario y obtenido algunos apoyos. Sin embargo, hacía semanas que se rumoreaba que la policía iba a desalojar la fábrica.

—Los dueños del solar tienen que respetar la fachada por su valor histórico, pero van a tirar el interior. Construirán un aparcamiento, un hotel, viviendas y oficinas. Lo primero es echaros a vosotros. Quienes tenéis papeles podéis aguantar hasta el final, pero sería mejor que la policía no encuentre aquí a quienes carecéis de documentación, corréis el peligro de ser expulsados.

Así se había explicado el abogado de la asociación vecinal que apoyaba al colectivo de inmigrantes. Tras varias asambleas, decidieron quedarse al menos hasta que se tuviera constancia de una orden judicial de desalojo. Antes de la intervención policial habría tiempo de que saliera la gente sin papeles. Mientras, en el barrio se organizaba una manifestación de apoyo a los ocupantes de la fábrica.

21

Libasse se dirige a sus dos amigos:

—Es hora de que nos marchemos. Mañana entrarán a desalojar. Algunos pueden arriesgarse y quedarse a ver qué pasa; nosotros no, no tenemos papeles. ¿Habéis pensado qué hacer?

—Llevamos semanas haciendo planes –responde Mandaw—. Tengo un primo en Asturias. Nos ha enviado dinero para los billetes de autobús. Probaremos suerte en el norte. ¿Te vienes? Esta vez somos nosotros quienes podemos pagarte el viaje.

—Gracias, pero me quedo por aquí. Llevo más de dos años dando vueltas por esta zona. Creo que yo solo puedo buscarme la vida. Conozco a mucha gente y sé cómo funcionan las cosas. No os preocupéis por mí.

—Nunca te agradeceremos lo suficiente tu ayuda, Libasse. Cuenta con nosotros para lo que necesites –le dice Mandaw.

—Ya habrá tiempo para los agradecimientos y las despedidas. Ahora toca largarse de aquí antes de que nos detengan. Mira cómo muchos ya se han preparado para salir. Deseemos suerte a los que se quedan –añade Libasse—. Tenemos que buscar un sitio donde dormir hoy. Espero que podamos encontrarlo debajo del puente, junto al río. Mañana podréis coger un autobús. Eso sí, mucho cuidado en las paradas y en las estaciones. Son de los lugares preferidos por la policía para montar sus redadas. Permaneced en ellas solamente el tiempo indispensable y tratad de no llamar la atención.

—Hermano, ¿te has olvidado de que somos negros?

22

Una paloma está posada en el alféizar de la ventana del cuarto piso, ése que se ha vaciado de un día para otro. Si

supiera y quisiera mirar hacia el interior se encontraría una habitación desolada. La paloma echa a volar, alcanza el tejado del edificio y continúa de tejado en tejado, en paralelo por la calle que asciende hacia el centro de la ciudad. Cuando la línea de casas finaliza, pierde altura progresivamente, a medida que cruza la gran ronda que delimita el perímetro del centro. Antes de cruzar la última calle para llegar al parque, se mueve entre coches aparcados en busca de restos de comida. Un vehículo que se desplaza velozmente por esa calle le da un golpe. La paloma cojea hacia el parque. Ahmed, Rachid, Simo y otros chicos están sentados en un banco. No le prestan atención. Sólo lo hacen cuando la gaviota desciende en picado y ataca a la paloma. La agarra con las patas –la paloma está panza arriba– mientras lanza picotazos contra ella. La paloma logra zafarse, ya malherida, y da unos pasos hacia un seto donde pretende encontrar refugio. Pero la gaviota planea y, sin darle tiempo a ocultarse, ataca de nuevo y la vuelve a agarrar, le desgarrar la carne con el pico y, ya muerta, se la lleva volando hacia un lugar más discreto donde disfrutar de su banquete. Los chicos se han ido avisando entre ellos y no han perdido detalle de la escena.

23

Junto al Centro de Menores de Los Pilares, Rachid ha abierto otra *kharba*. Es una pequeña buhardilla, a la que acuden chicos que se han quedado en la calle o menores

que, procedentes de los centros de acogida, se escapan y se presentan allí.

Ayer conocí a Laura, la novia de Rachid en aquellos tiempos, y me pasó una fotografía de él en esa buhardilla. La imagen no es de mucha calidad, pero impresiona el parecido de Rachid y de su hermano menor, Jibril. Su rostro, su expresión y sobre todo su mirada son idénticos. Rachid está sentado, casi recostado, sobre una pequeña cama en la esquina de la habitación, allí donde el techo se hace más bajo. Apoya media pierna sobre un sillón que está colocado a los pies de la cama. Viste unas zapatillas deportivas, unos vaqueros oscuros y una camiseta roja, de manga corta, con un número 2 un poco por debajo del hombro derecho. Lleva también una gorra de color gris, un collar y quizás –sólo quizás, la imagen es borrosa– un pendiente en la oreja izquierda. Para no echarse del todo, sostiene parte de su peso sobre el brazo izquierdo, con la mano apoyada en la cama. Ese brazo en tensión muestra que Rachid está delgado y fibroso.

La fotografía corta el inicio de lo que parece otra cama, paralela a la que ocupa el centro de la imagen. Poco más de un metro separa una de la otra. En el hueco entre las dos, contra la pared, hay una maleta negra de ruedas. Está echada en horizontal, las ruedas apuntan hacia la cámara. Probablemente esa pequeña maleta contenga todas las pertenencias de Rachid que, como buen nómada, no acumula propiedades. Detrás, por debajo de la sombra que la viga del techo deja en la pared, una bandera de Asturias está sujeta con un par de chinchetas.

Laura conoció a Rachid en Gijón. La ciudad está en la costa. En tren, a escasos treinta minutos de Oviedo. Laura estaba sentada en un banco con dos de las que entonces eran sus amigas. Rachid pasaba por allí, conocía a las otras chicas porque a veces andaban con sus hermanos. Se paró a pedirles fuego y enseguida toda su atención se centró en Laura.

Desde entonces ella empezó a sumarse a las expediciones de fin de semana a Oviedo que hacían sus amigas. A veces Laura pasaba la noche en pandilla. Rachid solía ausentarse, decía que se iba a Madrid.

Pero otras veces sí que estaba.

Ella recuerda que en realidad había dos *kharbas* cerca de Los Pilares. A una de ellas acudían todos los chicos y también sus amigas. La otra era una *kharba* exclusivamente de Rachid, un lugar en el que solamente entraba él. Decía que había espíritus, cuenta Laura. ¿Y eso? Efectos del pegamento, piensa ella. Hay quien desmiente la existencia de esa segunda *kharba*, pero en lo que sí coinciden los testimonios es en el carácter reservado de Rachid. Disfrutaba de la soledad y, en compañía, le gustaba colocarse en silencio, sin las grandes estridencias que solían acompañar las juergas colectivas.

En una de las habitaciones de la *kharba* han desplegado una mesa y la han llenado de comida. Ahmed es un ex-

celente cocinero. Simo, que ejerce de pinche, celebra su vuelta de un viaje a Fez a casa de su madre.

Simo cuenta algunas de sus peripecias. Mi madre es contrabandista, les espeta. Lo lleva en la sangre. Siempre que acude a Nador aprovecha para pasar alguna mercancía desde Melilla. La he ayudado estos días a cruzar un montón de mantas.

La mayor parte de los chicos son tangerinos, así que escuchan con curiosidad.

La abuela de Simo empezó a cruzar la frontera hace tres décadas. Había marchado a Nador desde un pueblo de Fez persiguiendo el rumor de un empleo en una fábrica de gambas. De madrugada, las mujeres caminaban hasta las inmediaciones de la fábrica. Allí llegaban los camiones con las cajas de gambas. Las mujeres peleaban por atrapar alguna de esas cajas. Caja que cogían, caja de gambas que podían pelar. El frío que se metía en el cuerpo era tan insoportable que la abuela de Simo solamente aguantó un año. Pronto inauguró la saga familiar del contrabando.

Mientras Ahmed vuelve a la cocina a por más comida, se escuchan unos golpes en la puerta. Se hace un silencio tenso. De nuevo golpean la puerta, con más ímpetu. Rachid susurra entonces a Ahmed que se esté quieto, que no se le ocurra abrir. Y al instante Rachid ya está saltando por la ventana, agarrado con fuerza a un canalón. Simo se asoma y ve cómo desciende a una velocidad endiablada. Salta a la calle y sale corriendo. Cuando los maderos tiran la puerta abajo de un empujón –esa mierda de puerta no daba para mucho, piensa Ahmed–,

uno de los comensales, precisamente el que buscaban, ha desaparecido.

25

Cuando a su padre lo nombran director de la oficina de Pola de Allande, en el suroccidente asturiano, Iván tiene ocho años. El pueblo se llena en verano con la llegada de los indianos procedentes de República Dominicana. Los chalets camino del puerto de El Palo son todos suyos. La influyente colonia asturiana en Santo Domingo, dueña, entre otras empresas, de las principales cadenas de supermercados, solicita a Banesto que abra una oficina en la capital dominicana. Quién mejor que el director de la sucursal en Pola de Allande, que conoce a todos los próceres, para encargarle la misión de abrir brecha en el nuevo destino. El objetivo es sencillo: que el capital generado por los expatriados se deposite en las cuentas del banco. El padre de Iván comienza, primero, a ausentarse por períodos de seis meses y, finalmente, toda la familia hace el petate camino de América.

Dice Iván que cuando te trasladas a un lugar que te cambia tanto la vida de repente, te acuerdas sobre todo del primer mes y del último. La casa de la que toman posesión a su llegada –en uno de esos barrios ricos con seguridad privada– es enorme. La primera noche están tratando de dormirse, a pesar del calor sofocante que sienten, cuando se oyen disparos en las inmediaciones. Están tiroteando al vecino de al lado, al parecer

un banquero que había llevado a la quiebra a su entidad financiera y se había quedado con los ahorros de un montón de gente.

¿De qué más se acuerda Iván? De que todo era muy viejo, era como estar en una película de los años cuarenta o cincuenta.

Gerardo, el chófer que le lleva a todos lados, le deja en la puerta del colegio privado en el que comparte pupitre con varios de los actuales jerifaltes del país. Nacido en Santo Domingo, de padres españoles, Gerardo lleva también al niño a la Casa de España y al Centro Asturiano, los clubes a disposición de los expatriados con dinero.

Es su abuelo el que, saltándose todas las recomendaciones, aprovecha una visita al país para llevarse un día al nieto a La Ciénaga, una favela. Como no hay alcantarillado, las chabolas de la parte alta van dejando caer su rastro de orín, heces y basura hacia la zona más baja, en la que verdaderos regueros de mierda desembocan en el río Ozama. Periódicamente, el cólera se ceba con la población de la barriada.

Las necesidades logísticas de la familia siempre pasan por las manos de Gerardo, que las resuelve impecablemente. Es él quien explica al padre de Iván, que hasta entonces vivía en un hotel, cómo hay que hacer con la basura generada en la casa. Les acerca en el coche un cubo enorme, en realidad un barril de aceite con capacidad para cincuenta litros. Le quita la tapa y, con un pico de obra, agujerea los laterales y la base, para que evacue por ahí el agua de la lluvia.

El cubo siempre queda a la puerta de casa.

Un camión de basura pasa a vaciarlo.

Iván no sabe en qué momento del día o de la noche, ni con qué frecuencia.

Normal que nunca me haya fijado, se dice años después. El camión de la basura nadie lo ve.

El 28 de diciembre de 1994, la familia al completo –la madre y la hermana de Iván también están allí– ven por Televisión Española Internacional la noticia de la intervención de Banesto por parte del Banco de España. ¿Será una inocentada? Lo cierto es que a su padre la noticia le pillaba completamente desprevenido, no tenía ni idea de lo que se cocía en su empresa.

Cierra provisionalmente la oficina.

A principios de 1995 la familia regresa a Asturias.

Pasan unos años e Iván se convierte en un joven estudiante universitario. Su padre se ha ido a vivir a México, su madre no tiene recursos, él estudia en Oviedo y se ve obligado a ponerse a trabajar tras la muerte de su abuela. Entra en la plantilla de una gran empresa constructora y de servicios, Fomento de Construcciones y Contratas (FCC), que, durante la furiosa ola de privatizaciones impulsada por el alcalde de la ciudad, Gabino de Lorenzo –hoy en día en un plácido retiro como delegado de Gobierno en Asturias–, obtiene el suculento con-

trato de limpieza y recogida de residuos. Iván comienza de barrendero, haciendo durante el día lo que llaman *el repaso*, una tarea relativamente liviana. Pero es joven y fuerte, y su padre le ha transmitido una ética del trabajo que le convierte en una joya para el encargado, que observa lo cumplidor que es el chaval. No tardan en llamarlo para integrar uno de los equipos nocturnos que recorren la ciudad en los camiones de la compañía.

La primera noche se le viene la imagen del enorme barril de aceite que hacía las funciones de cubo de la basura en su casa de Santo Domingo. Vuelca en el camión un cubo tras otro mientras recuerda aquel barril, sin asas para voltearlo, e imagina que los basureros dominicanos tendrían que ser unos fieras para vaciarlo. Un encargado le ha contado una historia que no sabe si es cierta o es una leyenda urbana: que aquellos basureros de República Dominicana trabajaban por aquel entonces para una empresa del marido de Margaret Thatcher; y que FCC –poco después del regreso de Iván y de toda su familia– le arrebató aquel contrato a la empresa británica.

El camión da vuelta a la esquina y enfila la calle donde vive Lamp. Iván y otro compañero van agarrados a los estribos en la parte trasera. Iván silba y el conductor detiene el vehículo. El silbido es la señal para todo. Significa algo así como: haz lo contrario de lo que estás haciendo. Si estás parado, arranca. Si te desplazas, detente. Iván corre hacia los cubos situados en el primer portal de la calle. Los arrastra por la acera para acercarlos al camión. Se cuela, siempre corriendo, entre los ve-

hículos aparcados, cargado de las bolsas que ha sacado de los cubos. Encesta algunas en la zona de los residuos orgánicos y el material no reciclable. Vacía otras en la del papel y cartón. El mecanismo engulle y compacta la basura.

Iván corre de nuevo y recoge algunas cajas vacías desparramadas por el suelo. Las mete dentro del camión y silba. Su compañero ha peinado la otra acera al mismo ritmo que él, es decir, a toda leche. El vehículo avanza; ellos corren a su lado –en esta calle las distancias son cortas y no les merece la pena subirse al estribo. A media calle se han encontrado con unos cubos llenos de escombros. Los han levantado entre los dos para volcar su contenido. Mientras los arrastraban por la acera, casi se llevan por delante a Juan. Él está de ronda comprobando que los portales están cerrados. Iván y su compañero le ven cuando ya le tienen encima. Le golpean con el borde de uno de los cubos. Hacen algo intermedio entre regañarle por no fijarse por dónde anda y pedirle disculpas. La verdad es que no les hace mucho caso y continúa su camino sin decirles ni media. Iván ve cómo se para en el siguiente portal, agarra la manecilla de la puerta y tira hacia afuera para comprobar que la puerta está cerrada. Y sigue con sus andares. Iván se encoge de hombros y atiende a su compañero, que ya le está gritando para que le ayude a volcar otro cubo de escombros.

Ha comprado un aparato para medir la distancia que recorre cada noche, a ratos andando, casi siempre corriendo. La cifra ronda los veinte kilómetros. Él mueve cada noche doce toneladas de residuos, además del peso

de los cubos. A veces, cuando termina su noche en Oviedo, la empresa le envía a un municipio cercano hasta media mañana. Allí hace seis kilómetros y cinco toneladas más. En el último año ha descansado treinta días.

Con unos simples guantes de construcción, Iván agarra las bolsas sin saber lo que hay en su interior. A la basura se tira de todo: no es la primera vez ni será la última que un compañero se quema con material de revelado fotográfico o se contamina con desechos médicos lanzados al cubo de un portal.

La mayor parte del tiempo que no dedica a su jornada laboral, Iván se lo pasa durmiendo. El turno de noche tritura trabajadores: es casi imposible aguantarlo más de unos pocos años.

Una noche camino junto al camión al que va encaramado Iván. Cuando baja a la acera, quiere explicarme algún detalle, pero debe seguir corriendo y le falta oxígeno, así que sus palabras se pierden entre jadeos. Le alcanzo en el último portal de la calle. Él ya está empujando cubos y encestando bolsas dentro del camión. En la acera vuelve a haber pequeñas cajas vacías. Poso en el suelo una libreta con notas y entrevistas para esta novela y le paso a Iván las cajas mientras él vuelca el contenido de los cubos. Las mete dentro de la compactadora y continúa su ir y venir. Cuando trato de recuperar mi libreta, no está donde la dejé. Iván va ciego en su tarea: todo lo que había en la acera se lo ha tragado ya el camión.

Después de matar a la paloma delante de las narices de Rachid y compañía, la gaviota ha anidado definitivamente en un tejado de la ciudad. Hoy se ha alejado varias decenas de kilómetros de la urbe y sobrevuela un valle cuya forma es peculiar: como si se tratara de un cultivo en terrazas, desde el extremo inferior –en el que se aprecia un pequeño lago– se van superponiendo alturas hasta alcanzar una primera cota. La gaviota se dirige sin embargo a un punto del valle que está aún más elevado, la superposición de alturas continúa más allá.

El halcón gerifalte proviene de las regiones árticas. El halcón sacre habita zonas áridas y desérticas de varias exrepúblicas soviéticas. El halcón que desciende ahora en picado a trescientos kilómetros por hora y golpea en su vuelo a la gaviota, que cae violentamente al suelo, es un híbrido de esas dos especies. El depredador desciende velozmente y de un picotazo rompe las vértebras de su presa a la altura del cuello.

Un hombre corre hacia el lugar donde el halcón ha comenzado a comerse a la gaviota. De su zurrón saca algo que aprieta en su puño, lo que provoca que un pequeño chorro de líquido se vierta en el suelo. Acerca entonces el puño abierto hacia el halcón, que come de la mano y se olvida de su presa. Lo que engulle el halcón son pollitos de un día: en las granjas avícolas matan a todos los polluelos machos recién nacidos y venden los cadáveres para alimentación animal.

Cuando el cetrero se retira de allí con el ave rapaz, se encamina a un vehículo todoterreno aparcado en las inmediaciones. Se sube al asiento del copiloto. Un compañero conduce el coche entre naves industriales y otras edificaciones. En el asiento trasero descansa un fusil con el que disparan de vez en cuando a las gaviotas. Cuando este equipo llegó por vez primera al valle, había sesenta mil. Ahora, entre los halcones y los francotiradores, prácticamente las han erradicado.

Cuervos, cornejas, estorninos y jabalís siguen habitando el valle, un enorme vertedero que ocupa la superficie de unos sesenta campos de fútbol. El pequeño lago de la cota más baja es un depósito de lixiviado, el agua tóxica que se va filtrando entre las toneladas de basura compactada.

Hay cientos de contenedores de colores almacenados en una explanada. El vehículo pasa junto a ellos y circula entre las naves donde se seleccionan los plásticos y el papel para su venta a una empresa dedicada al reciclaje. Más allá hay dos hornos en los que se incineran residuos de la red sanitaria, cadáveres de mascotas y aceites usados.

En otra instalación se eliminan los animales muertos de las ganaderías, o los que aparecen en el monte, y los restos procedentes de mataderos y salas de despiece.

El lugar donde fue cazada la gaviota es una ampliación del vertedero, que está a punto de rebosar. A pesar de la propaganda, la mayoría de los residuos no se reciclan, se entierran. Hace años que el gobierno asturiano prevé la construcción de una incineradora para deshacerse de

las ingentes cantidades de basura. A los vecinos del pueblo se los han llevado de excursión a varias ciudades de Europa para que comprueben lo limpio y moderno que es quemar basuras en el patio trasero de sus casas.

28

No sólo Juan se tropieza con los basureros durante su ronda nocturna. Jorge, el vecino que vive en la puerta contigua a Rafa, ha desistido de repartir su currículum por toda la ciudad. Cansado de recibir respuestas negativas, hace tiempo que observa a toda una abigarrada pléyade de personajes dedicados al reciclaje. Se fija en un chatarrero muy fino que vive en una calle paralela a la suya: de un televisor sólo deja la carcasa. Los yonquis, que no saben lo que buscan, lo revuelven todo y generalmente no sacan nada. Una familia rumana va rompiendo bolsas con un cúter en busca principalmente de cobre, aunque a veces también encuentran móviles y otros objetos aprovechables. Cortan las bolsas y, lo que les sobra, lo echan al cubo del reciclaje. Jorge recuerda que una noche vio a una niña rumana pegando brincos: había encontrado diez pavos entre el papel y el cartón.

Jorge, que es obsesivo y metódico, da largos paseos al anochecer y va conociendo cada vez mejor este mundo. Camina hasta el polígono de las afueras de la ciudad donde los camiones dejan la basura antes de que otros vehículos más grandes la lleven al vertedero. El ayuntamiento cobra una pasta por los residuos que la empre-

sa deposita allí. Jorge observa que alguna gente vende al por menor basura seleccionada. Se monta su propio plan. Recoge en el entorno de su barrio exclusivamente las cajas de conservas y refrescos. Los lunes, miércoles y viernes hace la calle. Los martes y jueves se queda en casa, clasificando los objetos en función principalmente de la cantidad de metal; luego los prensa con un mazo. En cuanto logra consolidar su sistema, se convierte en el reciclador más profesional de la ciudad.

Los basureros reconocen los portales donde viven todos los chatarreros. Es como si alguien estuviera cada día de mudanza: alrededor de los cubos se acumulan libros, juguetes y otros restos.

Los propios trabajadores de la basura forman parte del gremio. El ordenador portátil de Iván, su televisión, su cadena musical y otros quince portátiles pendientes de reparar son hallazgos de su peripecia nocturna. La basura pesa más en los barrios humildes, tiene más proporción orgánica; en los residenciales y en el centro los envoltorios la hacen más liviana. Los currelas se pelean porque les toque un barrio rico, pongamos Montecerrao: allí hay muchas menos toneladas que mover y más o menos una vez al mes sale un portátil, quizás simplemente con el cd quemado, veinte euros de avería.

En el hueco del camión donde van las bombonas –los vehículos funcionan con gas– hay un espacio que los basureros aprovechan para almacenar las sorpresas que les depara la noche.

Anochece en Gijón. Rachid bebe cerveza en un garito en compañía de Annas, un chaval de quince años que se ha escapado de un centro de menores de Oviedo. Muchos se arriman a Rachid cuando se fugan, para ellos es como un hermano mayor, un referente. Junto a él suele haber aventura. Antes de dar cuenta de las birras que hay sobre la mesa, se han comido una pastilla. Si ya estaban predispuestos a buscar alguna diversión, la mezcla con el alcohol les envalentona aún más.

Por el momento conversan, tranquilos, por encima de los cascos de cerveza que se han acumulado sobre la mesa. Annas es un muchacho tímido, pero se crece cuando se encuentra en compañía de alguna de las pocas personas en las que confía. Su mejilla derecha está cruzada por una cicatriz, un tajo que recibió en una pelea en Tánger. Su pelo es castaño, casi rubio. Los ojos, claros, son marrones. Y sus labios gordos y carnosos. Apura una birra y comienza a contarle a Rachid cómo se coló en la piscina que hay junto al centro de menores.

—Nunca había entrado en una..., sentía curiosidad.

Entró corriendo y saltó el tornio de la entrada en un momento en que la bedel estaba despistada. La mujer le vio pasar y llamó a la policía. A Annas le dio tiempo a ver todos aquellos cuerpos moviéndose en el agua. Y le sorprendió el silencio. Imaginaba niñas y niños chapoteando y haciéndose aguadillas, pero en la piscina cada cual nadaba en línea recta por su calle, todo eran per-

sonas adultas concentradas en sí mismas, en su propio movimiento.

Tres policías le arrinconaron cuando pretendía esconderse en la sauna. Le agarraron y le empujaron hacia la puerta de salida y uno de ellos, cuando pasaban junto a María, la bedel, le soltó un tortazo en pleno rostro, en la mejilla de su cicatriz.

Lo que no sabe Annas es que cuando María se quedó sola se echó a llorar. Le vino el recuerdo de su hermano. Veinte años atrás. Cuando era yonqui. Muchas veces volvía a casa con los pies ensangrentados. La policía le subía de madrugada a un coche y se lo llevaba al monte que da sombra a la ciudad. Allí arriba, al final de la carretera, le sacaban del coche, le quitaban los zapatos y le animaban a volver andando. Arrancaban el motor y desaparecían.

Annas y Rachid interrumpen su conversación ante los gritos del dueño del bar.

—¡Acaso no has visto el maldito cartel! –vocifera a un chico que está a punto de salir después de usar el servicio–. ¡Venís a llenarme el baño de mierda cada noche!

El joven se da la vuelta y se encara con el tipo del bar, que no se arredra y acaba sacándole a empujones a la calle. Allí fuera continúan discutiendo.

Rachid aprovecha el momento. De un brinco se planta dentro de la barra, fuerza la caja y se hace con el cajetín que contiene los billetes y monedas. El bar, que hace esquina, tiene dos salidas. Cuando el dueño está entrando de vuelta por una puerta, Rachid y Annas ya

están saliendo por la otra a toda velocidad. El hombre, rabioso por el altercado, los ve salir y comienza a gritarles y perseguirlos pensando que se escapan sin pagar las cervezas. Cuando vuelve al bar, tras dar por imposible la persecución, un cliente que lo ha visto todo le advierte de que acaban de robarle la recaudación.

Rachid y Annas se reparten el botín junto al muro que marca el acceso a la playa. Se han escondido un rato en un tugurio del puerto, pero otra ronda de cervezas les ha hecho olvidar las precauciones. Los policías se les echan encima antes de que se hayan dado cuenta de su presencia. Los empotran contra el coche para cachearles. A Annas le encuentran dinero y en las inmediaciones aparece el cajetín vacío. Tan inofensivos les parecen los dos jóvenes ladrones que los meten en el coche celular, camino de los calabozos, y ni siquiera los esposan.

Mientras el coche circula, Rachid hace recuento de las causas que se van a encontrar en cuanto le identifiquen. Joder, piensa, nadie me va a librar de una larga temporada en el talego. Y Rachid sabe bien que, cuando acabe la condena, le deportarán.

El vehículo desciende la rampa que sirve de acceso al aparcamiento de la comisaría. Los dos policías que los custodiaban, más otros dos que venían en otro coche, forman un corro y conversan. Uno de ellos pulsa el interruptor que hace descender el portón. Otro se dirige a Annas y Rachid para ordenarles que se bajen del coche. Annas mira por una fracción de segundo a su cómplice y, de inmediato, empuja a los dos agentes más cercanos.

Logra alejarlos lo suficiente de Rachid para que éste pueda correr unos pasos. Se tira al suelo y gira sobre sí mismo para colarse por el estrecho hueco que deja el portón un instante antes de cerrarse del todo.

Rachid asciende rápidamente la rampa y se aleja de la comisaría. En el aparcamiento, dos de los policías retienen a Annas y piden refuerzos mientras los otros dos esperan, impacientes, a que el mecanismo del portón vuelva a activarse y les permita salir. Corren en persecución del fugado, que no ha logrado salir de su campo visual. Se oyen las sirenas de varios coches celulares que acuden a apoyarlos.

Rachid se mueve por instinto, trata de colarse por las calles más estrechas, pero la zona no es muy propicia para ocultarse. Calles amplias, trazadas en cuadrícula, algunos edificios públicos –los juzgados– y portales de grandes edificios nuevos cerrados a cal y canto. Los policías que le persiguen le obligan a dirigirse hacia la playa, volver atrás para salir del cerco significaría arrojarse en sus brazos. Escucha los pasos de uno de ellos, que ha logrado reducir la distancia con él. Suena un disparo. Rachid no para de correr, aunque se le ha estremecido todo el cuerpo al escucharlo. Más tarde, en el atestado, el agente dirá que se trataba de un tiro al aire, un disparo intimidatorio.

En el aparcamiento de la comisaría se ha vuelto a cerrar el portón. Annas está en el suelo, se protege la cara y la cabeza de las patadas que le están propinando. Al caer ha sentido un dolor agudo en el codo. Debe de tenerlo roto. En el fragor de los golpes, se olvida del dolor y se concentra en evitar males mayores.

Rachid penetra varias decenas de metros en la arena y se vuelve por un instante para comprobar cómo van llegando los policías que le perseguían a la carrera. Escucha también las sirenas acercándose. Varias linternas apuntan hacia él y el agente que por momentos ha estado a punto de alcanzarle le grita que no se mueva y que se entregue. A Rachid le viene el recuerdo del disparo. No se lo piensa. No está dispuesto a comerse varios años de talego ni a recibir una paliza por su huida. Corre hacia la orilla y se mete en el agua. Fría, muy fría.

Annas está tendido en el suelo del calabozo. Le han empujado dentro y han cerrado la puerta a sus espaldas. El dolor en el codo es ahora insoportable. Pero se siente orgulloso de haber facilitado la huida de Rachid y confía en que no le atrapen.

En el centro de menores del que hace días se ha escapado Annas, los hermanos de Rachid, Elías y Jibril, ven, junto al resto de chicos, una película. En este preciso momento escuchan una vibrante melodía –ellos no saben que es argelina–, una canción que los estremece, mientras las imágenes les descubren un pequeño pueblo sumergido bajo el asfalto de la ciudad, una estación de metro abandonada habitada ahora por una variopinta comunidad de gentes cuyo hogar era la calle.

Las linternas y los faros de los coches policiales apuntan hacia Rachid, que camina dentro del agua, cada vez más lejos de la arena. El agua le llega por encima de la cadera cuando vuelve a mirar atrás y, aún cegado por las luces,

detecta la presencia de varios policías que han llegado a la orilla. Dos de ellos están a menos de veinte metros de Rachid. Se da cuenta de que no quieren mojarse por ir detrás de él. El mar es mi escapatoria, piensa. Y, cuando el agua le llega a la altura del pecho, decide zambullirse y nadar aguas adentro. No es un buen nadador, pero confía en dar un pequeño rodeo y alcanzar la orilla no lejos de allí. Con lo que no cuenta es con el peso de la ropa y con la fuerza del mar. La cazadora y los vaqueros, llenos de agua, dificultan su movimiento. Tiene que hacer grandes esfuerzos por permanecer a flote a la vez que se suelta la cremallera de la cazadora y consigue despojarse de ella. Logra quitarse además las dos camisetas que llevaba debajo. El vaquero y las zapatillas de deporte le pesan cada vez más. La resaca, que no se notaba en la orilla, ahora, cuando intenta rectificar la dirección, le arrastra inexorablemente hacia mar abierto.

30

Tafa nunca vende los domingos. Tiene miedo de la policía. Se toma el día libre y, a veces, vence sus temores y se atreve a pasear por la ciudad. Los domingos son días de mercado. Tafa camina hacia un parque de la ciudad que bulle de gente cuando se presenta un día soleado. Aprovecha para saludar a muchos de sus compatriotas, que se arriesgan a extender su manta en algún rincón. Se sienta en un banco y se queda adormilado con ayuda de la pálida calidez que baña su rostro. No es el sol

omnipotente del que había de protegerse siempre que comenzaba el camino –a pie o en un carro tirado por caballos– desde Beyti, su pueblo, hasta Ngaye Mekhe, la población con mercado más cercana. Tafa se recrea en aquel trayecto. Lo ha hecho tantas veces, solo, con su madre o acompañado de sus dos hermanos menores, que conoce cada piedra y cada recodo de los ocho kilómetros que separan ambas localidades.

Siente un poco de frío y, aún medio dormido, se echa su chaqueta sobre los hombros. De pronto, se despierta sobresaltado al escuchar voces y carreras. La policía persigue, a escasos metros, a varios compatriotas. Uno de ellos, en su huida, lanza el bolso debajo del banco donde se sienta Tafa. Sin tiempo para espabilar del todo, dos policías locales se plantan delante de él, le reclaman los papeles y le acusan de ser el dueño del bolso –y de la mercancía que contiene. Tafa se incorpora e intenta marcharse, pero le retienen. Reciben órdenes por radio y se disponen a esposarle. Tafa se zafa y sale corriendo. Un tercer agente se cruza en su camino y le zancadillea. Cae rodando y, cuando trata de volver a incorporarse, uno de los policías se sienta de rodillas sobre él, mientras su compañera le aprieta la cabeza contra el suelo. Tafa empuja hacia arriba con todas sus fuerzas, en un movimiento intuitivo en busca de oxígeno. No logra librarse y se siente cada vez más débil. Como no consigue respirar, se desmaya.

Cuando abre los ojos, está en el hospital. Desorientado, da media vuelta en la cama, pierde el equilibrio y se cae a un lado, ya que cuando quiere sujetarse con las

manos, las esposas que le inmovilizan se lo impiden. Su habitación está custodiada por una pareja de agentes.

Es lo que tiene pelearse con policías, bromea uno de ellos amenazadoramente.

Por la noche se lo llevan a la comisaría de la policía nacional. Pasa dos noches en el calabozo, prácticamente sin comer.

Prepárate para viajar, negro. Te vamos a expulsar.

31

En la cocina de la asociación Asturias Acoge, un chico está haciendo té. La preparación es concienzuda: escancia el líquido decenas de veces de la tetera a la taza y de la taza a la tetera. Lo da a probar a una de las profesoras de castellano, que frunce los labios: es un té muy amargo.

El joven es Tafa y, cuando termina de servir el té –lo sigue escanciando de taza en taza hasta que obtiene espuma–, cuenta cómo llegó a encontrar un trabajo de repartidor de cubos de basura. Fue un compatriota quien me avisó de que la empresa podía contratarme. No importaba que no tuviera papeles. Me presenté en la nave y a los pocos días me llamaron. Comencé a trabajar de inmediato. Ganaba setenta y cinco euros a la semana. Aunque el trabajo era duro y peligroso, no podía rechazarlo. Aún estaba pagando la multa de trescientos euros con la que me libré de la expulsión.

32

Carmen recuerda el cambio de sistema. Casi de un día para otro, los contenedores prácticamente desaparecieron y todas las comunidades de vecinos se vieron obligadas a disponer de cubos, que debían sacar a la calle al anochecer y recoger antes de que amaneciera. En cuanto el ayuntamiento aprobó este sistema, los buzones del portal se inundaron con publicidad de una nueva empresa, Cubo Express, que se ofrecía a prestar el servicio de alquiler a las comunidades vecinales, lo que implicaba el reparto y recogida de los cubos cada noche. En el portal Charo era la única y plenipotenciaria dueña de todo, así que se apresuró a contratar a la empresa y a repartir la factura del alquiler entre todo el vecindario. Carmen aún recuerda la bronca entre Rafa y Charo. Éste le pidió copia de la factura y se dio cuenta de que la casera aprovechaba para cobrarles a todos unos miserables euros de más.

33

Adama llega a la ciudad el mismo día de la detención de Tafa. El ambiente entre sus compatriotas manteros está muy revuelto. Por eso no es de extrañar que le parezca más atractivo el trabajo de basurero que el de vendedor ambulante. Como en ese momento no hay posibilidades en Oviedo, la oportunidad se le presenta en Ribadesella, un pueblo de la costa en el que la basura, con la afluencia

de turistas, se multiplica por tres durante el verano. Allí FCC se encarga de todo: de la recogida de basura y de la instalación y recogida de los cubos portal a portal.

Un compatriota que se dedica a la venta ambulante ha dejado a Adama sus papeles. En Ribadesella él es Abu, el chico para todo. Para poner y retirar los cubos, para meter la basura en el camión, para hacer el repaso armado de escoba, pala y ganchos para quitar hierbas e incluso para –aprovechándose de su destreza– reparar vehículos en el taller cuando alguno da problemas.

Adama silba y el vehículo se pone en movimiento. Cuando frena, salta desde el estribo, agarra un puñado de cubos y corre a colocarlos. Hay que tener memorizados todos los lugares donde deben ubicarse y el número de ellos que hay que dejar en cada emplazamiento. Se sube de nuevo al vehículo y da la señal para una nueva arrancada. Salta al asfalto unos metros más allá.

Coloca ochocientos cubos en una hora. El vehículo circula entre coches lo más rápido posible. En una ocasión, el camión arranca antes de tiempo. Adama cae al suelo, pero tiene reflejos para rodar hacia un lado y librarse así de que un coche le atropelle, aunque no puede evitar lesionarse la muñeca derecha.

Mandaw y Moussa, al llegar a Oviedo tras el desalojo de la fábrica de Valencia, comparten piso con Gallas, un

compatriota. A Gallas le gusta vestirse con ropa militar y lleva prendida en la solapa una insignia con la bandera de España. No pierde ocasión de afirmar que le gustan los ejércitos. Él fue el primer senegalés que entró a trabajar en Cubo Express. La altivez con la que habla de sus deseos de hacerse militar contrasta con la docilidad que muestra delante del encargado. Se convierte en su perro faldero. Le acaban dando cancha para que proponga a otros chicos para trabajar. Quizás fue Gallas –no lo sabemos– quien recomendó a Mandaw y Moussa.

Tampoco sabemos lo que le pasó exactamente a Mandaw aquel día de finales de agosto. Ya no es un novato, lleva un tiempo en la empresa. El camión de Cubo Express transita alrededor de las siete de la tarde por el humilde barrio de La Carisa. Mandaw va subido al estribo y salta al suelo cada poco para colocar frenéticamente cubos en los portales. ¿Arranca el camión antes de que se haya agarrado al asa que tiene a su alcance en el lateral del vehículo? ¿Se cae por una maniobra imprevista, una marcha atrás del camión? ¿Sufre un mareo?

Lo que sabemos es que Mandaw se desequilibra, pierde el control sobre su cuerpo y cae. Su cabeza, sin protección, se golpea violentamente contra el asfalto.

Queda tirado en el suelo, boca abajo, y además de la herida en la cabeza tiene raspones en un brazo.

La inspectora de trabajo dirá en su informe que el accidente se produce por un posible desmayo del trabajador. Y archiva el caso.

Iván dice siempre con sarcasmo que todas las caídas de los camiones son mareos.

Lo cierto es que la empresa, que tiene veinticuatro horas para dar parte, tarda cuarenta y cinco días en hacerlo. Y afirma que no hubo testigos.

Si los hubo o no, el caso es que ninguna investigación hizo por dar con ellos.

35

—Lamp, ¿me oyes? —al otro lado de la línea del teléfono móvil se escucha una voz entrecortada—. Mandaw está muy grave —logra entender Lamp, que por fin ha reconocido la voz de Moussa.

De camino al hospital, Lamp recuerda la visita que Mandaw le hizo la semana anterior. Entraron juntos en el portal y en la escalera se cruzaron con Rafa, que salía en ese momento camino de su trabajo en el hotel. Rafa saludó efusivamente a Lamp y —aunque era la primera vez que lo veía— vaciló amistosamente a Mandaw. Se le ocurrió palpar el brazo del primo de Lamp, impresionado. Y le dijo: un día te voy a llevar conmigo, para que flipen en el gimnasio. Los dos primos entran en el piso, Lamp prepara té y trata de sonsacar a Mandaw detalles del trabajo en el que anda metido. Al principio, su primo se escaquea, no quiere darle razones a Lamp para que le diga algo así como: ¿no te decía yo en Dakar que las cosas aquí no son como las pintan? Ante la insistencia de su primo mayor, finalmente se desahoga. Su horario comienza a media tarde. Por la noche hay un parón y tiene unas horas de descanso, pero de madrugada tra-

baja de nuevo varias horas. Ese ritmo le ha hecho perder completamente la rutina del sueño, padece un constante insomnio. Y luego está el asunto de cómo los tratan. En la nave, la limpieza de los cubos —le dice— queda en manos de los que no tenemos papeles. Si al encargado no le parece que estén suficientemente limpios, da una patada a los cubos y nos grita que volvamos a limpiarlos. Quizás lo peor es recoger los cubos de madrugada. Hay que ir apilándolos, hasta nueve en cada pila, como cubiletes encajados. Nos abroncan por arrastrarlos porque dicen que se desgastan. Un compañero pidió una semana de vacaciones para viajar a Senegal y le amenazaron con el despido. Si enfermas, te presionan con no llamarte más y no cobrar. Nunca está claro cuánto te van a pagar, el dinero te lo dan en un sobre cerrado. Y nos han asignado una identidad a cada uno por si nos para la policía o la inspección.

Todas estas palabras de su primo se le vienen a la cabeza a Lamp de camino al hospital. No ha podido sacar demasiadas conclusiones de la llamada telefónica. Mandaw ha tenido un accidente y está grave, eso es lo que sabe. Ahora, en el autobús urbano, trata de hacer cábalas sobre lo que habrá pasado. Concentrarse en esta incertidumbre es, en realidad, su manera de arrinconar una sensación que le punza el estómago desde que colgó el teléfono: ya sabe —sin necesidad de verlo— que su primo no saldrá de ésta.

El médico trata de explicarse: John Olomide ha perdido tal cantidad de masa encefálica que no se puede hacer nada por él. Vive aún porque es un portento físico.

No sabemos cuánto tiempo puede permanecer en coma, pero es imposible que mejore.

Lamp solamente replica: no es John Olomide; mi primo se llama Mandaw Diagne.

Todos los días durante quince meses, Lamp visita a Mandaw en el hospital. Él es el responsable de su primo, es su deber acompañarle, aunque en el fondo piense que ya está muerto. Los primeros días las visitas son breves y no hay intimidad: en el pasillo de entrada a la Unidad de Cuidados Intensivos observa el dolor y la angustia de quienes esperan noticias. Envidia esos sentimientos, son síntoma de una cierta esperanza. Cuando le toca el turno, entra y observa el cuerpo de Mandaw, completamente invadido de tubos y aparatos que mantienen sus constantes vitales. Su rostro, pálido, aún conserva la forma que Lamp había conocido. A lo largo de los meses se le irá escapando, poco a poco, ese rostro, adelgazado hasta el extremo. La antigua cara de Mandaw, aquel semblante de la última cena compartida, se irá difuminando en su memoria.

Días después del accidente, Mandaw es trasladado a una habitación del hospital. La cama está junto a la ventana y es el único enfermo de la sala. Han quitado algunos de los aparatos, cables y tubos que envolvían y atravesaban su cuerpo.

La enfermera no da esperanzas a Lamp, pero le insiste: Tienes que hablarle, es importante. Cuéntale cosas.

—Lamp, ¿hablabas a Mandaw cuando le visitabas?

—Qué le iba a decir, si su alma ya no estaba allí —responde.

Sin embargo, cada vez que se sentaba junto a la cama de su primo, Lamp apretaba su mano y levantaba la manga de su bata para acariciarle el brazo.

36

¿Quién es John Olomide, el nombre que la empresa comunica al hospital cuando se produce el accidente? John es un tipo —nacido en Ghana y residente en Madrid— del que no sabemos casi nada. Lo imaginamos impecablemente trajeado el día que acude a una entidad bancaria a pedir un crédito. Es pleno verano y el calor madrileño es insoportable. El aire acondicionado, funcionando a todo trapo, seca las gotas de sudor que le caen por la frente mientras espera que el empleado haga unas comprobaciones. Pronto le da una respuesta sorprendente. Imposible concederle un crédito, señor, tiene usted algunas deudas. Como John niega que ese dato sea cierto, el empleado le sugiere que consulte su vida laboral. Cuando lo hace, comprueba que trabaja a la vez en dos ciudades, ambas a más de cuatrocientos kilómetros de Madrid. Apunta la dirección de las dos empresas, regresa rápido a casa, consigue que un colega le deje su coche y, sin pensárselo dos veces, conduce hacia la primera de esas direcciones: una empresa de Oviedo. Por el camino va calentándose la cabeza imaginando lo que le hará al tipo que le ha robado la identidad.

Unas horas después, la policía se tiene que personar en una pelea nocturna. John ha encontrado al hombre que dice ser él. Trabaja repartiendo cubos de basura. Y no es Mandaw, que se encuentra en coma en el hospital, sino Gallas Diop.

A Gallas se lo llevan al calabozo. Más adelante, cuando se celebre el juicio, reconocerá que compró un permiso de residencia y trabajo a nombre de John Olomide. Declarará que él mismo pegó la foto que aparece en sus papeles, aunque probablemente haya sido una operación un poco más sofisticada. Habrá tenido que viajar, por ejemplo a Madrid, a encontrarse con alguien en un lugar convenido. Allí, Gallas le habrá entregado su foto y la mitad de la pasta y el tipo le habrá dicho que se quede por allí esperando. Al cabo de dos o tres horas habrá vuelto con la tarjeta falsificada de residencia y trabajo y Gallas habrá pagado la segunda parte del dinero.

37

—¿Qué hace usted aquí? No puede entrar en la nave. ¿Busca trabajo?

—Soy el primo de Mandaw Diagne.

Al encargado le cambia el semblante y farfulla unas palabras que podrían ser una disculpa. Invita a Lamp a entrar en la oficina y le ofrece una silla. Él se sienta al otro lado de la mesa.

—Vengo a saber qué están haciendo por mi primo —dice Lamp antes de que el tipo le abrume con uno de esos

discursos apropiados para situaciones como ésta. Pero el encargado ya se ha repuesto de la sorpresa inicial.

—Todo está en manos de los abogados y de la mutua. Si quiere, le puedo dar los contactos para que hable con ellos.

—Mandaw tiene una familia que mantener en su país. Estaba trabajando en esta empresa. Se rompió la cabeza trabajando para esta empresa.

El encargado evita la mirada de Lamp y empieza a rebuscar entre los papeles.

—Se me olvidaba —dice—, aquí hay un sobre para Mandaw por los días trabajados en el mes del accidente. Medio mes, 350 euros. Es lo que estoy autorizado a entregarle a usted. Para todo lo demás, ya le he dicho que debe dirigirse a la compañía aseguradora. Firme aquí y llévese el dinero.

Lamp medita unos segundos si largarse del despacho. Mira con desprecio al hombre que tiene enfrente, que le alarga un sobre cerrado. Pasa también por su cabeza la imagen de la familia de Mandaw. Desde hace días le angustia no poder enviar ni un euro a Ndeye, su mujer. Así que finalmente firma, coge el dinero, se levanta y se despide diciendo:

—No podrá olvidarse de mí hasta que Mandaw y su familia reciban todo lo que les corresponde.

Lamp sale de la nave y camina deprisa hacia su propio barrio. Conoce los itinerarios callejeros más seguros para él. Lleva años aprendiéndolos a base de observar cada detalle que sucede a su alrededor cuando camina por la ciudad. Sin poner atención, las probabilidades de

sufrir un control policial se multiplican. Y, aunque tiene papeles, sabe que si hoy le controlan no podrá contenerse y se meterá en problemas.

A pocas calles de su casa entra en un locutorio. Marca el teléfono del hermano de su primo:

—¿Qué tal, Ibrahim? ¿Cómo estáis todos? Mandaw ha tenido un accidente y está muy grave, pero está vivo. Hay que rezar y esperar que se recupere. Que no salga nada de tu boca. Yo llamaré a su mujer.

Lamp cuelga y marca un nuevo número.

—¿Ndeye? Soy Lamp. Te hablo en nombre de Mandaw. Le ha salido un trabajo en Barcelona, estará unas semanas fuera. Está preocupado por si no puede contactar contigo. Me ha pedido que te llame y te avise de que os envía dinero. Id a buscarlo, hoy llegarán 350 euros.

Un mes después la vuelve a llamar.

—¿Ndeye? Soy Lamp. Tengo malas noticias. Mandaw ha tenido un accidente en el trabajo. Está en el hospital. Se ha dado un buen golpe, se ha caído de un camión, pero sabes que es muy fuerte, recemos para que se recupere.

38

Moussa se dirige hacia la nave de la empresa acompañado de Gallas. Ambos caminan en silencio, aterrorizados por el frío invernal. Cerca de su destino se encuentran con otros dos compañeros, que se suman a su marcha silenciosa.

Una vez en la nave, el encargado se acerca y los trabajadores, que habían empezado a charlar entre ellos, callan.

—En cinco minutos salen los camiones. Apurad –les dice.

—¿Qué te parece el frío que hace hoy? –le responde uno de ellos—. ¿Dónde está la ropa que prometisteis hace dos meses? Ya querría verte a ti subido a la trasera del camión en un día como hoy.

—Sabes que yo no tengo nada que ver en eso. Si tienes algún problema, habla con la dirección. Estoy seguro de que será peor para ti –amenaza el encargado.

Los trabajadores continúan preparándose para salir. Los motores de los camiones invaden el ambiente con su ruido y el olor a gasoil. Están a punto de subirse cuando una decena de policías irrumpen en la nave y ordena a los conductores que apaguen los motores y bajen de los vehículos. Los trabajadores son obligados a agruparse en la zona de las taquillas.

El encargado discute con el oficial al mando:

—¿Qué están haciendo? No pueden paralizar ahora el trabajo. Estamos a punto de comenzar el reparto.

—Esto es una operación contra el trabajo ilegal y la inmigración clandestina.

—Eso es imposible, agente. Ahí están las nóminas de todos los trabajadores –señala hacia la oficina—. La empresa –continúa– paga religiosamente las cotizaciones a la seguridad social.

—Tendréis oportunidad de demostrarlo. –Se dirige ahora al grupo de trabajadores:

—Necesitamos la documentación de todos ustedes.

Mientras algunos de los compañeros abren sus taquillas, Gallas susurra a Moussa:

—Nos han jodido.

Moussa, que sabe del juicio que Gallas tiene por el asunto de la identidad falsa, intenta transmitirle tranquilidad:

—No pasará nada –susurra—. Nos llevarán a comisaría, pero tendrán que denunciar a la empresa. No creo que nos expulsen.

39

La burocracia judicial es tan lenta, aburrida y enrevesada que nos la vamos a ahorrar.

Ocho años de proceso se resumen en estas palabras de la fiscalía:

«A consecuencia del fallecimiento de uno de los trabajadores se comprobó que los acusados han estado empleando a personas de nacionalidad extranjera a sabiendas de su situación irregular y han abusado de la misma imponiéndoles condiciones de trabajo muy gravosas, no abonándoles la totalidad de las horas de trabajo efectivamente realizadas, sin derecho a vacaciones, sin asegurar contingencias profesionales, sin existir un reconocimiento médico de aptitud, no facilitándoles los medios necesarios para realizar el trabajo con seguridad, sin formación en prevención de riesgos laborales. Los ex-

tranjeros debido a su situación de necesidad aceptaron las condiciones abusivas que se les impusieron.

Para dar apariencia de legalidad realizaban contratos de trabajo a nombre de personas diferentes que sí contaban con documentación legal, pese a conocer que la verdadera identidad de los contratados no se correspondía con la que constaba en el contrato de trabajo.

Excepto en el caso del trabajador llamado Gallas Diop, no se ha acreditado que los extranjeros contratados presentaran a la empresa la documentación falsa ni le facilitarían identidades ficticias, sino que éstas les eran atribuidas por los acusados».

La fiscalía pide para los responsables de la empresa Cubo Express dos años y medio de prisión.

Han pasado ocho años y el juicio aún no se ha celebrado.

Con Gallas la justicia actúa con mucha más celeridad. Le condena a un año de cárcel a sustituir por la expulsión del país, con una prohibición de entrada de diez años. Al menos a él le vendrá bien que se demore el asunto de los cubos. Su condición de testigo no le evitará el internamiento y la cárcel, pero se librerá de la deportación.

40

Los agentes no saben quién es el chico que se ha metido en el mar, se les ha escapado antes de filiarlo. Por eso a la mañana siguiente lo que más les interesa del interrogatorio de Annas es la identidad de su compinche.

En cuanto Annas les da un nombre, lo introducen en el ordenador y se encuentran con que Rachid el Fajri ha llegado a utilizar seis identidades diferentes. Una de ellas dice que nació en Marruecos en 1986, hijo de Abkader y Alete; en otra es hijo de Hadfala y Fátima y la ficha concreta su lugar de nacimiento: Tánger. La base de datos indica que no tiene domicilio conocido, pero que dos de sus hermanos viven en Oviedo. Las fichas de Jibril y Elías revelan la verdadera procedencia de Rachid. Nacido en Ksar el Kbir, su padre se llama Miloud y su madre Fatna. Ha sido detenido dieciocho veces, la mayoría por robos e infracciones de la Ley de Extranjería. Constan dos sentencias de expulsión y una prohibición de entrada de diez años en España. En una ocasión llegó a ser deportado, pero no tardó en regresar. En febrero de 2009 ingresó en prisión durante unos meses.

41

Elías es menudo y pálido. Lleva corto su pelo rizado. Tiene unas orejas pequeñas y graciosas. Jibril es alto y guapo, más moreno y más fuerte que su hermano menor. A ambos –sobre todo a Elías– les gusta cantar. Quieren montar un grupo y gritar las letras que escriben en trozos de papel que acumulan en los bolsillos de los pantalones. En el parque frente al centro de menores hay una plataforma semicircular sobre la que actúan grupos musicales en las fiestas de la ciudad. Elías está subido allí arriba cantando mientras suena una melodía base

en un teléfono móvil al que trata de dar el máximo volumen. Debajo, cinco chavales escuchan, ríen, interrumpen, aplauden. Dos policías caminan hacia ellos. Buscan a Jibril y a Elías, al que hacen bajar del lugar en el que está encaramado.

—¿Has visto últimamente a tu hermano Rachid?

Elías se relaja, acostumbrado a que le atosiguen con preguntas sobre su hermano mayor.

—Hace meses que no sé nada de él –les dice.

El policía abandona el tono amable.

—Sabemos que tú y tu hermano os veis con él, así que no nos cuentes mentiras.

Elías había visto a Rachid hacía quince días, apareció en el parque y pasó un rato con sus dos hermanos. Les dejó tabaco y un poco de dinero. Le preguntaron por su huida por el canalón, la historia había corrido de boca en boca entre los chavales. El encuentro no dio para más.

—No digo mentiras. Hace mucho que no le veo.

Elías espera a que los polis se alejen y, cuando los pierde de vista, vuelve a subirse al escenario.

No llores más, mamá, mi ha acompañado mala fama  
mi único deseo es cumplir mi condena  
y volverte a ver.

La vida sin papel, aunque te la cuenten,  
sin vivirla, hermano, nunca la vas a entender.  
No hay trabajo sin papel y no hay papel sin trabajo.  
La ley de la extranjería, de mi parte, no merece ni  
un escopetajo.

Te lo digo de una forma más cinsera  
cada calle es una frontera  
solo para los de color  
no es por cualquiera

En la calle Uría cualquier policía  
mi cachea alante de todo el mundo, mi chulea.  
Perder ocho años de mi juventud en esta prisión  
pa que me den un papel de larga duración

No cometí ningún delito  
y fui amenazado de una expolsión  
después de tres días metedo en un cajón.

42

A Jibril le paran por la calle al día siguiente de que su hermano se adentrara en el mar. Habitado a las identificaciones recurrentes, no le extraña que le pidan los papeles, pero esta vez intuye demasiado interés por parte de los secretas que le han interceptado. Tardan bastante tiempo en devolverle la documentación. Cuando media hora después vuelve a ser identificado, comienza a pensar que algo extraño está pasando.

—¿No eres tú Rachid el Fajri? —le preguntan.

—No, ya lo veis en los papeles. Rachid es mi hermano. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Sólo que tu hermano está en busca.  
Supongo que eso ya lo sabes. Circula.  
Y se marchan.

Cuando Jibril llega al centro de menores, a Elías ya le ha llegado la noticia de que su hermano se ha vuelto a escapar. Primero a través de una educadora del centro, que le enseñó una noticia en el periódico en la que —junto a una fotografía de la playa— se decía que Rachid había huido lanzándose al agua. Más tarde fue Annas quien se lo pudo contar de primera mano. Han traído al chico de vuelta al centro. Nada más llegar buscó a Elías para contarle cómo ayudó a escapar a Rachid. Su ojo derecho está hinchado, se mezclan a su alrededor los tonos sanguinolentos y amoratados; una marca en la mejilla derecha, como de una uña que le ha dejado una rozadura, se cruza con su cicatriz. Lleva el brazo en cabestrillo: su codo está, efectivamente, roto.

Jibril se los encuentra envalentonados por la aventura de la huida, pero a él no logran contagiarse el optimismo. Después de leer detenidamente la noticia, les pide que se callen. Se queda un rato ensimismado. Luego saca un cigarrillo. Abre la ventana y fuma mirando el parque y el contorno de las montañas que emergen, en la penumbra del anochecer, al fondo de ese paisaje. Jibril sabe que Rachid no es un buen nadador. Y no puede evitar que sus pensamientos le empujen a imaginar cómo es una muerte en el agua.

La niña ha sido la primera en despertarse esta mañana. Se ha adelantado a su madre, que suele levantarse con el sol para comenzar con su trajín en la cocina. La pequeña se ha quedado acurrucada bajo la manta, escuchando los ronquidos de su padre. Su primer pensamiento ha sido para el cordero recién nacido. Anoche asistió por vez primera a un parto. Al principio temerosa, enseguida juguetona con el pequeño animal. Ahora deja caer sus pies hasta que tocan el suelo, frío. Camina descalza, sigilosamente, hacia la entrada de la casa. Cuando está cerca de la puerta, oye unos pasos que, desde la calle, se acercan. Abre justo en el instante en que un joven ha llegado al umbral y se dispone a golpear la puerta con los nudillos. La niña mira al recién llegado, él la mira a ella. No se dicen nada. Al joven le rueda una lágrima por el rostro. Sonríe a la niña, que le coge la mano y le lleva hacia el establo. Al entrar, ella suelta su mano y corre hacia el cordero, que dormita en un rincón. Lo coge en brazos, su peso casi la hace caer, y se lo muestra al chico, que se ha quedado en la entrada. Lo deja en el suelo y juguetea con el animal mientras él la observa. Después vuelve a coger la mano del joven y camina hacia la casa.

Fatna, su madre, ha salido al umbral. Le da un vuelco el corazón cuando ve aparecer a su hijo Rachid tras tantos años en España. Él no le contará que le han deportado. Dirá que está de visita y a los tres días volverá a marcharse y cruzará de nuevo la frontera.

Jibril y Elías aún estaban entonces en la casa familiar en Ksar el Kbir.

La niña se llama Sukaina y será la primera y única vez que verá a su hermano mayor.

La madre de Laura, Belén, pasa por una mala racha. Su marido está en la cárcel. Ella enferma y aguanta tanto en casa sin ir al hospital que, cuando se decide a llamar al teléfono de emergencias, tiene que pedir a la operadora que apure a la ambulancia. Que venga rápido, que me muero. El vehículo circula a toda velocidad camino de la planta de silicosis y la médica se pregunta si la paciente llegará viva.

Belén sobrevive y, tras veinte días en la Unidad de Cuidados Intensivos, vuelve a casa.

Allí aún le espera un largo período de reposo para restablecerse de la neumonía que casi la tumba.

El único dinero que entra en casa es el sueldo de Laura. La joven, que ve a Rachid preocupado por que le identifiquen y deporten, le ofrece casarse por papeles. Él se niega varias veces. No quiero que pienses que te quiero para eso, le dice. Lo que sí consigue Laura, poco después de la huida de Rachid por el canalón de la *kharba*, es convencer a su madre de que acoja al chico por unos días en casa.

Rachid y Annas se presentan a media tarde en el bar donde trabaja Laura, que pide permiso a su jefa para salir

un momento a la calle. Le entrega a Rachid un papel en el que le ha apuntado la dirección de su casa. Intercambian unas palabras y se besan fugazmente mientras se sienten observados por la dueña del bar. Rachid silba a Annas, que se ha quedado un poco apartado, y echa a andar. Laura se concede un segundo para observar cómo se aleja, pero pronto vuelve a sus ocupaciones.

El chico acude entonces a la casa, él solo, para dejar su maleta. Belén le abre la puerta. Qué bien vestido va siempre este chico, se dice. A Belén le gusta el novio de su hija. Hay moros buenos y moros malos, como en todos los sitios hay buena y mala gente, suele decir. El chico es tranquilo, se le nota pendiente de las personas que tiene a su lado, es fiel con sus amigos. Así piensa Belén. Además –para ella es lo más importante–, tiene palabra.

Rachid le dice que quiere encontrar trabajo de sastre: igual que hacía chilabas en Marruecos, por qué no voy a saber hacer trajes.

Cuando el chico le pregunta cómo está, Belén desahoga sus problemas con él: llevo tanto tiempo enferma, sin poder trabajar, que no tengo ni para pagar la renta, le dice.

No te preocupes, responde Rachid, entre hoy y mañana te traeré yo el dinero.

Y se marcha a dar una vuelta.

La descripción policial de Rachid es la siguiente: joven magrebí, de unos veinte años de edad, delgado, entre 175 y 180 centímetros de altura, pelo corto moreno.

Horas después de que fuera visto por última vez, una de las lanchas que participa de las labores de búsqueda encuentra una cazadora-chubasquero parcialmente abrochada.

Tres días más tarde, agentes del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil recogen del fondo del mar dos camisetas y cuatro billetes de cinco euros.

El mismo día de la desaparición, la policía toma declaración a Laura. Le hacen ver fotografías de cuatro chicos, todos marroquíes. Firma encima del número cuatro, junto a tres fotos de Rachid, dos de frente y una de perfil.

A Laura le investigan las llamadas entrantes y salientes de sus dos teléfonos móviles durante la semana posterior a la desaparición de Rachid. Un coche de los secretas –como si no supiera cuál es el coche de los maderos, dice ella– la sigue permanentemente. Se dedicaron a seguirme a mí en vez de buscar a Rachid en el mar, afirma. Decían que le habían visto salir de la casa de Chus, un cura que, al parecer, daba comida y dinero a los chicos que estaban en la calle.

El padre Chus sale del garito agarrado a la cintura de Priscila. Ella lleva un vestido apretado de color claro que resalta su delgadez y su tez morena, y deja suelta una larga melena oscura, bastante alborotada. Chus, tripudo, calvo, paticorto, podría llegarle a ella a la altura del hombro, pero los tacones altos de Priscila acentúan aún más la asimetría. Lo bueno de los tacones es que hacen a Priscila acortar su zancada, y eso facilita que, así entrelazados, encuentren un ritmo común.

—Chus, ¿no crees que es mejor que nos soltemos? No me parece que te convenga pasear por el centro de Gijón agarrado a una puta.

—Ni hablar, todo el mundo sabe que yo ando con putas y con monjas, indistintamente, da igual que se llamen sor Mercedes que Priscila —responde Chus. Y en ese momento se suelta efectivamente para abrazar a una señora muy gorda y muy vieja que le sale al encuentro mientras grita: padre Chus, padre Chus, cuánto tiempo sin verle.

Nacido en Laviana, en el fondo de la cuenca minera del Nalón, el cura ha vivido siempre en Gijón. A los trece años entró en el seminario y lleva tres décadas y media oficiando misas y dando clase en un instituto de la ciudad. Como consecuencia de su vertiginosa vida social, conoce a media ciudad y a él le conoce la ciudad entera. Chus abrió una casa de acogida que funcionó durante un largo período de tiempo como hogar para gentes que vivían en la calle. Al mismo tiempo que el hogar cerró,

fue la propia casa de Chus la que abrió sus puertas. Más o menos en la época de la afluencia de menores marroquíes a los centros de acogida. Algunos de ellos —ya adultos— acabaron en la casa del cura. Otros pasan por allí a pedirle dinero, tabaco, un contrato de trabajo para algún trapicheo de papeles o, simplemente, lo que buscan es conversar. En la habitación que hace de dormitorio, oficina y comedor del cura hay una estantería repleta de libros: una de las baldas es exclusivamente de libros sobre el Islam. Buen conocedor del Corán, Chus no rehuye las disputas religiosas con los chavales.

Una semana antes de desaparecer en el agua, Rachid se presentó en aquella casa. El chico la frecuentaba siempre que pasaba por Gijón. Esa última vez que Chus le vio, Rachid no acudía, como otras veces, a pedirle ayuda. El cura no recuerda demasiado de qué hablaron, no sabía que sería la última vez. El chico —de esto sí se acuerda— acabó robándole un televisor. El aparato podría haber ido directamente para chatarra, no habrá sacado más que cuatro perras por él, afirma Chus.

Cuando le llegó la noticia de que un joven marroquí se había adentrado en el mar, enseguida pensó en Rachid. Un par de días después recibió una visita que se lo confirmó: Jibril, que buscaba desesperadamente noticias de su hermano, se presentó en su casa para preguntarle si le había visto. La visita trajo cola: a partir de ese día corrió el rumor, extendido no se sabe muy bien por qué y por quién, de que Rachid se había escapado de la policía y del mar, había llegado chorreando a la casa de Chus y

éste le había acogido durante una noche y le había pagado un billete de autobús para que huyese.

¿Habría sido así si Rachid se hubiera presentado?

Probablemente sí.

Chus estaba tomando un vermú cuando recibió la llamada de la policía. El cura se jacta de tener buenos amigos entre los maderos y los políticos. Los conozco a todos, si no han sido ellos los que han pasado por mi clase, han sido sus hijos los que han sido alumnos míos.

En cuanto el agente se identifica como policía, Chus le espeta:

—¿Qué se trata, del ahogado? Si ya os estaba esperando...

Al otro lado de la línea telefónica, silencio y algunos cuchicheos. A continuación, el mismo policía le ofrece enviar un coche a buscarle.

—¿Pero qué dices? Ahora mismo voy dando un paseo.

Y el cura apura el vermú y acude, solícito, a la comisaría.

Un agente le invita amablemente a entrar en un despacho, le ofrece asiento y, un poco cortado, empieza a interrogarle sobre su relación con Rachid. A medida que va negando que el chico pasara por su casa en una fecha posterior a su desaparición, nuevos policías van entrando en la sala. De últimas había doce rodeándome, recuerda Chus, todos de pie alrededor de la silla donde me sentaba. Y un par de ellos estaban un poco exaltados: no se conformaban con mi versión de los hechos y llegaron a gritarme. La verdad es que demostraban mucho interés por encontrar al chico, reconoce Chus. Se sentían

humillados porque Rachid se les hubiera escapado de la comisaría delante de sus narices.

—Que baje Aguirre –les dice cuando se cansa de sus presiones.

Y, efectivamente, pasados unos minutos, comparece el inspector.

—No hagáis el ridículo –le dice el cura al mando policial–. Estamos en la semana de la resurrección, pero deberíais saber que Jesucristo es el único que pudo resucitar. Ese chico está en el mar.

47

Sofía vive en Gijón desde hace casi cincuenta años. La oportunidad de trabajar de cocinera en una sidrería –regentada por Guzmán, que había formado parte de la riada de emigrantes rurales una década antes– la convenció de hacer las maletas camino de la ciudad junto a su novio de siempre. Su madre y su padre –era hija única– se aferraron al pueblo durante mucho tiempo aún. En los años noventa –cuando ya tenían dos nietos y una nieta adolescentes campando por Gijón– se consumó la emigración de toda la familia.

A Sofía, ahora que está jubilada, sus hijos ya no viven en casa, y su madre y su padre ya no están, le gusta acercarse a la playa cada mañana a pasear. Camina despacio, ha estado enferma. Lleva una bolsa de orina sujeta a su cuerpo, a la altura del muslo de la pierna derecha. El líquido es transportado a esa bolsa desde la vejiga a través

de una sonda. Sofía se ha acostumbrado a vivir con ella. La bolsa es molesta, pero se resiste a que le impida disfrutar de los placeres de la vida. Y pasear por la playa es uno de esos placeres.

Es un día despejado, aunque, como casi siempre, pega el viento. No hay demasiada gente en la playa. Sofía camina descalza por la arena húmeda y permite que las pequeñas olas que se forman junto a la orilla le cubran los pies. El agua está fría, muy fría.

Sofía se detiene, se coloca frente al mar y deja que el viento descoloque el pañuelo que lleva en la cabeza. Delante de ella no está el mar abierto, a lo lejos se ve otra orilla en la que se erigen grúas y otras instalaciones del puerto. Sofía retoma el paseo y, al llegar al final de la playa, se topa con el espigón que se adentra en el mar. Continuando con su rutina, se aleja de la orilla y camina al encuentro de sus zapatos y calcetines. Seca sus pies y se sienta en una de las piedras del espigón para deshacerse, minuciosamente, de cada grano de arena. No le gusta que se le queden entre los dedos. Mientras se afana en sacárselos de encima, se acuerda del día en que su madre desapareció unas horas. Qué susto se llevaron, medio pueblo movilizad o en su busca. Y qué alivio –a Sofía se le dibuja una sonrisa– cuando la encontraron sentada apaciblemente en el suelo del hórreo. Allí se había encaramado, según decía, en busca de unas cebollas. Cuando se tropezó y cayó, aunque no le pasó nada, ya no pudo levantarse, así que se quedó esperando que, antes o después, la recogieran. No se le ocurrió gritar, o más

bien mamá ya no era capaz de gritar por aquel entonces, se dice Sofía.

Retoma el paseo en cuanto se calza. Le gusta llegar hasta el final del espigón. Son poco más de un centenar de metros y desde allí puede contemplar mejor la amplitud del mar.

A la vuelta se fija en las olas que rompen contra las rocas. De pronto se sobresalta, pues cree ver a alguien allá abajo. Sofía ya no tiene buena vista, pero se asoma todo lo que puede y distingue claramente la parte inferior de un cuerpo, que lleva puestas unas zapatillas negras y unos pantalones vaqueros de color oscuro. Podría ser un pescador, piensa, pero está tan quieto... Otras personas, al verla mirar tan en el borde, se han fijado en lo que llama su atención. Se forma un pequeño corro y, con el paso de los minutos y la falta de movimiento allá abajo, se convencen de que se trata de un cuerpo sin vida. Un camarero que había salido a tomarse un respiro es el que llama desde su teléfono móvil a la policía.

El mar devolvió a Rachid muy cerca de donde, diez días antes, lo había devorado. Su cuerpo está incrustado entre las rocas. Sofía lo había visto bien: sus brazos y su cabeza están orientados hacia el fondo y las piernas hacia arriba. En el borde superior de los vaqueros asoman las bermudas que lleva debajo. Su torso está desnudo.

Un equipo de bomberos saca el cadáver de las rocas.

En el bolsillo izquierdo del pantalón, la policía encuentra un teléfono móvil, un mechero y un juego de cuatro llaves. En el bolsillo derecho, un papel doblado, ilegible,

y otro con prefijos telefónicos. En el bolsillo trasero, una cartera-monedero tipo vaquera, vacía. Sesenta y cinco euros en billetes aparecen repartidos entre el interior del calcetín derecho y bajo los calzoncillos. Rachid lleva escondidos otros trece euros con ochenta y cinco céntimos, todos en monedas, bajo las suelas de las zapatillas deportivas.

En el antebrazo izquierdo se puede leer su tatuaje: *Fatna Sukaina*.

48

Ha aparecido un cuerpo en la playa de Poniente, comenta un cliente que lo acaba de escuchar en la radio. A Laura se le escurre de las manos el vaso que estaba aclarando, que se golpea contra el fondo del fregadero y se rompe en varios trozos grandes. Laura los saca de allí de forma tan apresurada que se hace un pequeño corte con uno de los cristales. Blasfema mientras los arroja a la basura. Le falta una hora para terminar su jornada laboral y está a cargo del bar ella sola. El cliente no ha sabido darle más información. Pone la radio y llama a su madre, que no estaba al tanto de la noticia. Efectivamente, repiten cada cierto tiempo que ha aparecido un cadáver. Se especula con que se trate del joven magrebí que huyó de la policía mar adentro, dice el locutor cada quince minutos.

En cuanto llega su compañera a reemplazarla, Laura se encamina hacia la comisaría. Su primer impulso había

sido salir hacia la playa, pero la radio ha informado de que el cuerpo ya no está entre las rocas. En comisaría se encuentra con Jibril y Elías, a quienes en ese preciso momento están confirmando que se trata de su hermano.

Laura recrimina a los policías que la hayan estado siguiendo en vez de dedicarse a buscar a Rachid en el mar. Jibril declara que quiere denunciarlos por haber dejado escapar a su hermano. El disparo de un policía le asustó, afirma, y se queja de que a los dos días dejaron de buscarlo.

Tanto Jibril como Elías manifiestan el deseo de la familia de iniciar los trámites para la repatriación del cadáver. Ninguna institución –tampoco la Embajada marroquí– se plantea siquiera contribuir o facilitar la repatriación. A los dos hermanos la policía les entrega cuarenta y tres euros del dinero que encontraron entre las ropas de Rachid. Los cincuenta y cinco euros restantes son para el dueño del bar, que ya había recibido el dinero requisado a Annas.

Se inicia una colecta en la mezquita y entre algunos compatriotas. La cantidad recaudada es tan pequeña –menos de trescientos euros– que pronto tienen que descartar la repatriación.

La vida que había llevado Rachid –sostiene alguna gente– influyó mucho en la falta de respuesta.

Laura aún recuerda cómo su jefa le dijo que el chico estaba mejor muerto que vivo.

Casi un mes después de la aparición del cuerpo, el juez autoriza la inhumación del cadáver. Tres días más tarde, cuatro personas asisten al entierro en el cementerio de

Deva: Jibril, Elías, un mediador cultural del centro de menores llamado Smaili y un amigo de éste último.

Laura no asiste al entierro. Durante meses se adentra en una vorágine de consumo de pegamento y de desesperación. No quiere saber nada de Annas, al que culpa todavía hoy de no haber impedido que Rachid hubiera robado la misma noche que iba a empezar una nueva vida con ella. Culpa también a Rachid, no entiende por qué hizo lo que hizo.

Durante los días y semanas siguientes, al volver del trabajo, se sienta durante horas frente a la televisión encendida. De repente, se incorpora y comienza a gritar sin sentido. Su madre a duras penas logra tranquilizarla. Un día Laura le confiesa que no le baja la regla. Cuando la niña se va a trabajar, es a su madre a la que le da un ataque de ansiedad y comienza a propinar puñetazos y patadas a las puertas. Finalmente, Laura se hace una prueba de embarazo y es negativa.

Es en esa época cuando le da por robar compulsivamente. Y varias veces se corta el antebrazo derecho con trozos de vidrio. Un día se presenta en casa junto a una amiga con el brazo tapado. A su madre no le gusta esa amiga, la echa de allí. Le levanta el vendaje a su hija y ve lo que se ha hecho. Aún hoy, siete años después, a pesar de que le han hecho la cirugía estética en uno de los cortes, se aprecian las cicatrices.

Alicia sale del metro y cruza la plaza en la dirección acostumbrada. El edificio al que se encamina se erige en medio de un descampado. La acera lo rodea por la derecha, por el exterior de las vallas.

—Café calentito por un euro —grita una diminuta mujer junto a la parada del autobús. Alicia se acerca y la mujer le llena un vaso de plástico vertiendo el líquido desde un termo.

—Gracias —dice Alicia mientras le entrega la moneda.

—Gracias a usted —contesta con acento boliviano.

Alicia se da la vuelta para continuar su camino cuando se encuentra con Libasse.

—¡Hola, Libasse! ¿A quién vienes a ver?

—A un compatriota que trajeron hace unos días. En realidad no le conozco, es amigo de unos amigos. Trabajaba con ellos.

Después del desalojo de la antigua fábrica, Libasse pasó casi un año moviéndose por las campañas hortícolas. A él solo le fue mejor. Sacó un dinero que acabó invirtiendo en mercancía para la venta ambulante, sobre todo entre los turistas de los pueblos de la costa levantina y catalana. En uno de ellos los maderos se pasaron con un compañero, al que dejaron malherido, y se montó un motín. Los manteros levantaron barricadas y quemaron contenedores. Libasse recuerda que les tiró de todo a los policías. También hubo batalla cuerpo a cuerpo y, aunque recibió algunas hostias, le dio un trompazo del que aún se siente orgulloso a uno de los antidisturbios que

había perdido el casco en medio de la trifulca. Después de aquello dejó la venta ambulante, participó de una estafa que le permitió hacerse con una modesta suma de dinero y la invirtió en lo que realmente deseaba: se trasladó a Madrid y montó con tres colegas un grupo de música. Por el momento, se las arreglaba para vivir de ello.

Libasse y Alicia dejan a su derecha las ruinas de una antigua cárcel y observan, a la izquierda, una larga cola. Es la puerta de la Comisaría de Extranjería. Pasan por un detector de metales, giran de nuevo a la derecha y se acercan a un tendejón, en el que esperan varias decenas de personas, algunas sentadas en unos bancos de madera, otras de pie, formando pequeños grupos.

—¿Quién lleva la lista? —pregunta Alicia.

—Aquí la tenemos —contesta una mujer—. Díganme el número de interno.

—El 2958 —dicta Alicia.

—Y el 3008 —añade Libasse.

De un lateral del edificio surge la figura de un policía que se dirige hacia el tendejón.

—¿Tienen la lista? —pregunta.

—Aquí está —la mujer se la entrega.

—Ya saben. Diez personas cada vez. Vayan pasando según nombro a los internos. Esperen por mí en aquella puerta. 2938... 3002... 2857 —el agente va cantando los números—. 2973... ¿No hay nadie para el 2973?

—¡Yo! Perdona, no comprendo bien —un joven pakistaní camina rápidamente hacia donde les ha indicado.

Aún no es el turno de Alicia y Libasse.

—Si llegas a venir hace unos meses... —le dice Alicia—. ¿Te fijaste al pasar en las ruinas de la antigua cárcel? Allí detrás, en el descampado. Ése era el lugar de espera hasta hace bien poco. Nos apoyábamos en la vieja fachada y soportábamos el frío, la lluvia o, en verano, un calor insostenible. Creo que este tejado se construyó para contener nuestra rabia.

Sus miradas se dirigen ahora a un hombre que sale por la misma puerta por la que han entrado las visitas. Se abraza con una mujer que le espera. Ella le coge un par de paquetes, pues va muy cargado, y ambos salen por la puerta del detector de metales.

—Quedó libre —dice Alicia—. Habrá pasado el plazo y lo han tenido que soltar. Otras veces es al revés —suspira—. Ves a alguien cargado de maletas en dirección al CIE. Se las lleva a un familiar o a un amigo porque han avisado de que le deportan.

Entra un furgón policial, aullando.

—¿Qué le puedo decir a Gallas? —se pregunta Libasse—. Le traigo un poco de dinero y saludos de sus amigos —le explica, en voz baja, a Alicia—. Tiene una condena por falsedad documental y se la han cambiado por la expulsión.

—Dale ánimo y pregúntale por lo que pasa adentro. Habrá un policía presente, pero vosotros podéis hablar en *wolof*. Yo voy a ver a Oumou. ¿La conoces?

—Sí. No sabía que estaba detenida.

—La cogieron hace una semana. Lo peor es que tenía pasaporte y lo llevaba encima. Estoy casi segura de que la deportarán.

—¡Cinco minutos! Son unos miserables. Tres horas esperando aquí para una visita de cinco minutos –Libasse está indignado.

—¿No lo sabías? –le dice Alicia–. No es nada especial. Son las normas. Una visita al día por interno. Duración: cinco minutos. Es lo que hay. Hay quienes vienen varios días seguidos antes de poder entrar, porque a las siete de la tarde –da igual cuanta gente esté fuera– se suspenden las visitas.

—¿Cómo has visto a Oumou? –se interesa Libasse.

—Hoy estaba nerviosa, muy nerviosa. Ayer quisieron llevarse a una compañera al aeropuerto para deportarla. Era la segunda vez que lo intentaban –la primera ella se resistió– así que la metieron en una sala, la engrilletaron de pies y manos y los dos escoltas que se encargaban de su conducción al aeropuerto la amenazaron y golpearon. La chica llevaba unas rastas. Cómo sería la escena que volvió a la celda magullada y con mechones de pelo arrancados. Oumou estaba aterrada, pero también fascinada por el valor de esta mujer: dos veces han querido llevársela, dos veces ha resistido. Unas horas después se sentó a su lado y le susurró: qué valiente eres.

No se necesita valor para hacer una cosa cuando es lo único que puedes hacer, le contestó la mujer de las rastas. Luego le contó su historia: en su país estaba amenazada de muerte por una red de trata que la había traído a Europa.

Alicia y Libasse caminan de vuelta hacia el metro. A la altura de la vendedora de café –aún sigue allí–, Alicia señala hacia el edificio:

—¿Ves esa zona quemada y esas alambradas dobladas, junto a las ventanas de las celdas? Son marcas del día de la manifestación. Transcurría por aquí delante y de las celdas salían gritos de lucha y de libertad. Desde dentro hicieron todo el ruido que pudieron agitando las alambradas y prendieron fuego a algunos pañuelos.

Demacrado y excitado, con el labio superior reventado, un moratón en el ojo izquierdo y rastros de sangre en la cabeza. Así encuentro a Elías una mañana de sábado diez meses después de la muerte de Rachid.

Los fines de semana un grupo de secretas suele rondar por las calles del casco antiguo donde se concentran los garitos nocturnos. Elías ha salido con un colega, ellos están casi siempre en la calle, no en los bares. Los paran y les piden los papeles y la historia acaba con Elías tirado en el suelo y dos secretas esposándole. En el coche policial, uno de los maderos se pone unos guantes y le pega dos puñetazos. Elías sangra y escupe dentro del vehículo.

—Hijo de puta, no escupas en el coche –le grita el policía. Y le da un tortazo.

En la sala de urgencias del hospital una enfermera le trae un recipiente para orinar.

—Y cómo quieres que lo haga —le dice Elías.

Le han atado de pies y manos a la cama.

Aprovechando un momento sin personal médico en la habitación, y ante las amenazas de Elías de denunciarlos, uno de los agentes se le acerca y le da un cabezazo.

En el traslado del hospital a la comisaría le arrojan en la parte trasera del coche, de manera que su cabeza queda sobre el asiento y su cuerpo en el suelo del vehículo. Así le dejan durante todo el trayecto y un buen rato más en el aparcamiento de la comisaría, antes de sacarle para llevarle al calabozo.

Esa mañana, mientras Elías me cuenta y se cuenta a sí mismo lo que acaba de ocurrir, decide definitivamente que se marcha de Oviedo y del país. Tanto él como su hermano Jibril han obtenido la nacionalidad española gracias a haber permanecido más de dos años en la red de centros de acogida. El carnet de identidad español los libra de la amenaza de deportación y les permite cruzar fronteras. Elías no tarda en irse más al norte, de donde jamás ha vuelto.

52

Desde la entrada al cementerio se tiene una panorámica privilegiada de la ciudad de Gijón. Jibril la contempla durante unos segundos, antes de girarse y caminar en busca de la tumba de su hermano. Pasa por delante de la tienda de flores y piensa en comprar un ramo, pero comprueba que en sus bolsillos no hay muchas más monedas

que las necesarias para el billete de autobús. Entra de todas maneras y pregunta precios. Hace cuentas mentalmente y compra una flor.

Las calles del cementerio se extienden a derecha e izquierda a partir de un pasillo central. Jibril sólo ha estado aquí una vez, el día que enterraron a Rachid. Trata de hacer memoria para escoger el camino correcto. Es, seguro, a la derecha, aunque duda entre dos calles. Comienza entonces a caminar despacio y a recorrer con la mirada cada uno de los nichos. En cada columna hay cuatro superpuestos. Y cada calle tiene centenares de ellos. Jibril recuerda perfectamente que la tumba de su hermano iba en el segundo lugar de las cuatro alturas, empezando a contar por abajo. Va leyendo nombre por nombre los nichos de la segunda fila. Los lee todos en las dos calles entre las que duda. En ninguno está el nombre de Rachid.

Vaga por el cementerio sin saber muy bien qué hacer. Finalmente se acerca a la tienda de flores y, en sus inmediaciones, encuentra al trabajador de una funeraria. Le pregunta por la manera de encontrar el nicho de su hermano. Éste le responde que no es posible averiguarlo allí mismo. Es necesario bajar a la ciudad y comprobarlo en la oficina de la empresa que gestiona el cementerio. Es domingo y estará cerrada, no hay nada que hacer hasta mañana, le dice.

Jibril ya ha decidido que al día siguiente cogerá un autobús que le llevará lejos. Quiere probar suerte más al norte, en algún otro país de Europa. Así que da la vuelta e insiste en su búsqueda. Por si le falla la memoria, ya no

mira solamente los nombres de la segunda fila, sino todos. Recorre despacio las calles y su mirada se desplaza por las cuatro líneas de nichos. Mueve ligeramente los labios, musitando cada uno de los nombres.

Las dos calles se han vuelto a terminar y el nombre de Rachid no ha aparecido. Jibril se ha fijado que hay varias tumbas –pocas– en las que no figura ningún nombre. Camina ahora más rápido. Se detiene sólo allí donde no hay nombres. Tras algunos ires y venires, decide fiarse de su intuición, más que de su memoria, y se detiene frente a uno de los nichos. Es éste, se dice. Y coloca allí la flor. Se acerca entonces a una fuente y rellena de agua una botella de plástico que trae en uno de sus bolsillos. Derrama varios chorros sobre la pared. El agua riega la tumba sin nombre. Su rastro oscurece la piedra del nicho y del que está justo debajo, y continúa por el suelo. Al final de ese rastro se coloca Jibril y comienza a rezar, con las palmas de las manos boca arriba y la cabeza mirando a un punto entre el suelo y la tumba.

53

Mantengo contacto telefónico con Jibril a lo largo de los años siguientes. Me llama muy de vez en cuando, primero desde Suecia y más tarde desde Inglaterra, donde se reencuentra con Elías. Obsesionado con la muerte de Rachid, pide que me informe de los costes de trasladar sus restos a Marruecos. Asegura que en Inglaterra ha

conseguido dinero para trasladar los restos. No preguntes cómo, añade.

Habría que abrir el nicho, me dicen, y comprobar si los restos caben en una pequeña caja –más barata de trasladar, unos tres mil euros– o si aún requieren de un ataúd –lo que supondría más de seis mil. En el nicho, los restos sólo se conservan durante cinco años. A partir de esa fecha, hay que pagar para renovarlo o los arrojan a una fosa común.

Jibril se dispone a viajar a Oviedo, y posteriormente a Ksar el Kbir, para decidir, con su familia, qué hacer. Cuando se encuentra conmigo, es una sombra de sí mismo. Extremadamente delgado, pálido y con un marcado temblor en las manos, enciende un cigarrillo tras otro mientras cuenta que, en Suecia, le dijeron que tenía tuberculosis y empezó un tratamiento que abandonó.

Acude a un centro de salud, donde queda descartada su enfermedad. Sus temblores y su cuerpo consumido no tienen que ver con la tuberculosis, sino con una ansiedad que no logra sacarse de encima. Duerme poco y, cuando duerme, las pesadillas no le dejan descansar.

Las tres semanas que pasa en Oviedo son reparadoras: viaja entonces a Marruecos y, a su vuelta, me deja el dinero para prolongar cinco años más el alquiler del nicho. Eso es lo que ha decidido su familia.

Después me pide que le saque un billete por internet: quiere irse a Frankfurt, allí hay un amigo y una posibilidad –piensa– de huir de sus fantasmas y volver a empezar.

—¿Ndeye? Soy Lamp. Mandaw ha muerto. Lo siento.

Ndeye llora, serena, y contesta: Gracias Lamp. Gracias por todo. Lo sabía desde el principio, desde tu primera llamada.

—Te prometo que os enviaremos su cuerpo a Touba. Sabes que podéis contar conmigo, siempre os apoyaré.

—Envíanos su cuerpo, Lamp, envíanos a Mandaw —Ndeye cuelga el teléfono.

Mandaw ha estado cuatrocientos cincuenta y siete días en coma. Su cuerpo, en los últimos meses, era ya un verdadero cadáver, aunque los aparatos mantuvieran artificialmente sus constantes vitales. Una fría llamada telefónica informa a su primo del desenlace.

Carmen acompaña a Lamp al tanatorio.

—¿Conocen al difunto? ¿Son familiares? —pregunta el encargado.

—Yo soy su primo —afirma Lamp.

—Queremos repatriar el cadáver —añade Carmen.

—Habrà que hacer algunos trámites. Llevarán unos días. ¿Adónde hay que llevarlo?

—A Touba —contesta Lamp—. Está en Senegal, a un par de horas desde la capital, Dakar. Habrà que transportarle en avión y luego por carretera —explica.

—Siento tener que decírselo en estas circunstancias: la repatriación será costosa, ascenderá a unos cinco o seis mil euros. Tienen que firmar estos papeles para comenzar los trámites. —Les pasa unos impresos.

—Pero —susurra Lamp a Carmen—, aquí pone John Olomide. Como en el hospital, los papeles siguen sin reconocer la verdadera identidad de mi primo.

Carmen se dirige al encargado:

—Disculpe. Hay un error. La identidad del fallecido es Mandaw Diagne y no John Olomide.

—¿Cómo? —exclama el tipo.

Lamp relata toda la historia.

—Esta información ya se la dimos al hospital hace quince meses, nada más producirse el accidente, concluye.

—Lo siento, tengo que dar parte a la policía. No puedo enterrar ni repatriar un cuerpo que no se corresponde con la identidad que me han facilitado —se disculpa el encargado.

Para Lamp empezará entonces un tortuoso periplo burocrático. Primero, para confirmar la identidad de su primo. La policía científica interviene tomando muestras de saliva, uñas y cabello del fallecido. Lamp consigue trabajosamente algunos documentos en su país. Finalmente, se expide un nuevo acta de defunción a nombre de Mandaw Diagne.

En cuanto circula la noticia del deceso, comienza la colecta de dinero para afrontar los gastos de la repatriación. La comunidad senegalesa de la ciudad está compuesta, mayoritariamente, por jóvenes sumidos en la pobreza. Cientos de ellos afrontan cada día la lucha por obtener lo mínimo para resistir, soñando con que llegarán tiempos mejores. Muchos comparten vivienda e incluso la misma habitación mientras tejen redes de apoyo mutuo para que nadie se quede sin comer. Pocos son los afortunados que

se pueden permitir el envío de remesas a sus familias. Sin embargo, la solidaridad ante la muerte de un compatriota es asombrosa. En cuatro días se reúne el dinero necesario. Buena parte proviene de la comunidad africana local, junto a las aportaciones de otros colectivos con los que mantiene estrechos vínculos. Pero sorprende la llegada inmediata de dinero de diversos rincones de Europa, de otras comunidades senegalesas asentadas en Italia, Francia y otros países de la UE.

El funeral se celebra en Touba. El cuerpo de Mandaw es enterrado en Darou Diagne.

Y entonces Lamp continúa revolviendo papeles para lograr la pensión de viudedad y una indemnización para Ndeye. Ella le firma un poder para que él pueda mover papeles en España. Y la familia en Senegal tiene que dar mil vueltas hasta que logra enviar con los sellos preceptivos el certificado de matrimonio de Mandaw y Ndeye. Celebrado el 16 de agosto de 2002. Comprobado el 30 de diciembre de 2002. Entre Mandaw Diagne y Ndeye Diagne. Ciudad de Dakar, a 12 de diciembre de 2008. Firma del alcalde, del oficial del Estado civil, del oficial del Estado civil delegado. Profesión del esposo: vendedor. Opción del esposo: poligamia. Profesión de la esposa: sus labores. Dote: dieciocho mil francos. República de Senegal. Un pueblo, una meta, una fe.

A Ndeye le reconocen una pequeña pensión de viudedad casi cuatro años después de la muerte de su marido.

David Cameron, primer ministro británico, promete enviar más perros al túnel que comunica Dover con Calais. Dos o tres miles de inmigrantes llevan varios días tratando de cruzar ese túnel para pisar territorio inglés. Uno de sus ministros advierte sobre el peligro de que millones de africanos pongan en riesgo el *standard of living* de la sociedad británica.

Marta lee los titulares de los periódicos delante de un kiosco mientras hace recuento de las veces que la han llamado *fuckin' Spanish* desde que hace dos años decidió buscarse la vida en Londres. Llegó sabiendo cuatro palabras en inglés, a punto estuvieron de enviarla de vuelta a casa. Pero Marta es una esponja con los idiomas, así que no sólo logró que la admitieran en las prácticas que había gestionado desde España, sino que a los seis meses le ofrecieron un empleo. En Londres trabaja casi exclusivamente para el casero que te ha alquilado una habitación en un barrio periférico, a hora y pico del centro. Marta se ha cansado y ahora vive en Leeds, no lleva ni tres meses y ya sólo sabe hablar inglés con ese acento cerrado de Yorkshire.

Hoy Marta se ha arrimado a Liverpool en un autobús fletado por organizaciones antifascistas. Una convocatoria pretende impedir la celebración de un acto público neonazi. En la estación de tren de Liverpool, cientos de antifascistas rodean a un puñado de rapados, que acaban encerrándose en la consigna de la estación protegidos por un amplio despliegue policial. Por las calles

aledañas, algunas carreras detrás de fascistas despistados o provocadores que corren el riesgo de ser linchados. Policías montados a caballo tratan de escoltar a algunos de ellos.

El centro de la ciudad es un hervidero de gentes de cientos de procedencias. Un yemení regenta una pizzería que, durante el día, sirve comida rápida a una abigarrada clientela. Por la noche, el establecimiento, que no vende una gota de alcohol, vive curiosamente de dar de cenar a centenares de borrachos que salen de los pubs de los alrededores. Comen las pizzas, las hamburguesas y las patatas a grandes bocados, a veces se les cae la comida al suelo y de allí la recogen para seguir comiendo. Aunque nunca se ha servido en el local una cerveza, los chicos que trabajan allí han tenido que limpiar centenares de vómitos. Jibril es uno de ellos.

56

En la cocina y trastienda de la pizzería hace mucho calor. La estancia está repleta de hornos. En hora punta, seis personas trabajan a la vez allí dentro. En este momento ya ha pasado el trajín de la hora del *lunch*. Samir sirve a Elías, sentado a la mesa, arroz bilal con una salsa de verduras especiada. Samir viajó junto a Elías a Liverpool desde España hace cinco años. Es un charlatán, le encanta hablar de sí mismo. Cuenta a todo el mundo que hace el mejor pollo asado de Liverpool. Apoyándose en la buena relación que tiene con el dueño, actúa como

encargado del establecimiento, aunque nadie le ha nombrado oficialmente. Ejerce una jefatura dulce: es el que más curra, se preocupa de facilitar el acceso al trabajo a compatriotas que lo necesitan, invita a comer en la trastienda a quien se lo pide y acepta con resignación que todos los compañeros se rían de su charlatanería.

Samir es un tipo de orden: está encantado con las cámaras que el dueño ha instalado a un lado del mostrador. Así nadie podrá acusar de robo a quien no lo haya cometido, afirma.

Elías come a veces en la pizzería antes de acudir a su propio trabajo, en un establecimiento hostelero al otro lado del río. En estos cinco años ha echado raíces en Liverpool. Habla fluidamente inglés, se ha hecho con un empleo más o menos estable y frecuenta la mezquita. Aunque sigue siendo delgado, ha ganado robustez —antes era un poco enclenque—. La perilla que se ha dejado le aleja aún más de la apariencia adolescente que tenía en la época de Oviedo. Hasta la voz le ha cambiado: suena más ronca y segura.

Samir y Elías recuerdan a Ayoub, otro de los chicos que los acompañó en su huida de Asturias. Ayoub era un chico menudo, de ojos grandes y oscuros, labios gruesos y tez muy morena. A primera vista parecía un poco atolondrado. Era, en el fondo, extremadamente tímido y sensible.

Ni Samir ni Elías le han visto en los últimos meses. Recuerdan ahora cómo abandonó el silencio en el que se solía sumir para empezar a hablar solo, delante de ellos o mientras caminaba sin rumbo por las calles. Su

mirada penetrante mutó en una mirada perdida. Y un día, sin más, desapareció para siempre.

Elías está terminando de comer cuando llega Jibril, le toca turno de tarde en la pizzería. Se abraza con Samir y con su hermano. Con éste, el saludo es un poco frío, algún desencuentro han debido de tener últimamente.

Los últimos cinco años de Jibril han sido opuestos a los de Elías. Ha estado dando tumbos por Europa: Suecia, Inglaterra, España, Alemania, otra vez Inglaterra. La resaca de sus tentativas fracasadas de huida en solitario le ha traído otra vez junto a su hermano. En su segunda vida en Liverpool, comparte piso con dos compatriotas que vivieron en Cataluña los quince años gloriosos del capitalismo español. Con el final de la fiebre urbanizadora, fueron expulsados del mercado laboral y ahora tratan de reinventar su vida en Liverpool. Jibril vive en una habitación enmoquetada plagada de chinches. Los tres las ven correr casi todas las noches, pero, quién sabe por qué, están inmunizados contra sus picaduras. Justo bajo la habitación de Jibril, se encuentran las cámaras frigoríficas de una carnicería. El motor se enciende cada veinte minutos, también durante la noche, y acentúa los problemas de Jibril con el sueño.

En el barrio árabe en el que vive prácticamente no necesita hablar inglés, así que lo chapurrea con dificultad. Ha pasado por diferentes empleos efímeros, el más estable fue de limpiacoches en una gasolinera. Hace unas semanas ha firmado un *zero hours contract* para trabajar en una fábrica de reciclaje de basuras y está a la espera de que le llamen por primera vez. Transcurre el tiempo

y no sabe nada de la empresa. El contrato sin horas le obliga a estar siempre disponible, pero sin garantía de una mínima carga de trabajo. Cuando Samir le consigue un par de días semanales en la pizzería, relee el documento y lo rompe en mil pedazos.

Jibril y Elías han invertido sus papeles. Si en Oviedo se apreciaba a simple vista que Jibril era el hermano mayor, ahora se ha convertido en el pequeño: es Elías quien protege ahora a su hermano. Mientras Elías ha superado la muerte de Rachid, la vida de Jibril se ha desestabilizado, quién sabe si para siempre.

57

La noche de mi partida de Liverpool, en la habitación de Jibril, leo en voz alta algunos trozos del boceto de esta novela. A Jibril, que está sentado en su cama, le vuelve el temblor en las manos. Sigue leyendo, me dice, cuando propongo, arrepentido, interrumpir la lectura. Al hablarme, a Jibril le tiemblan también las comisuras de los labios.

—Sigue leyendo.

Elías está sentado en una silla, en el centro de la habitación. Escucha en silencio una escena tras otra, metido en sí mismo. Al final, levanta la vista y dice: ¿para qué publicar la vida de mi hermano? Lo que pasó sólo lo juzgará Dios. Él juzgará a mi hermano, a los que le hicieron daño y a todos nosotros.

En Senegal, hasta no hace muchos años, los sastres confeccionaban la ropa de la mayoría de la población. Hoy solamente les compran ropa una vez al año, para la fiesta del cordero. El resto del tiempo la gente se viste con ropa de importación, que ha sustituido a los vestidos tradicionales. Los pescadores, a medida que los grandes barcos extranjeros han ido acaparando las capturas, han reconvertido sus cayucos en embarcaciones destinadas al trayecto migratorio hacia Canarias.

Entre los trabajadores de Cubo Express, Gora y Abdou habían sido sastres en Touba. Gallas conducía un camión en Thiès. Laba fue pescador durante diez años en Cayar y Doro lo era en el barrio de Guette Ndar en Saint-Louis.

Algunos de ellos siguen residiendo en Oviedo. Cada año viajan unos meses al sur para buscar trabajo de temporada como jornaleros. El rastro de otros chicos se ha difuminado hasta perderse, han abandonado para siempre la ciudad y quién sabe dónde se encuentran ahora.

De uno de ellos sabemos que ha sido deportado a Senegal.

Es la cabalgata de Reyes, miles de personas se han echado a la calle a pesar de que hace un tiempo gélido. Pero en las calles de la barriada por las que comienzan

a pasar los repartidores de cubos no hay un alma. El de Cubo Express, que es el último que pasa, es un camión con conductor y dos operarios apoyados en los estribos de la parte trasera. Esos estribos parecen demasiado cortos, los dejan demasiado pegados al camión, en una posición bastante inestable allí subidos. Aunque ahora llevan unos cascos –un poco ridículos– en la cabeza, la presión por terminar rápido no ha cambiado: saltan del camión en marcha y corren repartiendo cubos a toda velocidad. Otras empresas más pequeñas –se han multiplicado en estos años– recorren también la barriada, cada portal contrata a la que le peta. Pasa un pequeño camión con un trabajador en el estribo. Cuando no da abasto, el conductor pone los intermitentes, deja el vehículo en medio de la calle y salta a colocar cubos. Como provocan una caravana detrás del camión, van a toda hostia. Aún hay otra modalidad: furgonetas con un solo trabajador al volante. Es el propio conductor el que se baja a repartir todos los cubos mientras le pitan e insultan los conductores impacientes.

El barrio ha crecido a toda velocidad. La población se ha triplicado en unos pocos años. Bloques y bloques de edificios se erigen por doquier, han proliferado nuevos viales y rotondas, y en ellas grandes carteles anuncian promociones urbanísticas y viviendas de protección oficial. Un vecino de la barriada afirma:

—Nos han camuflado entre torres de pisos, quien no conoce La Carisa no sabe llegar hasta aquí.

Lo primero que llama la atención en la barriada es que no tiene patios interiores. Al contrario que en los nuevos edificios, en estos los tendales dan a la calle. Muchos están hoy cargados de ropa, protegida con plásticos de una lluvia tenaz.

Un piar tímido llama la atención sobre una de las ventanas de la planta baja. Está repleta, por la parte que da a la calle, de jaulas, superpuestas unas encima de otras en dos columnas. La ventana de la habitación de al lado está abierta: a ella se asoma una mujer. Los pájaros –dice– son el entretenimiento de mi marido.

La señora recuerda los tiempos, hace cuarenta años, en que llegó a este barrio. Los postes de la luz eran de madera –no las actuales farolas–, caminábamos a coger agua de un manantial –era ésa el agua que bebíamos, no la de la traída–. Por esa loma –la señala– pasaba un riachuelo y todo a nuestro alrededor eran prados. Había que atravesarlos para llegar al autobús que nos llevaba a la ciudad. La parada más cercana estaba a un kilómetro. El tránsito había ido creando una caleya. Al anochecer y de madrugada se hacía el trayecto a la luz de las linternas.

La mujer de la ventana recuerda el accidente de Mandaw. Sí, se habló mucho de aquello en el barrio. La gente estuvo pendiente del desenlace y sentimos la muerte del chico cuando sucedió.

Otra mujer, que camina por la acera con una barra de pan en una mano y la cadena de su perro en la otra, recuerda también lo sucedido. Comentábamos –dice– que aquello se veía venir. Trabajaban a toda prisa, saltaban y

se subían al camión en marcha, se notaba que tenían que funcionar a toda velocidad, que estaban muy presionados.

Una pandilla de chavales bebe la última cerveza de la noche. Reponen fuerzas comiendo pinchos. Hablan a voces. Se les oye alguna broma respecto a La Carisa. Dos de los chicos son vecinos de allí. No eran ni adolescentes en aquella época, pero se acuerdan del accidente. Preguntaremos por el barrio, a ver si alguien lo presencié. Uno de los chavales cuenta que vino de Melilla a Asturias y que es rapero. Hace unos años, en Gijón, le detuvieron junto a su novia. Había actuado en un local de Cimadevilla. Más tarde, estando en la calle muy borracho, un tipo le dijo que aprendiera a hablar español, que se sacara de una vez la polla de la boca. Él le soltó un guantazo, se montó una pequeña melé y su novia pegó con su bolso en la jeta a un policía. Acabaron en el calabozo. Ese día los maderos estaban nerviosos, ¿sabes? Se les había escapado un chico de la comisaría, salió corriendo y se tiró al mar.

## SEGUNDA PARTE

### 1

Es mediodía en la ciudad. Una señora sale de la tienda de Fina y camina por la zona peatonal con una bolsa de tela rebosante de comida sujeta con la mano derecha. En el hombro izquierdo lleva colgado un bolso negro adornado con unas perlas de imitación. Un chico se cruza con ella; camina a trompicones y casi se la lleva por delante. La mujer le regaña –a ver si tienes más cuidado, casi me tiras– y sigue su camino. El chaval se da la vuelta, echa a correr y se abalanza, por detrás, sobre ella. Ambos caen al suelo, la mujer completamente desmadejada. Él queda encima, como abrazándola. La compra se ha desparado por el suelo y el bolso yace a un par de metros. Están solos en la calle. El chico se levanta y coge el bolso. La mujer, aturdida y magullada, suspira. Parece que el chaval va a escapar con el botín, pero deja el bolso en la acera, junto a la mujer, y le dice:

—Perdone, señora, no sabía lo que hacía. Perdóneme.

El joven es Simo.  
Y, ahora sí, sale corriendo.

2

A quien más echa de menos en este mundo es a su abuelo. Rafa se vino a la ciudad poco después de cerrarle los ojos. Durante aquellas últimas noches no quiso despegarse de él. Pasó varias semanas dando cabezadas junto a la cama, despertándose cada poco para apretar la mano del anciano.

Durante toda su infancia, Paco, el abuelo, había sido su verdadera referencia. La madre de Rafa murió cuando él era aún un niño pequeño –sólo tiene algunos recuerdos difusos de ella–. Y con la abuela Josefa, que trató de ocupar su lugar, el niño siempre mantuvo la distancia: escuchaba cómo el abuelo, de cuando en cuando, le pegaba, y él, uña y carne con Paco, incapaz de entender lo que pasaba, reaccionaba evitando la intimidad y la cercanía con Josefa. El padre, Joaquín, jamás contempló al niño: siempre le trató rudamente y, a medida que fue creciendo, fue más habitual que le tratara a golpes. Rafa se acuerda perfectamente del día que se le agotó el miedo: habían ido a la yerba y el terreno era muy pendiente. No recuerda qué mosca le picó a su padre aquel día para enfadarse, pero no olvida cómo, cuando se iba a acercar a él, probablemente para soltarle un buen trompazo, Rafa fijó sus dos pies en la tierra, blandió la vara de avellano con la que se apoyaba para caminar por el monte,

miró a los ojos a su padre y le dijo: ven *pacá*, mientras con un gesto de la mano le invitaba amenazadoramente a acercarse. Su padre retiró la mirada y nunca más se atrevió a tocarle un pelo. Esto sucedió un par de años antes de la muerte del abuelo, la persona que le enseñó a estar en el mundo. Aún recuerda aquellas manos recias, aquellas manos grandes y hábiles que hacían y deshacían nudos a toda velocidad, que agarraban por las bridas al caballo encabritado y lo amansaban inmediatamente, aquellas manos rugosas que apretaban sus mejillas cuando el abuelo, serio, le explicaba algún peligro acercando su rostro al suyo.

Quizás el recuerdo más placentero que conserva es el de las salidas a cazar. A veces el abuelo le llevaba con una cuadrilla y su jauría de perros en persecución de liebres y perdices. Pero a Rafa le gustaban más aún esas madrugadas en las que iban al monte solos, comprobaban las trampas y aguardaban durante horas, apostados pacientemente en los lugares de paso, hasta que aparecía una víctima propicia para el infalible fusil del abuelo. Cazaban corzos y jabalís, pues el pueblo no estaba lejos del mar y por allá no se encontraban otras piezas. Con mucha terquedad, Rafa logró que el abuelo le empezara a llevar, en coche, y sólo de vez en cuando, a la montaña asturiana, lejos del pueblo y de la costa. Y no olvida aquel día en que, después de tantos ejercicios de tiro apuntando a latas y botellas, le dejó por fin disparar el fusil de verdad y abatir un venado. Excitado por su conquista, Rafa corrió hacia el cadáver del animal en cuanto vio cómo se desplomaba.

Días antes de que rodara por el suelo abrazado a una señora, Simo había reaparecido en mi vida. Le había perdido la pista durante casi dos años. Fue él quien me llamó por teléfono y, finalmente, se presentó a verme en Oviedo. Su estado era lamentable. Apareció drogado y no se quedó mucho tiempo.

Tras la huida de Rachid por el canalón, Simo y Ahmed habían abandonado la ciudad, cada uno por su lado. Simo estaba viviendo ahora en Gijón y tenía algunas causas abiertas por robos en el interior de coches. Al parecer, la policía le encontró junto a otros chicos en una gran *kharba*. Simo dormía profundamente. Una mochila junto a él contenía móviles y carteras sustraídas de varios vehículos. En los bolsillos de su pantalón los policías encontraron pequeños trozos de cristal, restos de la luna del último coche. La mezcla de trankimazin y alcohol le envalentonaba para cometer atracos, pero convertía a Simo en un idiota a la hora de desprenderse de las evidencias.

Más adelante supe que, en su desesperada búsqueda de dinero para pastillas y para fumar cocaína, abordaba a los viandantes con un cuchillo amenazador. Llegó a rajar a un tipo en el muslo derecho. Por aquel entonces podía pasar tres o cuatro noches sin dormir, hasta caer redondo contra cualquier bordillo de la ciudad. Si no era levantado antes por la policía, despertaba, entumecido y desorientado, quince o veinte horas después.

Junto con un compinche había llegado a hacer cosas verdaderamente peligrosas, como citarse con camellos para robárselo todo. Una noche le cayeron veinte tipos encima: llovieron puñetazos y patadas sin fin, aunque afortunadamente no le rajaron. Él se protegía la cabeza y un móvil de segunda generación que tenía en un bolsillo de la cazadora.

Tan colgado estaba en aquella época que volvió a llamarme por teléfono un par de días después y se había olvidado de que acabábamos de vernos, me hablaba como si fuera nuestra primera conversación en dos años.

Los dos primeros meses en la ciudad los pasó un poco desorientado. Rafa nunca había vivido fuera de la casa familiar. A pesar de que la vuelta al pueblo la tenía descartada, sentía una especie de extrañamiento, la sensación de estar viviendo una vida que no era la suya.

Roberto, que había dejado el pueblo una década antes, se portó muy bien con él. No sólo le acogió en su casa, sino que le abrió un montón de puertas para encontrar rápidamente trabajo y le introdujo en su mundo de relaciones.

El período de adaptación de Rafa fue muy breve. Recuerda que, una vez que alquiló su propio piso, se sentía exultante. Lo de trabajar poniendo copas le hizo vivir desde el principio mucho más de noche que de día. Su carácter fue mudando rápidamente, de la

tímida introversión pasó a desarrollar un carácter expansivo. Le costó más vencer su timidez con las tías. Los primeros amigos que hizo en la noche, camareros como él, todos cinco o diez años mayores, le vacilaban al principio por ello. En algunas de sus juergas al salir del curro se lo llevaban de putas. En el club perdió la virginidad que no había perdido en el pueblo. Poco a poco se fue soltando detrás de la barra del bar. Empezó a ligar, primero con torpeza, pronto con más habilidad, y dos o tres años después de llegar a la ciudad, los mismos colegas que se reían de su timidez empezaron a admirar su capacidad de seducción.

Con el paso del tiempo la vida nocturna comenzó a cobrarle su peaje. Tanta caña al cuerpo, drogas y alcohol como compañía cotidiana, le pegaron algunos sustos importantes. Se había aficionado a algunos lugares bastante turbios e incluso Roberto le dio el toque un día porque alguien le había contado de alguna escena sórdida protagonizada por Rafa.

Decidió dejar la noche y ponerse a trabajar en la cafetería de un hotel. El nuevo empleo le sentó bastante la cabeza. Con sus horarios vitales más ordenados y con un lustro de por medio, sintió además que era el momento de atenuar el conflicto con su padre, al que en estos años sólo había visto muy de cuando en cuando. Empezó a volver al pueblo, primero tímidamente, más tarde con cierta frecuencia. Y, aunque a estas alturas ya no se iban a hacer amigos, al menos sintió que recuperaba un cierto vínculo con Joaquín.

Carmen, la vecina, le decía últimamente a Rafa que le veía una presencia más madura. Él bromeaba con que sólo le faltaba enamorarse.

—A estos los dejarían declarar hasta en vasco.

—¿Cómo? —La funcionaria del juzgado no entiende al policía, que acaba de llegar custodiando a Simo y charla amigablemente con ella mientras al chico le toman declaración.

—Sí, en vasco —insiste—. Como tienen un convenio con los vascos, traen menores marroquíes desde allí. Como si aquí tuviéramos pocos.

—Son una pesadilla, los traen aquí cada dos por tres —responde la mujer—. Y no son los únicos que sobran. ¿Has visto a las rumanas? Ya no se puede ni pasear tranquilamente por la zona peatonal. Irrumpen en tu camino, te molestan con sus ruegos, son pegajosas.

—Y hambre no pasan, están de buen ver.

—Sucias como ellas solas.

El policía se asoma a la puerta entornada para comprobar que aún no reclaman su presencia en la sala de declaraciones y vuelve a acercarse.

—No llevas mucho tiempo viniendo por aquí, ¿verdad? —pregunta la funcionaria.

—Empecé en los antidisturbios. Cualquiera, en una manifestación, te puede hacer una buena avería, así que renuncié al puesto y pedí el traslado. Me apunté durante

unos meses a las repatriaciones. Éramos como los toreros, viajando cada semana a la Conchinchina: Canarias, Mauritania, Pakistán... Un refrigerio después de doce horas de vuelo, para dar tiempo a que limpiaran el avión, y en marcha de nuevo. Así no se puede tener una familia. Sólo merece la pena porque ganas un montón de dinero. También lo acabé dejando.

El policía acude a la llamada de la jueza. De la sala de declaraciones sale la mujer magullada en el asalto del día anterior. Llora mientras repite: me ha pedido perdón, me ha pedido perdón. Simo sale unos metros detrás de ella custodiado por el policía, que le conduce por los intrincados pasillos del juzgado y, finalmente, le abre una puerta que da a la calle y le deja libre.

6

Simo se arrastra, cojeando de su pierna derecha –ha recibido un porrazo durante la detención–, hasta el centro de salud. Su presencia revela que la noche en el calabozo y la falta de pastillas han acabado de alterar su frágil sistema nervioso. Está pálido y bizquea continuamente. Su aspecto, sus ropas mugrientas y su olor a calabozo provocan miradas entre compasivas y displicentes en el personal de la entrada.

El doctor –tripa, barba blanca, rostro rojizo, gafas con cadenita–, le pregunta el motivo por el que acude a consulta mientras observa algún dato en la pantalla

del ordenador. Simo no es capaz de fijar la mirada y por momentos no recuerda qué hace allí.

El doctor le vuelve a repetir la pregunta.

Silencio.

El médico mira por primera vez al chaval.

—¿Tiene usted antecedentes familiares reseñables?  
–prueba torpemente.

—¿Cómo? –alcanza a responder Simo.

—Si en su familia alguien ha tenido enfermedades importantes...

—Mmmm, no, doctor, nunca.

—¿Está usted seguro?

Simo se demora unos segundos y responde:

—¡Sí, doctor, mi tío tuvo la gripe! –El médico traga saliva.

—¿Y usted? ¿Ha tenido alguna enfermedad grave?

Simo vuelve a guardar silencio. Juega con un hilo que le cuelga de la camisa. Finalmente responde:

—No, doctor.

—¿No ha estado nunca enfermo? –insiste, impaciente, el médico.

—Nunca –responde el chaval.

El rostro del doctor está cada vez más enrojecido. Mira la pantalla por no mirar al chico. Simo se mueve inquieto en la silla y observa el temblor de sus propias manos.

—¿Por qué está usted aquí?

—Es el trankimazin, doctor. Tomo pastillas para colocarme.

De nuevo una pausa informática para que el médico introduzca la respuesta en la ficha.

Simo mira al vacío mientras el médico teclea.

—¿Y en qué presentación consume usted el trankimazin?

El chico vuelve en sí ante la pregunta.

—¿Cómo dice, doctor?

—Que si consume usted las pastillas en comprimidos de 0,50 miligramos o en otras dosis.

Simo le mira estupefacto.

—Ni idea, doctor.

—¡Cómo no lo va a saber! ¿Qué pone la receta?

—¿La receta? —Simo suspira—. En la calle, doctor, las pastillas las consigo en la calle.

El médico enrojece aún más.

—Unos botes con cincuenta pastillas, doctor.

El médico vuelve a mirar la pantalla y, sin abandonarla, pregunta:

—¿Y toma usted alguna otra sustancia estupefaciente?

Simo se crece:

—Ahora no, doctor, pero en Melilla tomaba unas pastillas rojas.

Se incorpora de la silla y el médico observa cómo el rostro de Simo y el suyo propio se acercan. El doctor se recuesta en su sillón para mantener una cierta distancia. Con los dedos índice y pulgar Simo está formando un círculo del tamaño de las pastillas.

—Así de grandes, doctor. Unas bolas rojas. Colocaban mucho más que el trankimazin.

El médico guarda silencio, espera que su paciente se vuelva a sentar en la silla y mira de nuevo la pantalla. Ahora se pasa varios minutos tecleando. Simo no es capaz de detener sus ojos, que se van fijando en detalles del despacho y del médico. Mira el bote lleno de bolígra-

fos y de rotuladores de colores. Los carteles en la pared del esqueleto humano y del sistema muscular. La cadenera colgando de las gafas del médico. Su poblada barba blanca, que aún conserva indicios de que, hace un tiempo, fue rubia.

El doctor imprime un volante para salud mental.

7

Leila abre su bolso y saca dos cajas de medicamentos. Las abre y manipula el envase para sacar dos pastillas, una de cada caja. Se agacha y se las mete en la boca a Simo, que tiene la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas en el suelo. Luego le pasa una botella de agua. Bebe y trágatelas, le dice.

Cuando salió, temblando, de salud mental, Simo tuvo miedo, se sintió solo y marcó el número de teléfono de Leila. Ella acudió enseguida a su encuentro. El chico le contó por encima la historia de su detención y le mostró las recetas que le acababan de entregar. La psiquiatra dudó si lo mejor era internarle. Hay una larga lista de espera, le dijo, así que finalmente optó por darle un tratamiento de desintoxicación. Cada ocho horas tendría que tomar unas pastillas que, entre otros efectos, reducen el mono de trankimazin.

Leila acompañó a Simo a la farmacia y, cuando él quiso guardar los medicamentos en el bolsillo de su pantalón, ella se los arrebató y los guardó en su bolso.

—Si quieres que me quede contigo, seré yo quien tenga las pastillas. No me puedo arriesgar a que te tomes una docena de una tacada.

Después buscaron un lugar para quedarse y encontraron la *kharba* donde ahora descansa Simo.

Leila le deja solo un rato. Se hace, no se sabe de dónde, con un colchón, que deja apoyado en la pared. Simo, sentado en el suelo, se ha quedado dormido. Ella aprovecha el momento para volver a salir y regresa con comida, una escoba y algunos trapos de limpieza.

La *kharba* es más lúgubre que cualquiera en la que hayan estado antes. Está en un edificio antiguo del casco viejo, abandonado hace diez años. Probablemente sus habitantes habrán sido desalojados por riesgo de derrumbe. Hacía tiempo que Leila se había fijado en que la entrada estaba mal tapiada y había hecho una incursión para conocerla por dentro. La cocina y el baño están impracticables, solamente hay una habitación donde cobijarse. Es una solución provisional, quizás sólo para pasar la noche, piensa Leila, que logra adecentar un trozo para, al menos, poder apoyar el colchón en el suelo.

Simo se despierta desconcertado. Está anocheciendo y la habitación ha quedado en penumbra. Leila le refresca la memoria de lo sucedido durante el día. Él se da cuenta de que está muerto de hambre justo en el momento en que ella abre la pizza que ha traído. El chaval la devora. Leila se queda con un trozo, que come despacio, a pequeños bocados. Le cuesta un gran esfuerzo no hacerse un porro.

Se echan sobre el colchón. Ella se da cuenta de que a Simo le siguen temblando las manos. Mira la hora y calcula mentalmente cuánto tiempo queda para la próxima toma de pastillas. Aún varias horas. Le pide que le cuente con más detalle lo que ha pasado. Y él comienza a hablarle del llanto de la señora en el juzgado.

—No sé lo que hago, tía, me trago los trankimazines y ya no sé lo que hago.

Se abrazan, se dan calor. Ella le acaricia la cabeza, él la aprieta fuerte contra sí. No tarda en volver a quedarse dormido. A media noche, le despierta, le abre la boca, deja caer en ella dos pastillas y le obliga a dar un largo sorbo a la botella de agua.

Por la mañana Simo se encuentra mejor. Leila le pide que extienda las manos. Tiemblan, pero menos. En ese momento suena el teléfono de Leila. Es un cliente. Si lo rechaza, se arriesga a una bronca en el piso de contactos donde vive y trabaja. Además, necesita el dinero, para ella y para Simo. Él le pide que vaya, que no se preocupe, que puede controlar él solo, que le deje los medicamentos. Ella duda, y finalmente le deja pastillas para dos tomas. Quedan en verse en la misma *kharba* para volver a pasar la noche juntos.

Cuando Leila llega al piso, su jefa le pone mala cara. Vives aquí para trabajar, le dice, no para desaparecer y desaprovechar medio día y toda la noche. Se excusa y se encierra un rato en su habitación. Tiene sueño, mucho sueño, porque no ha dormido casi nada en la *kharba*, pero no tiene tiempo. Se quita la ropa y la mete en un

cubo. Envuelta en una toalla, lleva la ropa a la lavadora y se mete en la ducha.

No ha terminado de vestirse cuando suena el timbre. Escucha desde el baño cómo hacen entrar al cliente y le llevan a su habitación. Ella ya le conoce de otras veces, dice que es ingeniero en el túnel del AVE. Leila no sabe si es cierto, en realidad se la suda. El tipo tuerce el gesto cuando la ve entrar: ¿qué te pasa? ¿Por qué no te has pintado hoy para mí?

Cuando Leila se vuelve a quedar sola, se mete de nuevo en la ducha. Al salir mira el teléfono: tiene varias llamadas perdidas de un número desconocido. Devuelve la llamada por si es otro cliente. Nadie responde al otro lado de la línea. Para calmar los ánimos en el piso, sale al encuentro de su jefa y le entrega la mitad de lo que acaba de cobrar. Camina de vuelta por el pasillo cuando escucha que su teléfono vuelve a sonar. Es el mismo número de antes.

—Policía –le dicen cuando responde–. ¿Es usted familia de Simo Bel Haj? Nos ha dado su número para que la avisemos de que está detenido.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Es todo lo que puedo decirle –dice el policía. Y cuelga.

## 8

Cuando Jenny entró en su habitación esa noche, se encontró con que le habían cambiado la televisión por una

más grande y le habían puesto una cama de matrimonio. Enseguida se le vino la escena que le había montado su jefe el día anterior. Era media mañana y ella estaba con su compañera Melisa de limpieza de habitaciones. La gobernanta, que había bajado a la lavandería a por algunas toallas, le avisó de que el jefe la reclamaba para acompañarle a hacer algunas compras. ¿Y quieres que vaya en medio de este lío?, le preguntó ingenuamente Jenny a la gobernanta. Las órdenes del jefe no se discuten, fue la respuesta. Así que Jenny se subió al coche, un coche deportivo, con Sergio, y éste empezó a conducir en silencio. Pero no hacia el centro comercial, como ella imaginaba, sino hacia un apartado y solitario polígono. Aparcó el coche y, con lágrimas en los ojos, le dijo: Jenny, dame una oportunidad. Ella, que no se había quitado el cinturón y permanecía mirando al frente, muy recta, dio un respingo cuando notó la mano de Sergio acariciándole su corta melena. Señor, dé la vuelta, vayamos a la compra, me está usted poniendo muy nerviosa. Las palabras de Sergio se tornaron entonces amenazadoras: ya aprenderás lo que es mejor para ti.

Jenny recordaba ahora algunos detalles que en Lima le pasaron desapercibidos. Las pruebas médicas a las que habían sometido a todas las candidatas a venir a trabajar a España habían concluido que ella estaba anémica. No era de extrañar, pues casi no dormía: entre las horas de trabajo de supervisora de limpieza de un hospital y el segundo empleo que se había buscado en un programa de promoción de la universidad –repartiendo camisetas y baratijas varias–, salía de casa a las cinco de

la mañana y no volvía hasta las once de la noche. Aún le daba tiempo, al llegar, a dejarle preparada la comida para el día siguiente a su hijo adolescente. Con anemia lo más probable es que hubiera sido rechazada, había seiscientas candidatas para sólo cincuenta y dos puestos. Pero la secretaria de la oficina de contratación, una asturiana amable que recibía cada día a una larga cola de aspirantes, le dijo: Jenny, te vamos a pasar, Sergio dice que está contento contigo. De entre todos los hoteles a los que vais a ir destinadas, ha dicho que quiere que trabajéis en el suyo.

Jenny dudó mucho si hacer este viaje. Dos de sus hermanos estuvieron una buena temporada juntando plata para comprar un contrato de trabajo en España, pero no llegaron a los tres mil euros necesarios y desistieron. Cuando Vicky, una monja de la villa, avisó a Jenny de que el Ministerio de Trabajo español había alquilado el local que su congregación tenía en el centro de la ciudad para hacer estas pruebas selectivas, decidió acudir. Tras un largo periplo –pruebas psicopedagógicas, entrevista personalizada, exámenes médicos y clases de cocina y hostelería–, a Jenny le pareció que el premio final no era demasiado succulento: el contrato era de sólo cuatro meses, ampliable un mes más, y la empresa descontaba de la nómina el coste del pasaje. Perder un trabajo fijo, pero con un salario pírrico, a cambio de volver con un pequeño capital con el que buscarse la vida. En fin, pensó Jenny animada por su hijo, volveré y me haré *negocianta*, como mamá. Su madre había emigrado a Lima desde Cuzco y allí, en Villa El Salvador, había conocido

al padre de sus ocho hijos, también inmigrante en la capital. Allí se hizo costurera, tejedora y vendedora ambulante de verdura.

El día de la partida de Jenny, el aeropuerto de Lima era un hervidero de familias que despedían a sus madres. Alrededor de cada una de las cincuenta y dos mujeres que se iban a subir a ese avión se arremolinaba una extensa familia que achuchaba a la protagonista. En cada aglomeración en el hall de embarques de la terminal, se ponía en juego un torbellino de sentimientos contradictorios. Tristeza por la separación, sobre todo de su hijo, preocupación por cómo se las iba a arreglar su abuela con él, miedo a lo desconocido, una cierta adrenalina por la aventura, esperanza de una vuelta por la puerta grande... Todo esto sentía Jenny mientras sudaba, agarrada a su voluminoso equipaje de mano, en el momento en que había podido salir del círculo de abrazos y se encaminaba al avión.

Cuando las seis trabajadoras llegan al hotel de Sergio, éste se reúne con ellas y les explica los detalles de su trabajo. Les ofrece –letra pequeña del contrato– una habitación a cambio de descontarles ciento cincuenta euros al mes de su salario. Sergio le pide a Jenny que se quede un momento al final de la reunión. Si apoyas por las tardes en recepción y cafetería, no te descontaré el dinero de la habitación, ni tampoco el del pasaje, le dice sonriente. Le alarga la llave. Anda, corre a conocer tu habitación. Y le hace una carantoña.

Jenny empieza su jornada a las ocho de la mañana. El hotel no es demasiado grande, hay tres parejas de camareras haciendo habitaciones, además de la gobernanta. El ritmo de trabajo es muy alto. Lo que le resulta más duro a Jenny es levantar los pesos de las camas y de los colchones. Trata de buscar posturas aprendidas para que le cueste menos, pero según avanza la jornada va perdiendo la atención en sus propios gestos. Odia meterse en las bañeras y restregar las mamparas, siempre tiene la sensación de que en una de éstas acabará resbalándose. La gobernanta es despiadada con ella y con Melisa. Entra como un sabueso a olfatear todos los rincones de la habitación recién hecha y no les pasa ni una. Ha tenido la feliz idea de pedirle a Jenny que, antes de entrar en recepción, se encargue de bajar a la lavandería para sacar las toallas limpias y dejarlas dobladas para la mañana siguiente. Jenny –que ni se plantea decir *no*– come cualquier cosa, dobla toallas y a las cuatro pone su mejor cara a los clientes en la entrada del hotel. A última hora de la tarde se toma un respiro en su propia habitación. No tarda en salir a bajar la basura y a las diez se presenta en la barra del bar para terminar la jornada.

Jenny observa la nueva cama y lo primero que se le ocurre es llamar a Rafa para contárselo, pero no lo hace. Rafa es un compañero de trabajo con el que se ha liado. Jenny se dio cuenta desde el primer día de que el joven camarero se quedaba embobado mirándola. A ella le hacía gracia notarlo. Pronto se le fue acercando con la excusa de la basura. Por las mañanas, las camareras

de hotel acumulaban una docena de grandes bolsas de basura, que guardaban en un trastero que había en cada piso. La gobernanta había decidido que esta tarea también la podía asumir Jenny, así que cada noche arrastraba esas bolsas hasta el ascensor de servicio, se metía allí dentro entre ese bosque de olores y marcaba el botón del bajo. El ascensor daba a un largo pasillo que corría paralelo, por detrás, a la barra del bar, con la que se comunicaba por una puerta que solía estar abierta. Rafa podía observar cómo Jenny arrastraba trabajosamente cada bolsa camino de la puerta de servicio. Allí tenía que cargar con el peso de cada una de ellas para introducirlas en los cubos de basura que una empresa colocaba cada noche sobre la acera.

Rafa comenzó a ausentarse de la barra –en ese momento no tenía al jefe delante y su compañero se arreglaba sin él– para cargar con varias bolsas a la vez y arrojarlas en los cubos. Cuando empezó a encontrarse con Jenny detrás de la barra, las posibilidades de estrechar el vínculo aumentaron. Lo cierto es que Rafa irrumpió dulcemente en la vida de Jenny, pues no hizo otra cosa que facilitarle la existencia en ese pequeño mundo desconocido, muchas veces hostil, que era el hotel. Rafa fue una bocanada de oxígeno que permitió a Jenny desembarazarse de algunos de los miedos que la paralizaban. Una vez había ido a pedir permiso al jefe para salir del hotel a darse una vuelta por el centro, era su día libre. Sergio le había negado el permiso: el día de descanso es para recuperarse en la habitación, para coger fuerzas para toda la semana, le había dicho. Y a ella esto casi le

parecía ya una cosa natural. Fue Rafa quien, tras varias tentativas, consiguió que Jenny sacara de su armario ropas lindas que aún no se había puesto en España y bajara a la cafetería a encontrarse con él para salir de paseo, primero por los alrededores del hotel, más tarde para descubrir infinidad de rincones de la ciudad que él le mostraba con placer.

Una noche en que ambos libraban, Rafa sorprendió a Jenny con una cena en el bar del hotel. Él mismo –excelente cocinero– puso la mesa y preparó el menú. Fue a buscarla a la habitación y le pidió que le acompañase. Jenny aún se acuerda de sus maneras protocolarias, de cómo le movió la silla para que se sentara, de lo bonita que estaba la mesa, con flores y velas, de las lecciones de Rafa para enseñarle a comer marisco y de su propia vergüenza por no saber qué hacer con esa especie de cangrejos enormes. Esa noche se acostaron por primera vez juntos en la habitación de Jenny. Por la mañana, ella se levantó temprano a darse una ducha antes de empezar su jornada. Rafa apuraba el tiempo bajo las sábanas, sin pinta de querer incorporarse. Jenny le llamaba una y otra vez mientras él remoloneaba. Hasta que empezaron a oír en el piso la voz de la gobernanta y, poco después, la de Sergio. Jenny recuerda divertida que Rafa acabó saliendo por un recodo de la ventilación por el que se podía acceder a las cercanías del ascensor de servicio.

Simo ha mezclado con alcohol las pastillas que Leila le ha dejado y no ha tardado en abalanzarse sobre un tipo con el que se ha cruzado por la calle. Un policía corre tras él y le alcanza. Le mete en un portal, le da unas cuantas hostias y le pone boca abajo, sobre las escaleras, para esposarle. Después le saca de allí y le sube a un coche celular que su compañero ha aparcado en doble fila delante del portal. En el juzgado de guardia, el chico se encuentra con la misma jueza que dos días antes se había visto obligada a dejarle en libertad ante la compasiva declaración de la señora. Ahora, al ver al chico de nuevo frente a ella, se niega a celebrar otro juicio rápido. Intercambia frases, incomprensibles para Simo, con el abogado y la fiscal. Luego sacan al chico a un pasillo y el abogado le explica que la jueza ha decidido su ingreso en un centro penitenciario.

—¿Y qué centro es ése? –pregunta Simo, aún aturrido. Su aspecto es, si cabe, más sucio, mugriento y tembloroso.

—Chaval, es la cárcel –le dice el abogado–. La cárcel de Villabona. Te vas para allá en prisión preventiva, hasta que salga el juicio.

El coche policial le conduce fuera de la ciudad, recorren varios kilómetros entre pueblos hasta que se desvían por una carretera empinada que desemboca en una garita de control y, un poco más arriba, en una zona de aparcamiento. Le introducen en un edificio de una sola

planta y le hacen esperar, custodiado por un agente, en una sala. Luego viene la toma de huellas dactilares, una fotografía y el primer cacheo. Cuando empieza a cruzar puertas correderas metálicas que se cierran a su espalda comprende definitivamente que está en el talego.

Al principio tiene miedo de todo y de todos. Se imagina el interior del talego como lo ha visto en las películas. Espera encontrarse con despiadados y musculosos delincuentes que le golpearán, le sacarán un pincho y le violarán en la ducha. La verdadera cárcel es muy diferente. Lo más significativo es la cantidad de pastillas a las que todos los presos tienen acceso. Simo, después de la valoración del psiquiatra, la psicóloga y de la trabajadora social, consume siete pastillas distintas cada día. Y casi todo el mundo toma tantas o más pastillas que él. En el módulo de aislamiento –le cuentan– hay presos islamistas y un anarquista: son prácticamente los únicos que no están colocados.

La psicóloga trata de convencerle de que se pase al módulo libre de drogas. No ingresar en la unidad terapéutica –así la llaman– es condenarse a vivir en el pozo sin fondo de este módulo, le dice. Allí todo está más limpio, hay más actividades, también hay chicas. A Simo –al que aún le dura el tembleque y el mono del trankimazin–, lo de las chicas le suena bien, así que acepta el cambio.

Antes de traspasar la última puerta –le da grima el chirrido que producen esas puertas al abrirse o cerrarse–, unos tipos se cruzan en su camino. Se pone en guardia. Ellos le conminan a que se esté quieto:

—Sólo vamos a cachearte.

El chaval, confuso, los deja hacer, sin entender quiénes son aquellos tipos que le palpan el cuerpo a la vista de los funcionarios, que simplemente observan desde su garita. Poco a poco irá comprendiendo cómo funciona esta cárcel dentro de la cárcel. Nada más entrar al módulo, otro preso le explica las normas. Él pasa a formar parte de un grupo de nueve personas. Por el momento, tiene prohibido dirigir la palabra a nadie que no sea de su grupo. Jeremy –así se llama su anfitrión– le conduce por una escalera estrecha y metálica que asciende en espiral hacia una de las galerías. A la entrada de la misma, otro preso toma nota de todo el que entra o sale de ella. El chabolo no tiene más de cinco metros cuadrados. A la derecha está la litera. En la pared de la izquierda hay dos pequeñas estanterías con cuatro libros. Una puerta da acceso a un habitáculo minúsculo en el que caben a duras penas una letrina y un lavabo. En el fondo del chabolo hay una pequeña ventana enrejada. Las vistas dan al patio del módulo. Simo observa el rectángulo de unos sesenta metros de largo y treinta de ancho, con dos porterías de fútbol en cada extremo. Mientras Jeremy le explica que serán compañeros de celda y que él mismo es el encargado de su seguimiento, Simo ve a un preso caminar, solo y en línea recta, de un lado a otro del patio; otros corren dando vueltas a ese rectángulo, a ritmos muy diferentes: tres o cuatro parecen bien entrenados y se desplazan a buena velocidad; otros corren en grupo, a ritmo lento, desgastados; y hay dos que parecen sufrir para mantenerse en carrera. Uno de ellos camina cada cierto tiempo, como tomándose un respiro.

—Los chicos que te han cacheado –le dice Jeremy– son los apoyos. En el grupo al que pertenecemos hay uno. Aquí, ellos son los que hablan con los funcionarios.

Simo observa ahora a un tipo grande hacer dominadas sobre el larguero de la portería del fondo. En uno de los laterales del patio se ve una puerta abierta. Asomados a esa puerta, dos presos jalean al que se alza repetidamente sobre el larguero. Detrás de ellos, dentro de la sala, se aprecian varios bancos con mancuernas y barras de pesas. Un preso hace pectoral con ochenta kilos.

Simo continua en silencio, observando el patio, mientras Jeremy habla a su espalda.

—El compañero que ha apuntado nuestra entrada en la galería es un representante. Ellos controlan las entradas y salidas aquí dentro. Tendrás que dirigirte a ellos para apuntarte a los talleres. Y, cuando no esté presente un apoyo, el representante le sustituirá.

Jeremy habla de memoria, acostumbrado a contar el mismo rollo a otros presos recién llegados.

Simo escucha con poca atención, aún aturdido. Le interesa más observar a tres tipos que se apoyan en una de las paredes del patio. Conversan y fuman. Y Simo tiene unas terribles ganas de fumar.

—Cada martes –continúa Jeremy– los apoyos y los representantes se reúnen con los funcionarios para valorar la evolución de cada preso. Si cumples las normas, todo irá bien. Si no, acabarás expulsado del módulo. Los martes se celebra también asamblea de cada grupo. Los nuevos tienen que escribir una carta sobre su vida para esa reunión. Tendrás que leerla en voz alta y responder

a las preguntas que provoque tu historia entre los compañeros y los funcionarios que asistan.

—Necesito fumar –dice Simo–. Y ya es la hora de mis pastillas.

—Mi litera es la de arriba –responde Jeremy–. Tienes quince minutos para colocar tus cosas y hacer la cama. Después podrás bajar al patio a fumar.

10

La primera vez que visité a Simo en la cárcel comprobé quiénes conforman la población carcelaria española. La fila que hacía cola para pasar el detector de metales y cruzar la última puerta hacia los locutorios era un espejo de quienes estaban dentro. Básicamente, los presos eran gitanos y extranjeros, así, en masculino, pues en esta cárcel sólo había un módulo de mujeres, con otro horario de visitas. Eso sí, la mayoría de las visitantes eran mujeres: madres, parejas, hermanas, hijas...

Al otro lado del cristal, Simo se acerca y lo primero que compruebo es que aún no ha perdido esa mirada bizqueante de los últimos tiempos. Nos sentamos en dos banquetas y hacemos varias pruebas con el interfono hasta conseguir que nuestra voz traspase esa frontera y nos podamos oír.

Simo está en el locutorio como en una jaula. No para de levantarse y sentarse, de tocar el cristal con las manos, de girar la cabeza para ver si alguien nos está escuchando. Cuando empieza a relatar sus primeros días

en la unidad terapéutica, se derrumba. Le han obligado a quitarse sus pendientes y a cortarse una pequeña trenza. La exigencia de asistir a talleres y asambleas le estresa, le enloquece tener que contarle a esos desconocidos su propia vida. Cada dos por tres recibe amenazas de expulsión de la unidad por dirigirse a presos con los que tiene prohibido hablar. Repite una y otra vez que quiere irse de allí.

A la salida, cojo un microbús de vuelta a la ciudad. Una mujer le cuenta a otra que ha visto bien a su hijo. Qué escándalo que le tengan preso, madre mía, por esa hija de puta, esa cerda –grita– que le denunció por maltrato. ¡Mentirosa! La otra señora le da la razón y amplía el catálogo de insultos. Sólo se oye a esas dos mujeres. Alrededor, un silencio indiferente, neutro.

11

En el vehículo en el que trasladan a Simo a los juzgados van también presos de otros módulos. Algunos tienen, como Simo, juicios pendientes, y por eso los sacan del talego. Pero hay varios que van a declarar como testigos: hace unos días un preso ha asesinado a otro en el patio, a puñetazos y patadas. Varios reclusos han visto cómo un funcionario discutía acaloradamente con Yuri, un preso veterano. A continuación, el funcionario se ha acercado a Jonás, un enorme tipo de más de dos metros, para susurrarle unas palabras al oído. Seis años antes Yuri había herido a Jonás en el costado con un arma blanca

en una trifulca taleguera. Los separaron de módulo y Jonás nunca puso cara al preso que le había apuñalado. Por eso convivían pacíficamente mientras compartían de nuevo horas de patio. Desde que el funcionario le ha hablado a Jonás al oído hasta que Yuri ha quedado tendido en el patio con la cabeza reventada no ha pasado ni un minuto.

Condenan a Simo a nueve meses de cárcel, de los que ha cumplido casi cinco. Como no tiene antecedentes, el juez le echa un rapapolvo y decreta su puesta en libertad.

Una asociación que ha visitado al chico en Villabona, a sabiendas de que va a quedarse en la calle, le consigue plaza en un albergue de Avilés. Pasará allí varios días a la espera de que le lleven a un piso de reinserción social. En el albergue se encuentra con un viejo conocido, Fran, un joven con el que había coincidido en el centro de menores. No los dejan salir del albergue a partir de las ocho de la noche. A Simo ese límite le provoca ansiedad. Lleva cinco meses encerrado y lo que quiere es resarcirse. Fran no tarda en convencerle de tragarse unas pastillas. Entre los trastos del albergue, Simo ha conseguido una especie de barra de hierro puntiaguda, con la que pretende reventar la puerta para escapar. Fran le sugiere que no sea escandaloso y le muestra una ventana abierta. La huida por el canalón no es tan espectacular como la de Rachid, al fin y al cabo están en un primer piso.

Esa noche roban en un bar de Avilés. Rompen las lunas con una alcantarilla.

En esos días, en Oviedo, una asociación de vecinos organiza una manifestación por la seguridad del barrio. En verdad, la movilización es contra un centro de acogida ocupado principalmente por adolescentes marroquíes, situado a pocos portales del piso que, durante dos meses, ocuparon Ahmed, Simo y Rachid con el permiso de Khalid. Varios altercados han servido de pretexto a la asociación vecinal para exigir públicamente más presencia policial y presionar a las autoridades para que se lleven el centro de acogida a otro sitio. Cuanto más lejos, mejor. Ajenos a esta historia, a Fran y a Simo no se les ocurre mejor lugar para perpetrar su segundo golpe que la calle principal de ese mismo barrio. La luna del bar se hace añicos. Fran entra el primero y sale corriendo con la caja registradora. Simo se demora, blande su barra de hierro y trata de reventar con ella la máquina de tabaco y la tragaperras. La policía le detiene allí mismo. Simo vuelve a la cárcel quince días después de salir de ella. Esta vez no será para cuatro meses, sino para casi dos años.

12

Jenny se acuesta, apaga la luz y trata de dormirse. Se le presenta el recuerdo de su hijo corriendo por el pasillo de su casa en Villa El Salvador, gritándole: ¡Una española, mami! ¡Se llama Ana! Y, mientras ella respondía al teléfono, Matías continuaba gritando: ¡imamá se va a España!

El dolor de espalda interrumpe sus pensamientos. Se pone boca abajo para probar si se le pasa. Alivia al principio, pero con el paso del tiempo es peor. Así que vuelve a ponerse boca arriba y dobla las piernas para liberar de tensión sus lumbares.

Hace cuentas del dinero que ha acumulado. En realidad sólo ha cobrado los dos primeros meses, pero le asusta la idea de denunciar a Sergio por el impago de la última nómina. No me queda otro remedio que esperar, piensa. Y empieza a tomar forma en su cabeza la idea de no coger el avión de vuelta que saldrá en unas pocas semanas hacia Lima.

Piensa en su relación con Rafa. Él es cariñoso con ella. Poco a poco se ha ido convirtiendo en su principal soporte emocional. El único en España, en realidad. Él la busca casi cada noche para acostarse con ella. Jenny trata de ralentizar el vínculo, temerosa de crear algo muy grande que le cueste cortar cuando toque marcharse a Perú.

Rafa no tardará en volver cualquier noche a esta habitación, se dice, y se pondrá furioso cuando vea cómo la ha amueblado Sergio para mí. Tendré que convencerle de que no haga ninguna tontería que le haga perder el trabajo. Eso es lo que quiere Sergio, provocarnos.

Enciende la lámpara de la mesita y abre el cajón. Coge dos cajas de pastillas y saca una píldora de cada una de ellas. Se las traga juntas y da un largo sorbo de agua al vaso que previamente había dejado preparado sobre la mesita. Un relajante muscular y una pastilla para dormir. Cada noche, cuando se acuesta, se propone no

tomarlas, intenta dormirse sin ellas. Casi siempre, antes o después, acaba sucumbiendo al dolor y a la ansiedad. Por la mañana, cuando el despertador suena, se siente amodorrada y con el estómago revuelto. Y cuando empieza, trabajosamente, a mover su cuerpo entumecido, se enfrenta de nuevo a todos los dolores.

A mediodía, cuando Jenny vuelve a la habitación para comer algo –guarda en una pequeña nevera algunos tupper–, se encuentra con que Sergio está dentro esperándola. ¿Qué te parece lo que te he comprado, guapa?, le dice. Se acerca hacia ella y trata de ponerle las manos en las caderas. Jenny empieza a temblar. Logra zafarse y retrocede hacia la puerta. Melisa, la ayudante de cocina que ocupa la habitación de al lado, acude alarmada por los gritos. Jenny se la encuentra en el pasillo y le pide entre lágrimas que le deje entrar en su habitación. Cuando Melisa está cerrando la puerta se escucha la voz del jefe: —Putra india... Me las pagarás.

13

Enjuto, moreno, ojos claros e intensos, pelo negro y rizado. El joven se sienta en una de las sillas altas de la barra y pide una cerveza. Saca un arrugado y sucio billete de diez euros y paga inmediatamente. Deja el cambio sobre la barra y, en dos tragos, termina la cerveza. Pide otra y arrastra un par de monedas hacia el lado del camarero, que le observa sorprendido. Amadeo conoce al chico de

vista. Hace unas semanas que merodea por el pueblo. Es hermano menor de Mohamed, el marroquí que llegó hace tres años para quedarse. Alguna vez los ha visto gritarse por la calle y ha oído –de boca de Aníbal, uno de los paisanos que viene a jugar la partida– que suelen llegar a las manos y que es el mayor el que siempre pega. El chico se protege y llora; nunca devuelve los golpes, aunque tampoco huye.

El chaval ya ha venido otras veces por el bar, pero hoy ha mudado su rostro. Suele ser risueño, una cara agradable. Sin perseguirlo, siempre acaba entablando conversación con algún vecino: el chico se hace querer enseguida. Esta vez, sin embargo, rehuye la mirada y procura aislarse de quienes le rodean.

Amadeo le da la espalda mientras escancia sidra a Xose y su cuadrilla en el otro extremo del bar, cerca de la puerta que da a la calle. Dos vecinos que acaban de entrar exigen un caldo de inmediato; y es que fuera la helada es de las que duelen.

De vuelta a la barra Amadeo se encuentra otras monedas colocadas hacia su lado. Un vodka, dice el chico; y le mira por vez primera al tiempo que señala el dinero. Amadeo recoge las monedas y, en silencio, sirve la copa. El chaval juega un momento con una de las piezas de hielo y apura el vaso de un trago. Rebusca en el pantalón, saca una cajetilla de tabaco, pide un mechero al tipo de la silla de al lado y enciende un cigarrillo. Fuma rápidas caladas y pierde la mirada en las estanterías de bebidas de la pared de la barra. Musita palabras incomprensibles, dirigidas a sí mismo. Amadeo le vuelve a per-

der de vista para atender a Marcos, un viejo conocido al que le sirve el vino de siempre. Hablan animadamente, solamente interrumpidos por la mesa de la entrada, que pide sidra, y por el joven, al que ha rellenado otras dos veces el vaso. Ha dudado si decirle algo al chaval, pero no lo ha hecho. A mí me pagan por poner copas, no por hacer de padre, ha pensado. Y ha vuelto a enfrascarse en la conversación con Marcos.

El chico sigue en su propio mundo. Bebe y fuma como si no hubiera mañana. Le suena el móvil un par de veces, pero corta las llamadas. Xose pasa por detrás de él hacia el baño y le saluda alegremente. Ahmed, qué solo estás hoy, ¿dónde quedó tu hermano? Ahmed sonrío a Xose, casi una mueca, suficiente para que éste continúe su camino y le deje en paz. Vuelve a la mirada perdida y a las palabras proyectadas hacia sí mismo. Antes de que Xose pase de nuevo a su lado de vuelta del servicio, se levanta y, un poco vacilante, se marcha del bar. Amadeo acaba de entrar en la cocina a por otro caldo, así que, aunque se ha dado cuenta de la silla vacía, no le ha visto salir.

El viento helado le golpea el rostro nada más abrir la puerta y el frío se le cuele por todos los pliegues de su ropa, impropia para el invierno. Camina desnortado hasta que se detiene delante de un coche. El vehículo está mal aparcado y la puerta del conductor mal cerrada. Ahmed intenta mirar a través del cristal. Acerca la cara, hasta apoyar la frente y la nariz en la ventanilla, y tapa la luz de la calle con las manos, que se apoyan en el cristal y en sus pómulos. Está todo tan empañado que

no se ve nada. Entonces, sin preocuparse de mirar antes a su alrededor, abre la puerta. En el asiento trasero hay un abrigo oscuro. Ahmed mete medio cuerpo en el vehículo, agarra el abrigo, lo saca, se lo pone, cierra la puerta y se aleja por la calle, tiritando, con un paso más firme durante unos pocos metros. Luego vuelve al caminar inseguro y se mete las manos en los bolsillos de su nueva prenda. En uno de ellos toca una cartera.

14

A pesar de las sospechas de Rafa, Jenny, que no quiere sentirse responsable de que pierda su empleo, consigue ocultarle la persecución a la que la somete su patrón. Lo que no logra es evitar que Sergio descubra su relación con Rafa, pues éste empieza a hacer ostentación de ella. Rabioso, una noche el jefe llama a capítulo a Jenny. Mira que juntarte con ese drogadicto, le dice. Y la amenaza con echarlos a los dos. Ella se arma de valor para responderle: usted puede hacerme trabajar, pero el contrato no dice nada de mis relaciones, le dice con una firmeza que a ella misma le resulta sorprendente. Quedan sólo diez días para que salga el vuelo a Lima que llevará de vuelta a casa a cincuenta y dos mujeres peruanas.

No es hasta el día previo que Sergio accede a reunirse con Jenny para hacer cuentas. La recibe en el pequeño casino del hotel, antes de la hora de apertura.

—Aquí tienes lo que te debo, cuatrocientos cincuenta euros. Cuéntalos y firma aquí. —Le alarga un pequeño

fajo de billetes desde el otro lado de la barra y pone sobre la misma un recibo y un bolígrafo.

—Pero, ¿cómo? Usted me debe mucho más dinero —responde Jenny desprevenida, mientras coge el sobre y lee, todavía confusa, la cantidad que figura en el recibo.

—Lee el contrato otra vez, guapa, éstas son las dos últimas nóminas una vez descontado el dinero del pasaje y de la habitación. ¿Acaso tenemos firmado algún papel tú y yo donde diga que no te lo voy a descontar?

Jenny tiembla.

—Lo han escuchado todas mis compañeras.

—¿Quién escogió su destino, Jenny? —le dice Sergio, con la mejor de sus sonrisas—. Ahora lárgate. —Su rostro muda súbitamente—. Tengo mucho que hacer.

Jenny sale del casino preguntándose cómo va a volver ahora a Perú. Llama a su hijo: me quedo un tiempo más en España, le dice. Y a continuación llama a Rafa: me quedo contigo. Lo de hacernos pareja de hecho para los papeles, ¿sigue en pie?

15

Ahmed trabaja detrás de la barra. Su hermano —el mismo que le deja marcas en la cara— le ha conseguido un empleo en la misma sidrería donde se emborrachó la última vez. Amadeo es ahora su compañero y Olga y Sandra, las dos cocineras, se han encariñado con él y le tratan a cuerpo de rey. Y es que Ahmed puede ser, sencillamente, encantador. Hasta los paisanos más recelosos

se han ido rindiendo a su carácter jovial y dicharachero. Echa sidra con soltura y el jefe le ha apuntado a un concurso en el que ha logrado el quinto puesto.

Esa noche una mesa de casi cincuenta personas llena el comedor. Amadeo y Ahmed se mueven de la cocina a la mesa portando bandejas de tapas variadas. No paran de echar sidra.

En una esquina se debate acaloradamente sobre la mina de oro que una multinacional canadiense quiere poner en marcha a pocos kilómetros de allí, apenas a cien metros de la costa.

—Esos pijos de *Oro no* sólo quieren mantener su casa de vacaciones y sus dos meses de playa —dice el que preside la celebración.

A su alrededor varias voces le respaldan. Amadeo, que en ese momento pasa por allí, se pone a pensar en su hermana Graciela, fundadora de unas huertas ecológicas en el colegio de educación especial en el que trabaja, a dos palmos del lugar escogido para la explotación minera. Cómo reaccionará mi hermana cuando se entere de que he echado el currículum para entrar en la mina, se dice, agobiado, de vuelta a la cocina.

Los viernes y sábados, al finalizar la jornada, se juntan camareros de varias sidrerías del pueblo para salir de copas. Ahmed se apunta casi siempre. Han pasado meses desde que robó el abrigo del coche y hoy, por vez primera, se ha animado a llevarlo al trabajo y a ponerlo a la salida. No hay muchos locales que permanezcan abiertos a esas horas. O van al pub del pueblo o al

club. Esta vez la juerga no se ha desmadrado demasiado. Amadeo y Ahmed caminan, cada uno por su lado, de vuelta a casa. A Ahmed le abordan dos tipos en la oscuridad. Cree reconocer a uno de ellos de la mesa que ha servido esa noche. Sin mediar palabra, le empiezan a propinar puñetazos y le hacen caer al suelo. Entonces le patean. Casi inconsciente, nota cómo le arrancan el abrigo del cuerpo. Para que se te quiten las ganas de robar, le dice uno de los tipos. Y le pone una bota sobre la cara mientras presiona fuerte contra el suelo.

16

Rafa se presenta de inmediato en el hotel. Aparca su coche sobre la acera junto a la puerta de servicio y le hace un gesto a un compañero para que esté al tanto de que la grúa no se lo lleve. Sube a la habitación de Jenny y le pide que haga rápidamente el equipaje. La ayuda con todos sus bultos y ambos salen lo más discretamente posible, cargan el coche y se largan.

Desde ese momento, Rafa se vuelca aún más con Jenny. Ella, que se siente miedosa y vulnerable, se deja sostener. Pasa la mayor parte del tiempo en el piso al que se han ido a vivir juntos. Sin trabajo y sin papeles, teme salir a la calle y sufrir un control de documentación. Y, aunque al principio le alteran mucho incluso las breves expediciones al mercado para hacer la compra, Jenny se concentra en devolverle a Rafa tanto cariño. Cocina, tiene la casa bonita, se hace desear y desea a Rafa siempre

que él aparece al atardecer. Mientras, espera obtener papeles rápidamente, ponerse a trabajar y, por qué no, traerse a su hijo a España.

17

A Ahmed, tras varias trifulcas nocturnas, le han echado de la sidrería. Se larga del pueblo antes de que su hermano se entere del despido y, de vuelta en Oviedo, consigue que le acojan en el albergue por unos días. Pronto asume algunas tareas –cortar el pelo, cocinar– y de ese modo se gana la posibilidad de quedarse durante una temporada.

Un día se encuentra con Mohsin. Se conocen desde hace años. A Ahmed le sorprende encontrárselo con tan buen aspecto, sus últimos recuerdos de Mohsin eran escenas más bien turbias de alcohol y pegamento. Más tarde le llegó el rumor de que había perdido dos dedos manipulando unos petardos en una fiesta de *prao*, probablemente drogado. Ahora observa que, efectivamente, la mano derecha de Mohsin está vendada.

Cuando ya no puede extender más el alojamiento en el albergue, su amigo le invita a quedarse en su piso. De camino le cuenta que hay un café donde se juntan varios chicos –a algunos los conoces, le dice– con dos hombres que les están dando clases. Les han empezado a hablar de la guerra en Siria y de los crímenes cometidos por Bachar Al-Assad.

A mí me dejan escuchar, pero me han dicho que nunca podré combatir. Y le muestra su mano lesionada.

Ahmed comienza a frecuentar un piso donde, además de hablarles de la guerra, les ponen vídeos de las matanzas realizadas por el ejército sirio. Si son verdaderos musulmanes –les dicen–, tienen que prepararse para ir a defender a la población que está siendo exterminada. Podrán ir antes a Marruecos a despedirse de sus familias, y éstas recibirán un sueldo mientras ellos estén combatiendo.

Ahmed está entusiasmado con la idea. Siempre le han gustado los ejércitos y las armas. Siempre ha querido ser un soldado. La perspectiva de formar parte de un grupo que comparte proyecto e ideales da un sentido a su vida. Entrena obsesivamente –su cuerpo se transforma y coge algunos kilos de músculo– y acude cada día al piso a recibir instrucción. Las imágenes de población civil asesinada le enrabetan. Pero los vídeos del entrenamiento militar le fascinan. Quiere irse lo antes posible a hacer la guerra.

Sin embargo, de un día para otro, sus instructores desaparecen y el plan se desmorona.

Andrea no sabe muy bien cómo pudo rodar por ese precipicio. Lo cierto es que, con dieciocho años, vivía con aquel tipo, Quique, y su perrita. Tardó más de un año en

darse cuenta de lo que ocurría. Entonces, poco a poco, disimuladamente, empezó a llevar cosas a casa de su madre. Cuando vio que se había llevado todo lo imprescindible, le dijo a Quique, un domingo, que se llevaba a la perrita a dar una vuelta. Y que pasaría por donde su madre para ducharse –allí no tenían agua caliente–. Vale, nos vemos luego, te quiero, le dijo él, y le dio un beso.

Al salir por la puerta, Andrea empezó a llorar a chorros, así de liberada se sentía. De pronto había podido mirarse desde fuera y se había espantado al verse con aquel hombre mayor que la forzaba –así se decía ella– y la golpeaba cada día. Nunca más volvió, aunque él siguió rondándola amenazadoramente por el barrio.

Hasta que apareció Ahmed.

La madre de Andrea no quería la perra en casa. La chavala se la dio a un amigo que, a su vez, se la dio a Ahmed. Y el chico la paseaba cuando Andrea se cruzó con él y empezó a gritar y abrazar al animal. ¿Qué haces?, inquirió Ahmed. Mi perrita, mi perrita, era lo único que era capaz de decir ella entre lágrimas.

A partir de esa tarde quedan cada día para pasear.

Ella, muy tocada aún por lo que le acaba de pasar, se siente bien con el chico. Un día le confiesa lo que le ocurrió con su expareja. Ahmed le pide el número de Quique, le llama y le amenaza para que no se acerque más a ella. Y funciona.

España ha ganado el mundial de fútbol. Miles de personas han visto el partido en pantallas gigantes en la calle. Muchas de ellas terminan la celebración en la playa. Hay bolsos desparramados por la arena, dejados allí en plena juerga por quienes han echado a correr hacia el mar para darse un baño nocturno. Mohsin no se preocupa de disimular. Mira fijamente hacia un bolso de cuero negro e imagina lo que encontrará en su interior. Lo agarra y corre. No mira hacia atrás. Siente los gritos de dos hombres que han presenciado el robo y corren tras él. La arena engulle el ruido de las pisadas. Se los imagina cada vez más cerca. Le parece sentir su agitada respiración junto a su nuca. Pero no mira. Agarra el bolso aún con más fuerza y sigue corriendo. Cuando su cuerpo llega al límite, se detiene súbitamente. Deja caer el bolso, apoya sus manos en las rodillas y abre desmesuradamente la boca buscando el oxígeno que le falta. Está solo, parece que los dos testigos del robo han abandonado la persecución. Mohsin abre el bolso y deja caer su contenido sobre la arena. La carrera ha valido veinte euros y un par de móviles. Poca cosa. ¿Para qué tendrán dos móviles?, se pregunta. Les quita las tarjetas mientras piensa: éste para mi hermana; se lo daré el mes que viene, cuando baje a Marruecos. Por el otro sacaré otros veinte euros.

Desde que se marchó del pueblo, Ahmed ha conseguido ocultarse de su hermano, al que no quiere acercarse.

Ahora vuelve a sentirse perdido. Le han dejado una tienda de campaña y a veces le dice a Andrea que necesita estar solo, que no se aguanta ni a sí mismo. Desaparece por unos días y a ella alguien le cuenta que ha acampado cerca de la playa y que a veces se le ve deambular hablando solo.

Hace meses que su permiso de residencia ha caducado y el dinero se le ha terminado. A Mohsin le ha venido a buscar la policía a casa y ha ingresado en prisión: estaba en libertad condicional y alguien le ha reconocido como el ladrón de la playa.

La fragilidad de Ahmed genera en Andrea un sentimiento de protección, se acerca más a él, se engancha cada vez más a ese vínculo.

Él le hace caso sólo a veces.

En realidad tiene la cabeza en otro sitio: rescata un plan que ha pasado varias veces por su mente y que, otras tantas, ha descartado. Siempre se acuerda de esta opción cuando se queda sin papeles. En un ciber entra en la página de la Legión Extranjera Francesa. Lee: la Legión te brinda la oportunidad de tener una nueva vida. Justo lo que necesito, piensa. A continuación encuentra una descripción detallada de pruebas físicas y psicológicas. Lee: no te deben faltar más de seis dientes. Sólo he perdido tres, se dice Ahmed mientras recuerda las patadas con las que le rompieron la boca en el pueblo.

Sigue leyendo: no te debe faltar ningún dedo. No puede evitar mirarse las manos, con todos los dedos en su sitio, a la vez que recuerda la mano de Mohsin, siempre oculta tras la venda.

Semanas después de imaginarse en combate por la yihad, Ahmed se propone alistarse para guerrear por la *patrie*, quizás en Afganistán o en Mali. La Legión es ahora el camino para acceder a los papeles en Europa. Y allí también habrá aventura, armas, la pertenencia a un ejército. Para inscribirse sólo hay un problema: tiene que llegar al centro de reclutamiento de Aubagne, cerca de Marsella. Y eso significa cruzar una frontera.

21

Jenny no sabe si Sergio le ha despedido o es Rafa quien se ha largado. Tampoco si han tenido un encontronazo. Rafa no le ha contado nada. Se imagina una escena violenta entre ellos dos, quizás una escena en la que Sergio, todo soberbia, trata de humillar a Rafa insultándola a ella. A Rafa le agarran varios compañeros justo a tiempo de evitar que le rompa la cara al jefe y se meta en un lío mucho más grande. Algo así se imagina Jenny.

Desde que se ha quedado en paro –tranquila, pequeña, pronto encontrará otro trabajo–, hay días que Rafa no vuelve al atardecer. Jenny le espera despierta, con la cena hecha, aunque él muchas veces ni la prueba.

Una de esas noches, Rafa entra dando tumbos y se queda dormido en el sofá del salón, abrazado a Jenny.

Ella se queda quieta, no quiere despertarle. Observa de reojo el rostro congestionado de Rafa. Le escucha roncar. Se le vienen recuerdos, que ella pensaba que tenía bien enterrados, de su padre alcoholizado en el piso de Villa El Salvador. Recuerdos de una gran bronca con su madre. No puede recordar ninguna paliza, porque no la hubo. Mamá cortó de raíz, se separó rápido y supo protegernos, se dice. Hasta salvó nuestra relación con papá, e incluso la suya. Jenny repasa mentalmente las fotos que hace unos días estuvo viendo por enésima vez en el móvil. Son fotos hechas unos días antes de su viaje a España. Era la fiesta de cumpleaños de una de sus sobrinas y se había juntado toda la familia. De la serie de fotos le gusta especialmente una que muestra a la pandilla de niños y niñas, no tanto por la foto en sí, sino porque le trae el recuerdo del esfuerzo que supuso lograr que pasaran todos juntos y de la estampida hacia la calle, para seguir con sus juegos, inmediatamente después. La otra foto que le ha traído recuerdos bonitos es la de su padre amenizando la velada con voz y guitarra. Tiene el pie derecho sobre una silla y la guitarra apoyada sobre el muslo. La foto se la hizo Jenny con su móvil desde un lateral de la escena, por lo que se puede ver a algunas de las personas que su padre tiene enfrente: le ha gustado fijarse en su madre allí plantada, cantando con sus hijas y disfrutando de la velada.

Rafa ronca ahora sonoramente y se aferra más fuerte al cuerpo de Jenny. A ella le duele la espalda, pero sigue quieta y vuelve a concentrarse en su madre. Jenny era muy pequeña cuando echó a su padre de casa, por eso

no logra reconstruir bien los detalles de aquella época. O más bien esos detalles no pueden formar parte de su memoria porque su madre se encargó de impedir que presenciara la mayor parte de aquellas escenas. Se maravilla de la capacidad de su madre para dejarlos al margen y encontrar la fuerza para establecer tan rápido los límites. Es toda una excepción. Jenny recuerda cómo, casi cada noche, su prima Sandra y sus hermanos se colaban en casa huyendo del tío de Jenny. Harapienta, sucia, descuidada, la manada de niños se repartía los rincones de la casa para echarse a dormir. Por la mañana, se sacaban de encima los papeles de periódico con que se tapaban y volvían, sigilosos, a su casa, donde su padre dormía profundamente la borrachera de los siete diablos, así llamaban en Villa El Salvador a estas melopeas cuyo portador destrozaba a su paso todo lo que se encontraba. Jenny revive sus despertares con aquellos periódicos desparramados por el suelo y el olor a meadas que desprendían muchos de ellos. Su prima, recuerda, se meaba cada noche, hasta los catorce años no dejó de orinarse. Jenny rememora también cómo los primos, al atardecer, hacían un círculo en torno a Luis, el hermano mayor, casi adolescente, y éste organizaba la resistencia contra su padre: yo me quedo con el martillo, les decía, mientras repartía otras herrumbrosas y ridículas herramientas entre su pequeño comando. Luis indicaba a su hermana Sandra y al resto de la larga prole los sitios donde debían apostarse para cuando su padre llegara. Allí se quedaban aguardándole. Cuando el tipo, como cada noche, tiraba la puerta abajo –jamás la abría–, todos los

emboscados, incluido Luis, salían despavoridos. Los golpes entonces los recibía en exclusiva la tía de Jenny; a su vez, ella se resarcía como podía golpeando a la menor ocasión a alguno de sus hijos.

Sólo había una excepción a esta escena repetida: muy de vez en cuando, el padre acudía a su casa de madrugada cargado con un pollo asado. En cuanto llegaba el olor a sus hijos, sabían que ese día no haría falta escapar. Su madre se levantaba y repartía platos. El marido, borracho, sonriente, feliz, partía el pollo y servía un pedazo a cada uno de los niños mientras los miraba con cariño. Después servía un trozo a su mujer, agarraba su parte, se la comía y se marchaba a la cama abrazado a la madre de sus vástagos.

Jenny aprovecha que Rafa disminuye la presión de su abrazo para agarrarle las manos y soltarse. Se las coloca sobre el estómago y ahora es ella quien le abraza. Como ve que se agita un poco, que parece despertarse, le susurra al oído que se quede tranquilo, que duerma, que ella se va a la cama porque le duele mucho la espalda. Y le besa en la mejilla.

Sabedora de que le va a costar conciliar el sueño una vez que se ha desvelado, se toma sus pastillas antes de meterse en la cama. Y lo cierto es que la vence el cansancio mucho antes de lo esperado y se duerme.

Cuando se despierta, Rafa ya la está arrastrando por el suelo de vuelta al salón. La ha cogido por las piernas y la ha hecho caer de la cama, mientras le da unas voces que ella no entiende. Se ha golpeado el culo primero y

luego la cabeza al caer al suelo, pero a Jenny todavía no le duele nada: está muerta de miedo. Rafa continúa gritando fuera de sí. Ya no la coge por las piernas, ahora la levanta y la empuja contra el sofá del salón. Se tira encima de ella y la vuelve a abrazar férreamente. Pequeña, no me vuelvas a dejar solo, le dice ahora con voz dulce. La aplasta con su cuerpo pesado. Jenny no se mueve ni dice nada. Rafa jadea sobre ella, hace ademán de empezar a bajarse los pantalones, pero se le va toda la fuerza de repente y se queda quieto. Perdona, pequeña, le da tiempo a decir, no quería asustarte. Y se duerme.

Jenny trata de encontrar aire allí debajo.

22

Hostia, precisamente me tiene que tocar a mí un moro, se dice Alberto mientras observa cómo un joven se dispone a sentarse junto a él en el autobús. El moro le saluda sonriente e incluso le alarga la mano para estrechársela. Alberto, después de un instante de duda, aprieta la mano del recién llegado. Éste se sienta y posa una mochila entre sus pies. Abre la cremallera y saca un teléfono móvil con unos auriculares y una carpeta de plástico transparente que apoya sobre sus muslos.

El vehículo arranca y Alberto guarda silencio. De cuando en cuando observa de reojo a su compañero de viaje que, tras ordenar algunos papeles y guardarlos de nuevo en la carpeta, se ha puesto música y musita la letra de una canción.

A Alberto la irrupción de este chico le hace recordar los dos años pasados en el ejército, en el cuartel Cabo Noval. Allí los marroquíes nacionalizados españoles eran un grupo numeroso y las tensiones entre ellos y, como él dice, los verdaderos españoles, eran habituales. Casi todas las semanas había alguna pelea. Después vino el incidente con Marruecos y aquella situación que a Alberto le resultaba surrealista: apostado en aquel islote, no sabía si sus enemigos estaban enfrente –las tropas del ejército marroquí– o si era a los moros de su propio cuartel, desplegados a su derecha y a su izquierda, a los que debía apuntar con su fusil.

Alberto mira ahora de forma más descarada y curiosa al joven, pues éste se ha dormido con la música puesta. Siempre se fija en los cuerpos por una especie de deformación profesional. Se los suele imaginar en combate. Su imprevisto acompañante de viaje no sale mal parado de ese primer examen. Al moverse medio dormido en busca de una postura cómoda, tira la carpeta al suelo del lado de Alberto.

Éste la recoge y, cuando está a punto de despertar al joven para devolvérsela, su mirada se detiene en la hoja que se ve a través del plástico. Está encabezada por un logotipo de la Legión Extranjera Francesa.

A Ahmed le despierta la sensación de que el autobús se ha detenido. Efectivamente, mientras se despereza, puede observar por la ventana una pequeña estación en la que se bajan tres de las personas que iban en el autobús. Dos turistas suben y se sientan en la parte delantera,

detrás del conductor. Su compañero de asiento está viendo una película en la pequeña pantalla que cada cual tiene en el respaldo de la butaca que le precede. Ahmed se ha fijado en que está muy cachas. Lleva una camiseta apretada que resalta su musculatura y en el antebrazo un tatuaje que Ahmed no ha conseguido descifrar pero que, no sabe muy bien por qué, le inquieta.

Cuando Alberto se da cuenta de que el joven se ha despertado, se quita los cascos de los oídos y le alcanza la carpeta de plástico.

—Se te había caído esto mientras dormías, chaval. A ver si te espabilas.

Tras una breve pausa, añade:

—Así que vas camino del ejército francés...

Ahmed frunce el ceño, contrariado, y guarda rápidamente la carpeta en la mochila.

—No te agobies, chaval —le dice Alberto—. Yo he sido soldado, así que sé bastante de lo que te traes entre manos. Hasta he tenido amigos en la Legión Extranjera.

A Ahmed le cambia el semblante sombrío y retoma su parloteo habitual:

—¿De verdad? Me encantaría conocer a alguien que ya esté en la Legión.

—Uy, en realidad al tipo que más conozco no creo que lo vuelva a ver nunca más. Era un idiota y un bocazas. Trabajábamos juntos en un barco. Un atunero vasco para más señas. Éramos vigilantes en las costas de Somalia. ¿Has oído hablar de esa misión?

—Algo he oído, pero no, no tengo mucha idea. ¿Ibais con el ejército? Yo hace años que quiero ser soldado y creo que ahora ha llegado mi momento.

Alberto apaga la pantalla que tiene delante y se repantinga en su asiento.

—Viajé a Somalia hace seis años. Era el destino con el que soñaba después de muchos trabajos de mierda en una empresa de seguridad. Me comí todos esos marrones de perseguir a ancianas que robaban en el supermercado o a chavales que se colaban en el tren confiando en que, antes o después, me darían un destino de los de verdad. Un destino en el que tener verdadera responsabilidad y en el que poder entrar en combate. Además, prometían seis mil euros al mes, una pasta. En eso nos engañaron. Cuando llegó mi primera nómina en alta mar, era casi la mitad de lo acordado. A ver quién se pone a reclamar allí, en medio del océano.

Ahmed y Alberto ocupan dos asientos en la parte trasera del autobús, que está semivacío. Viajan en clase *supra*. Ahmed decidió comprar ese billete para reducir el riesgo de controles policiales. Una azafata se acerca por el pasillo y les ofrece bebidas, pequeños bocadillos, frutos secos. Alberto le dice a Ahmed:

—Está cachonda, ¿verdad?

Ahmed sonríe, pero no dice nada.

—¿Manejabais armas en el barco? —le pregunta.

—Claro que sí. Cambiaron la ley para que pudiéramos usarlas. Menos mal, porque el ejército desplegado en el Índico no sé muy bien qué hace allí, desde luego no se dedica a defender a los pesqueros. Nosotros teníamos

ametralladoras y fusiles de asalto. Hacíamos prácticas de tiro. Y finalmente entramos en acción. Un día se nos acercó una embarcación pirata y comenzó a dispararnos. Sabes que estábamos allí por los piratas, ¿no? Eran cuatro en un pequeño esquiife. Vacíé todo el cargador sobre ellos y los dos que quedaron vivos se rindieron. Luego hicimos lo que se hace siempre allá en estos casos: les pedimos a través de un megáfono que tiraran las armas y el combustible al agua y prometimos que iríamos a socorrerlos. Cuando lo tiraron todo al mar, retomamos nuestro rumbo y los dejamos a merced del océano.

Ahmed traga saliva.

—Es duro abandonarlos a una muerte casi segura —continúa Alberto—. Pero aquello es una guerra. Los piratas están dispuestos a matar y morir. Combaten drogados, tienen hambre y a la mínima oportunidad acabarían con nosotros. No se les puede hacer concesiones. O ellos o nosotros.

—¿Te costó aguantar allí? —pregunta Ahmed—. He visto que debo estar al menos cinco años en la Legión Extranjera.

—No compares, tío. Yo allí duré sólo unos meses por culpa de un compañero enchufado que me provocó. Pero el ejército es otra cosa.

La azafata vuelve a ofrecer bebidas. Alberto pide una cerveza y Ahmed un refresco. Mientras abre su lata, Ahmed dice:

—¿Tú crees que me cogerán en la Legión?

—Pues no lo sé, aunque sospecho que eres valiente y tendrás tu oportunidad. ¿Sabes, chaval? Cuando te su-

biste al bus y te sentaste a mi lado, no me gustó la idea de hacer el viaje contigo. Tengo malas experiencias con algunos moros, pero tú me has caído bien. Y que conste que yo no soy racista. Uno de los mejores amigos con los que me he encontrado en la vida es un negro, enorme, de Ghana. Ali. Lo conocí en el barco. Allí había bastantes como él, *morenos* los llamaban los jefes. Si vieras cómo trabajaban... De sol a sol, a veces casi veinte horas al día por trescientos euros al mes.

Volvería a ese barco ahora mismo por manejar de nuevo la ametralladora. Pero no estoy ciego. Estábamos allí para robar el pescado de los somalíes. De eso no hay duda. Y si hubieras visto lo que hacíamos: con el atún salían en las redes peces espada, delfines, tiburones... A todos se les dejaba morir en cubierta, la prioridad era hacerse con las toneladas de atún. Y nuestra basura, kilos y kilos cada día, iba toda por la borda.

El bus está llegando a Bilbao. Alberto recoge sus cosas y estrecha la mano de Ahmed, ahora con mucho más ímpetu que al conocerse. Le desea suerte. Se incorpora y camina por el pasillo del autobús. Antes de comenzar a bajar las escaleras, se vuelve y se despide con un saludo militar.

Hace días que Jenny no sale de casa. Cuando Rafa perdió el trabajo, dijo que se encargaría él mismo de hacer la compra, una de las pocas razones por las que ella salía.

Así, pequeña, no pasarás miedo de andar por la calle. Desde que habla con su hijo por *Skype*, también ha dejado de bajar al locutorio. Pero esta mañana se ha levantado esperanzada y se ha propuesto un plan. Rafa y ella han hablado del problema que él tiene con el alcohol y las drogas. Él le ha pedido perdón miles de veces y ha prometido que no volverá a ocurrir. Jenny piensa en el menú para esta noche, en el revulsivo que ese momento especial –confía– provocará en la relación. Se demora en la ducha y, al salir, se seca y se echa crema por todo el cuerpo. Le agobia verse algunos moratones, a ver si se van de una vez, se dice.

Jenny se pone un vestido que siempre le ha gustado, comprueba que tiene suficiente plata en su bolso y se dispone a salir. Antes, piensa en llamar a Lilian, una compañera del hotel con la que mantiene trato, a ver si ella libra y pueden tomarse un café juntas. Decide llamar luego, desde la calle, a la vuelta del mercado.

Busca sus llaves y no las encuentra por ningún lado. Juraría que las tenía colgadas de una alcañata que está clavada entre las juntas de los azulejos de la cocina, ahí suelen estar sus llaves. Las rebusca en su bolso y acaba vaciándolo varias veces. Nada. Antes de ducharse ha limpiado toda la casa, así que hace memoria, trata de visualizarlas en algún rincón. Le extraña mucho que no aparezcan, ella es minuciosa cuando limpia y va ordenando las pequeñas cosas que encuentra fuera de sitio. Ah, ya está, de pronto recuerda la última vez que salió a la calle y se ve a sí misma reflejada en el cristal de un escaparate, con su chaqueta vaquera. Abre el armario en busca de la chaqueta, convencida de escuchar el tintineo

metálico en cuanto descuelgue la prenda de la percha. Pero las llaves tampoco están ahí.

Empieza a sentirse agobiada. Abre y cierra cajones en la habitación y en la cocina. Mueve la cama y el sofá, por si se han caído debajo. Repasa todos sus pantalones y chaquetas. Vuelve, por enésima vez, a vaciar su bolso.

Frustrada, se sienta en el sofá. Desde allí Jenny puede ver la puerta de entrada de la casa. Se queda mirándola, primero con la mirada perdida, enfrascada en el repaso frenético de los sitios donde se han podido quedar las llaves. De repente siente una inquietud que la invade, de dentro afuera, y fija la mirada en la puerta durante varios segundos. Se incorpora y camina hacia la entrada. Gira el pomo y empuja la puerta. Pero la puerta no se abre. Está cerrada con llave.

24

Cuando el autobús se detiene en la estación de Irún, Ahmed se queda dentro observando el panorama. El resto de pasajeros se abriga, baja las escaleras y se agolpa junto al maletero. No ve nada sospechoso, así que sale por la puerta trasera y se encamina a por su equipaje. Está sacándolo cuando dos policías secretas se acercan por su espalda y le piden la documentación. Al chico se le cae el mundo encima. Farfulla algunas excusas mientras duda si salir corriendo. Finalmente, les entrega el pasaporte. Le escoltan hasta una garita policial en la estación y más tarde se lo llevan a comisaría.

Está sentado en una sala a la espera de saber lo que van a hacer con él. Uno de los policías que le han detenido entra y observa cómo llora desconsoladamente. Le da pena y le dice:

—Chaval, ¿por qué nos has entregado el pasaporte? Es tu billete de deportación.

Ahmed sigue llorando.

El policía le vuelve a dejar solo.

Cuando se calma, comienza a pensar en su pueblo, cerca de Beni Mellal, en las estribaciones del Atlas. No ha vuelto desde que, a los doce años, su padre pagó un dineral para que se lo llevaran unos compatriotas a España. Así hacían con muchos niños, aunque sobre todo iban a Italia. Cruzaban la frontera, acompañados de algún adulto, con pasaportes de otros menores a los que ya habían logrado cruzar a Europa. Ahmed tardó muchos años en entrar en un centro de acogida. Antes fue un niño errante que pasó de mano en mano entre sus compatriotas: ayudante de carnicero, peón agrícola, recadero para una familia de feriantes...

Ahmed tiene más miedo a su padre que a su hermano.

Cuando se lo llevaron del pueblo, no pudo despedirse de su madre.

Ella no supo nada hasta que él ya estaba del otro lado de la frontera.

La lechera que le conduce hacia su deportación se dirige primero a Girona. Ahmed y otros dos compatriotas están sentados a un lado. Frente a ellos, dos policías. Otros dos

están en los asientos del piloto y el copiloto. El vehículo se detiene en el arcén de la autopista, cerca de Girona.

Frente a los juzgados de la ciudad, centenares de personas gritan por la libertad de un chico que permanece allí detenido a la espera de lo que decida un juez. Entre la gente que se arremolina contra la línea de policías circulan noticias confusas.

Han ido a por Imaz por su participación en la plataforma contra los desahucios, por su protagonismo en varias ocupaciones. Tras detenerle a la puerta de casa, se lo llevaban camino de Barajas cuando una abogada presentó en el juzgado un *habeas corpus*. Por eso le han traído de vuelta y, dentro del edificio, un juez está decidiendo lo que van a hacer con él.

En el furgón, un policía ha ordenado callar a Ahmed cuando ha intentado empezar una conversación en árabe con sus compatriotas.

En ese momento Imaz es llevado en volandas por cuatro *mossos d'esquadra* por un pasillo de los juzgados. El juez ha desestimado el *habeas corpus*. Le sacan por la puerta de atrás y le introducen en un coche, con dos policías nacionales delante y dos *mossos* escoltándole en la parte de atrás. El vehículo sale en dirección a la autopista al tiempo que arrecian los gritos a la puerta del juzgado. Para en el arcén, detrás de una lechera. Antes de sacarle del coche, uno de los *mossos* le escupe en la cara.

Cuando entra en el furgón, Ahmed ve los restos de saliva y mocos que manchan el rostro de Imaz.

Es una sala cuadrangular, iluminada con fluorescentes. Los cristales de las ventanas interiores son traslúcidos y no hay ventanas exteriores. Las sillas, de plástico y fijadas a una estructura que las une de cinco en cinco, están colocadas contra las paredes de la estancia.

Un señor de edad avanzada, vestido con una chilaba de color oscuro, está sentado en una de esas sillas. Tiene los ojos cerrados y las palabras que susurra dan la impresión de ser un rezo. Tres asientos más allá, una mujer aguarda lo que va a suceder mientras reta con su mirada a todo aquel que la observa.

Entre quienes miran a la mujer están dos jóvenes que se sientan en las sillas de la parte opuesta de la sala. La miran a ella, también miran al señor de la chilaba y, de vez en cuando, se miran entre ellos. Da la impresión de que se conocen, se intuye que hay una historia común, una complicidad que no sabemos si ha sido moldeada en horas, días o años. Lo que es seguro es que han compartido momentos importantes.

Del exterior de la sala, cuando alguien abre la puerta, se cuela la megafonía del aeropuerto anunciando en varios idiomas embarques inminentes.

La sala podría ser una zona de espera más si no fuera porque las personas que aguardan se encuentran esposadas y muchas de las sillas restantes no permanecen vacías, ni ocupadas por maletas y mochilas, sino que un buen número de policías se sienta en ellas.

Justo en el momento en que varios escoltas abren paso a Ahmed, Imaz y sus dos compatriotas, el resto de policías se levanta y se pone en marcha. Obligan a incorporarse con ellos a la mujer, al tipo más viejo y a los dos jóvenes.

A la mujer la llevan por un pasillo distinto. Una uniformada la cachea minuciosamente. Se reencuentra con los hombres en el autobús que les va a acercar hasta la puerta del avión. Observa que a uno de los jóvenes le han golpeado en la cara. Durante el trayecto en autobús la mujer escucha el silencio tenso que inunda el ambiente. Mira a sus compatriotas, que ahora no la miran a ella sino al suelo.

Cuando llegan a los pies del avión, los sacan, uno a uno, y los hacen subir por la escalerilla. A Imaz lo agarran dos policías, uno de ellos le pone la mano en la cabeza y le obliga a subir las escaleras con la mirada puesta en sus propios pies. El hombre de la chilaba, al que escoltan más relajadamente, se tira al suelo justo antes de llegar al primer escalón. Cuatro policías le rodean y le golpean los riñones. Uno de ellos pone una rodilla sobre su cuello mientras le engrilletan las piernas a la altura de los tobillos. Como se niega a subir saltando los escalones a pies juntos, le suben al avión como si fuera un fardo.

Detrás de él, el resto asciende diligentemente la escalerilla.

Andrea y Ahmed sólo habían compartido dos meses.

Pero ella se queda muy tocada.

Durante dos años –idos años!– duerme cada noche con una sudadera de Ahmed rociada con la colonia que él usaba.

Hablan todos los días, ella le envía dinero, hacen planes: primero para que Andrea vaya a visitarle, luego para que ella viaje para quedarse, finalmente para casarse en Beni Mellal. ¿Te convertirías al Islam? Ella le dice que sí. El día antes de subirse al avión se da cuenta del percal en el que se está metiendo. Y cancela el viaje y la boda. Había conservado cada objeto de Ahmed como si fuera sagrado. Ahora se deshace de todo: vende los guantes de boxeo para recuperar una pequeña parte del dinero que él ha dilapidado y tira el perfume y la sudadera a la basura.

Pasan las semanas y Jenny se va consumiendo. Cada día más delgada y pálida, sus ojos oscuros pierden brillo mientras las ojeras van comiéndose su rostro.

Pequeña, tienes que cuidarte, le dice Rafa una mañana. Anda al centro de salud, le dice, que te vea el médico. Dile que te recete vitaminas, no puedes quedarte tan delgada. Y le alarga una copia de las llaves.

El médico explora el cuerpo de Jenny. Ve los moratones que lo recorren y le ofrece la posibilidad de denunciar. Ella niega reiteradamente los golpes y afirma que se ha caído.

El doctor la ve muy débil. Encarga una analítica y le pide que vuelva a recoger los resultados acompañada de su pareja.

Rafa se pregunta para qué mierda querrá ese tipo que yo vaya. Pero acude. El encuentro es tenso, aunque nadie nombra los moratones. A la vista de los análisis, el médico le pide a Rafa que acompañe a Jenny al hospital con un volante que les entrega. Tiene que ingresar inmediatamente, les dice, está muy débil.

Suben al coche. Rafa arranca. Tras varios minutos de silencio, le dice que no la puede llevar al hospital en ese momento, ahora que él ha perdido el trabajo y no tiene dinero. Rafa, si el hospital es gratis, le dice ella. No, pequeña, vamos a esperar un poco, pronto encontraré trabajo y tendré dinero para cuidarte.

Y se la lleva de vuelta al piso.

Una semana después Jenny se desmaya en el pasillo.

Y cuando despierta le suplica a Rafa que la acompañe al hospital. Que llame a Lilian si no quiere ir él.

Rafa trata primero de resistirse. Le cuenta que se le ha estropeado el coche. No estás para caminar, pequeña. Y, además, quién mejor que yo te va a cuidar.

Pero Jenny se pone peor y Rafa se asusta. Consigue que se espabile un poco y le hace caminar dos calles hasta la parada de bus. Meses después Jenny rehará ese

camino y le resultará increíble el suplicio que supuso recorrer aquella distancia insignificante.

En aquel bus todo el mundo la miraba con espanto, y Jenny miraba esas caras y sentía que eran un espejo de la suya.

Cuando por fin llegan al hospital, un médico abronca a Rafa al comprobar que el volante de ingreso es de la semana anterior. Jenny pasa quince días hospitalizada. Al principio no tiene fuerzas ni para sujetar el cepillo de dientes. Rafa no se separa de ella y la cuida maravillosamente: la baña, la peina, le lava la boca y la llena de caricias.

Cuando le dan el alta, se la lleva al pueblo de su familia. No te preocupes por nada, pequeña. Nos casaremos y viviremos en el campo.

28

El vehículo abandona la carretera del pueblo y accede al lugar por una pista de tierra, que desciende hacia el fondo del valle. La nave tiene el tamaño de un campo de fútbol. Dos centenares de metros más allá hay otra exactamente igual. Al sur, al este y al oeste, plantaciones de eucaliptos las rodean. Al norte están el pueblo y el mar.

El contorno de la nave está embarrado. Un par de coches, grandes y aparentes, están aparcados a la entrada. También hay, aquí y allá, maquinaria sobrante o estropeada. Un viejo depósito yace en el borde del camino. La mayor parte de la edificación no tiene paredes, sólo columnas. Una estructura metálica divide la superficie

en varias partes. A un lado, una junto a otra, un centenar de vacas, el ganado dedicado a la crianza. Están separadas por franjas de edad, comenzando por las terneras más jóvenes. Casi al fondo se encuentran las reses inseminadas por el veterinario, que acude cada día a la explotación. Al final del todo hay un vallado en el que descansa un toro enorme. Allí se lleva a las vacas que no quedan preñadas. Si tampoco lo hacen del toro, las llevan al matadero y las sacrifican.

En la parte central de la nave hay otras cien vacas destinadas a producir leche. Un ancho pasillo conduce a la zona de ordeño, donde la maquinaria permite realizar la operación en grupos de diez animales. A las siete de la mañana y a las siete de la tarde los ganaderos dedican unas tres horas a la tarea. Antes de alcanzar la zona de ordeño, frente a las vacas de leche, hay un pequeño redil donde guardan a las terneras recién nacidas. Hace unas horas que una vaca ha parido dos gemelas. El parto ha sido difícil, una de ellas salía de culo y hubo que ayudar a la vaca a empujar. La de color blanco trata de incorporarse ahora y logra ponerse de pie, aunque sus patas aún son frágiles y tiemblan. La negra yace entre la paja, muerta. Las demás no parecen inmutarse, cada una en su sitio, sujetas por una corta cadena que no les permite desplazarse.

En una esquina de la nave se levantan unas paredes que delimitan el perímetro de una pequeña oficina. Sobre una mesa reposan un montón de papeles, aparentemente desordenados. Estanterías metálicas y una silla completan el parco mobiliario. Una escalera asciende

hacia otro habitáculo que se sitúa justo encima de la oficina. Tras la puerta, una habitación amplia y húmeda, con un sofá, una cama, una televisión, una pequeña lavadora, una estufa y una cocina eléctrica. Una fotografía, metida en un pequeño marco rectangular y de color madera, está apoyada sobre la televisión. Es un retrato en el que posan una mujer y su hijo adolescente, en cuyos brazos descansa una bebé. Junto a la foto, hay una cajita en forma de cofre que guarda unas monedas y papel de liar. Hay un colchón apoyado en la pared y, al lado, una bolsa de plástico rebosante de ropa sucia. Otra puerta conduce a un servicio con ducha. La ventana de la habitación se asoma hacia el terreno verde y la pista terrosa por la que ha llegado el coche. Al fondo se ven los eucaliptos.

29

Rafa y Jenny han acudido a la ciudad a firmar unos papeles de conformidad con la boda en el registro civil. Tras la firma, caminan por un pasillo hacia la salida. Jenny va quedándose atrás mientras siente que su cuerpo se pone rígido. De pronto sabe que no se va a casar con Rafa. Y, cuando él se le acerca para que espabile y no se quede rezagada, ella se lo dice: no, Rafa, yo no me voy a casar contigo. Él la coge por el cuello –están solos en ese pasillo– y la pone contra la pared. Estás loca, pequeña, ¿cómo que no nos vamos a casar? Anda, no digas tonterías. Le suelta el cuello, le aferra el brazo y la hace

caminar a su lado. Ya en la calle, le da un billete de cinco euros y las llaves del piso para que coja el bus urbano y vaya guardando en las maletas las cosas que tienen en el piso, se lo llevarán todo al pueblo.

Durante el trayecto en autobús Jenny escudriña a todo el pasaje en busca de un rostro conocido. ¿A quién me voy a encontrar si no conozco a nadie?, se dice ya en la acera, de camino al piso. Cuando comienza a ascender las escaleras del portal, se cruza con Carmen. Nunca antes se había cruzado con esa mujer, que la saluda amable, casi cariñosamente. ¿Eres la mujer de Rafa, verdad? Encantada de conocerte, tanto tiempo oyendo hablar de ti, le dice. Y le da un par de besos. Carmen va con prisa, así que abre la puerta para salir a la calle y se cruza una última mirada con Jenny. Qué ojos más tristes, murmura de camino hacia su guardia en el hospital. Jenny ha querido llamarla antes de que cerrara la puerta, pero se ha quedado muda. Luego ha pasado un rato paralizada en el portal. Ahora sube de nuevo las escaleras, entra en el piso y cierra la puerta tras de sí. Apoya la espalda en la puerta y se deja caer, poco a poco, hasta quedarse sentada en el suelo.

No es consciente de cuánto tiempo pasa en esa postura. El recuerdo de Rafa –el miedo– la activa. Peina el piso y llena una maleta exclusivamente con sus cosas. Su idea es escapar. Pero, ¿adónde? La calle, el encuentro con la policía, la sigue aterrorizando, así que decide refugiarse en un lugar que ya ha utilizado tras algunas de las palizas de Rafa. En vez de bajar las escaleras, las sube. La maleta es muy pesada, la ha llenado demasiado. La

arrastra escaleras arriba. Se para varias veces a tomar aliento y a escuchar, no quiere que la vea ningún vecino. Por fin llega al descansillo de la escalera que da acceso a los trasteros. Sabe, de otras veces, que una de las puertas tiene el candado colgando, sin cerrar. Se cuelga allí dentro. Se recuesta sobre la maleta y trata de recuperarse del sofoco de subirla hasta allí arriba.

Un par de horas después comienzan las llamadas compulsivas de Rafa. Ella mira la pantalla y ve cómo se acumulan, aunque se ha asegurado de poner el aparato en silencio.

Trata de convencerse de que allí no se le ocurrirá buscarla.

Cierra los ojos en busca de descanso.

El gorjeo de las palomas la solivianta.

30

Ha logrado quedarse adormilada.

Ahora se despierta y se estremece de frío.

Rafa ha dejado de llamarla.

Se pregunta si se habrá ido al pueblo.

Se siente tan agotada que acaba dejándose llevar por la tentación de bajar al piso a dormir un poco.

Deja la maleta en el trastero y baja las escaleras.

Se queda varios minutos escuchando junto a la puerta. No se oye nada. Entra en el piso. Recorre todas las estancias. No hay nadie.

Se tumba en el sofá del salón, bajo una manta, y se queda dormida.

El ruido de la cerradura la despierta. Se incorpora, asustada, justo a tiempo para ver cómo entra Rafa en el piso, seguido de su hermana. Así que estás aquí, chula. Pues hoy el chulo soy yo. Enseguida nos vamos a ir, no te preocupes. Pero en tres días voy a volver y no quiero verte por aquí.

Rafa llena una maleta y baja al coche.

Arréglate con él, Jenny, no le des tanta importancia, todas las parejas discuten alguna vez, dice la hermana de Rafa.

Jenny se queda callada.

Rafa vuelve y recoge junto a su hermana algunas otras pertenencias.

Jenny los observa en silencio, sentada en el sofá.

En el fondo, siente ganas de acercarse a Rafa, abrazarle y pedirle perdón. Está a punto de hacerlo cada vez que él pasa a su lado. El impulso de echarse en sus brazos se acentúa en el momento en que los ve salir del piso. Asomada a la ventana, observa cómo se suben al coche. Siente ganas de gritarles que la esperen, ganas de salir corriendo y marcharse con ellos al pueblo.

Pero no lo hace.

Arrastra su maleta escaleras abajo. A la altura del tercer piso, Carmen abre la puerta, alertada por el ruido. Jenny, ¿va todo bien?, ¿necesitas ayuda? Pero, ¿de dónde traes esa maleta?

Jenny agradece la ayuda y se escabulle por las escaleras.

Carmen cierra la puerta, estupefacta; qué cosas más raras pasan en esta escalera, se dice mientras recuerda la insistencia de su hija unas semanas atrás: mamá, ¿no lo oyes? Una mujer llora, juraría que es en este mismo portal.

Jenny deja pasar las horas en el piso hasta que encuentra las fuerzas para llamar a Lilian. Su amiga la viene a buscar y se la lleva a su casa. Su chico –ambos conocen también a Rafa– le dice que no se meta, que Jenny estará en medio de una discusión de pareja y que son ellos los que tienen que arreglárselas. Ella se mantiene firme y le dice a su novio que, si no quiere acoger a su amiga, se van las dos de casa.

Jenny, que los escucha discutir desde el pasillo, está a punto de marcharse avergonzada, pero Lilian acude a su encuentro. Entra tímidamente, arrastrando la maleta, en la habitación que será suya por unos días. No tarda en salirle un trabajo de interna.

Un joven se despereza bajo varias mantas. Se levanta y entra un momento al baño. Después de mear, se lava la cara y se contempla en el espejo que hay en la pared, sobre el lavabo. Tiene el pelo alborotado, se lo peina con las manos para colocárselo bien. Es un pelo negro, liso y fuerte. Su cara está hinchada de sueño. Tiene la nariz grande y los ojos pequeños y oscuros.

Pone una cafetera en la cocina eléctrica y, mientras espera a que el agua borbotee, coge el paquete de tabaco del bolsillo de la cazadora, abre el pequeño cofre para coger papel, lía un cigarrillo y fuma. Se asoma a la ventana. Aún no ha amanecido. Bebe largos y rápidos tragos de café, se calza las botas y baja las escaleras.

Dirige sus pasos hacia la zona de ordeño, pero da la vuelta bruscamente, como si hubiera olvidado algo. Camina más allá de la escalera de acceso a su habitación. Entra en la zona de los animales recién nacidos y arrastra el cuerpo de la ternera muerta fuera de allí, tirando de sus dos patas traseras. La deja a un lado del pasillo que conduce a la salida. Cuando vuelve sobre sus pasos, se encuentra a Joaquín, su jefe, trajinando con la maquinaria de ordeño.

—Hombre, Simo, al fin te has levantado.

Simo dirige las primeras cincuenta vacas a la esquina de la nave donde Joaquín procederá a ordeñarlas. Les cierra la puerta a sus espaldas y comienza a limpiar el establo que han dejado vacío, primero con la pala, cama por cama, y después con el tractor, que arrastra los

excrementos y el barro acumulados hasta el fondo de la nave, donde hay un pozo en el que se almacena ese abono. Procede de la misma forma con el segundo grupo de vacas, una vez que Joaquín ha terminado con las primeras y éstas han vuelto a su lugar. Después, juntos, limpian la sala de ordeño: barren y pasan la manguera al suelo y a las paredes. Por último, se acercan a las terneras recién nacidas. Joaquín alimenta a las más pequeñas con un biberón. Simo reparte cubos de leche a las que ya saben beber sin chupar.

A las diez de la mañana se toman un respiro. Simo sube a su habitación. Desayuna un segundo café con el pan que Joaquín le ha dejado en una bolsa colgada del pomo de la puerta de la oficina. Cuando baja de nuevo, su jefe le da tarea: tiene que abrir un silo de maíz. Mientras lo hace, Joaquín atiende las visitas: llega la empresa que se encarga de los animales muertos a recoger la ternera negra; aún no se la han llevado cuando aparece el veterinario, que insemina varias vacas e inyecta antibióticos a otras dos que están enfermas. Poco después llega un camión. Los sacos que contiene están rotulados: la soja viene de Estados Unidos.

Joaquín entra en el recinto de las vacas de cría y conduce a una de ellas, que lleva toda la mañana trotando de aquí para allá, al redil del toro.

A última hora de la mañana acude el camión del matadero: se lleva una vaca que ha tenido un aborto y que el veterinario, tras explorarla, ha descartado.

Envía a Perú, a través del teléfono, vídeos del chalet donde trabaja. Sus hermanas comentan con admiración el lujo del dormitorio que recorre Jenny con la cámara. Apunta ahora hacia el ventanal –toda la pared exterior es cristal–, la terraza y el jardín versallesco, en cuyo centro se ubica la piscina. Gira la cámara y, frente a la enorme cama matrimonial con sus sábanas bordadas, graba una enorme pantalla de plasma. Sale de la habitación y, aún en la zona reservada a la pareja, cruza una puerta y camina lentamente por otra estancia, mostrando cada detalle: está en un enorme vestidor en el que se pierde la cuenta de los armarios y arcones de ropa que contiene.

El vídeo continúa por otros lugares de la casa: la habitación reservada a las proyecciones de cine, el salón con bar, el comedor para las grandes citas sociales, las habitaciones de invitados.

Jenny cuenta a sus hermanas que esta mañana han traído el pedido de carne y de vino para las próximas citas navideñas. Su patrona le ha dejado un sobre con mil doscientos euros para pagar a los proveedores. Al transportista de la carne le ha invitado a entrar un momento a tomarse un café, y le ha pedido ayuda para meter toda esa mercancía en las cámaras frigoríficas del sótano.

Estaba a punto de volver a coger la cámara –quería hacerles a sus hermanas un vídeo sólo de baños– cuando ha empezado a escuchar trájín en el cuarto de la niña y en otras dos habitaciones ocupadas por sus amigas, de

vacaciones con ella. Se ha puesto a prepararles el desayuno para cuando decidan bajar.

Las niñas –tienen doce años– remolonean en el piso de arriba –Jenny escucha cómo se acicalan–, luego aparecen todas juntas para desayunar alborotadamente y, cuando terminan, se ponen a jugar en una de las salas. Jenny pasa de vez en cuando por delante de la puerta y no está segura de si hacen una representación teatral o se trata de un desfile de modelos.

Lo que sí sabe Jenny es que la niña de la casa, rubia, elegante, preciosa, tanto como su madre, trabaja habitualmente como modelo infantil.

Se llama Lidia.

Y, junto con Sergio, es la única persona que ha llamado a Jenny *puta india*.

### 34

La puerta de la casa está abierta. Hace corriente con el aire que entra por la ventana. Ésta, de golpe, se abre aún más, y se lleva por delante uno de los vasos recién fregados, que se hace añicos contra el suelo. Un gato escapa espantado de la cocina y no para de correr hasta llegar al establo. La pista del gato se pierde entre los cuerpos de la media docena de vacas que dan la espalda a la abuela. Ella da de comer a los conejos mientras le grita al perro, encadenado, que deje de alborotar. En un rincón, una gata protege a su camada.

Josefa, la madre de Joaquín, se quita las madreñas y se queda en zapatillas. Se apoya en la pared de piedra para subir un par de escalones de acceso a la casa y camina por el pasillo, arrastrando un poco los pies y con cierto sofoco. Cuando entra en la cocina y ve los cristales rotos comienza a reñirse a sí misma, a su vejez, a su enfermedad. Cierra la ventana y barre el suelo. Se sienta, por fin, en un banco de madera, y apoya los codos en la mesa.

Josefa tiene los ojos grandes, claros y acuosos. Se quita las gafas para secarse la lágrima que se cae, sin querer, de su ojo derecho. Apoya las lentes en la mesa. Se recoloca el pañuelo azul que lleva atado a la cabeza, protegiendo su rizosa y encanecida melena.

Simo entra por la puerta abierta. Joaquín le ha convencido hoy para comer en su casa. No suele aceptar, prefiere quedarse en la habitación de la ganadería y cocinar su propia comida. A veces le gusta esa soledad. Otras veces lo hace porque no quiere comer cerdo. Joaquín le echa en cara esas manías siempre que tiene ocasión.

Los ojos de Josefa se encienden al ver entrar al chico. Le hace un hueco en el banco, a su lado.

A Simo, Josefa le recuerda a su madre y a su abuela.

La televisión está encendida, pero ninguno de los dos la mira.

Ella le pregunta por su hijo Joaquín.

—Se ha quedado en la oficina. Tenía un buen taco de papeles que rellenar. Ya sabes, siempre se está quejando de la cantidad de papeles que tiene que cubrir. Supongo que no tardará mucho en aparecer.

Josefa suspira y dice:

—Vaya lío en el que se ha metido este hijo mío...

—¿Lío por qué, Josefa?

—Pues porque esto que tú has conocido no ha sido siempre así. Y no creas que es mejor ahora. ¿Tú sabes cuándo montó Joaquín la ganadería? Hace dieciocho años. Aún recuerdo las visitas de la Consejería de Agricultura animándole a invertir, a crecer, a comprar cuota. Europa lo prometía todo. Yo tengo ya más de ochenta años, hijo, así que he vivido otra época, ésa en la que en todas las casas del pueblo había unas cuantas vacas. Y en las casas también vivía gente, no como ahora, con más de medio pueblo abandonado.

—Pero eso significa que a vosotros os ha ido bien, Josefa, que la familia ha progresado.

—Ay, hijo, eso es lo que parece. ¿No ves cómo vive Joaquín, siempre corriendo de acá para allá? ¿Tú crees que esto es vida? Ahora produce veinte veces más que antes. ¡Un millón de kilos de leche al año! Una barbaridad. Aunque la industria paga un precio de miseria, produce tanto que a su cuenta bancaria llega un montón de dinero. Pero ese dinero sólo pasa por sus manos. Enseguida sale de nuevo para pagar créditos y a todos los que hacen negocio con nuestras vacas, que viven en esa especie de fábrica en la que trabajas. ¿No ves todas las empresas que se arriman por allí cada día?

—Si todo eso no hubiera pasado, Josefa, yo no estaría aquí...

—Eso es verdad, Simo. Y tu llegada ha sido una bendición para esta casa. No hacíamos más que ver a la gente

joven abandonando el pueblo. Ya te conté cómo Rafa, mi nieto, de un día para otro, se marchó a la ciudad. Ahora trabaja allí, y me alegro de que le vaya bien, aunque me gustaría que se acordase más de su pueblo, y de su padre y de su abuela. Como él, se fueron yendo otros muchos. Nadie quería hacerse cargo de las ganaderías. Y en esto llegasteis vosotros. El primero fue Yasin. No me gusta ese chico, desconfío de él, dicen que pega a su mujer, y los creo. Él fue quien corrió la voz, y en poco tiempo pasasteis a ocuparos de las vacas.

—Yo no podré quedarme aquí por mucho tiempo, Josefa.

—Eso también lo sé, hijo —dice la abuela.

—No puedo estar toda la vida entre vacas. El olor del cucho se cuela por la ventana. Abro la puerta de la habitación y me encuentro con ellas. Estoy aislado del mundo.

Joaquín aparca el coche junto a la puerta y entra en la cocina.

Josefa se pone las gafas, en silencio, y se levanta a calentar la comida.

El señor Julio se queda absorto cada mañana mirando cómo la chica nueva peina a su mujer. Observa la delicadeza con la que le cepilla su corta melena y la cara de placer que pone Rosario, al borde de quedarse dormida. Le fascina la agilidad y precisión de esos dedos pequeños que manejan los rulos para ir rizando el pelo. Ahora extienden

hábilmente la laca sobre el cabello lacio de la anciana para evitar que se le caiga el peinado. ¡Qué bonita estás, Rosario!, acaba diciendo siempre el señor Julio.

Jenny piensa que el señor Julio es verdaderamente un caballero: le gusta ir bien vestido, siempre con el gorrito –él, que es vasco, lo llama su quepis–, la chaqueta oscura, una corbata discreta y, muy importante, el bolígrafo y el pañuelo, este último doblado en triángulo, metidos en el bolsillo de la camisa. No sirve guardarlos en un bolsillo de la chaqueta o del pantalón: tiene que ser ahí.

El señor Julio es todo amabilidad y, cada vez que tiene un rato de lucidez, pregunta a Jenny si se encuentra bien, si ha comido, si necesita ayuda. Le gusta que Jenny le eche una mano para bañarse. Aunque podría hacerlo solo, le da miedo que le dé un ataque al corazón y, sobre todo, le da pavor caerse y romperse la cadera. También le encanta que Jenny le ayude a acicalarse, a ponerse guapo. Pero nunca la apura, siempre es paciente, insiste en que le dedique tiempo a Rosario, que no se preocupe por él hasta que termine con ella.

Hubo una época en Perú en la que Jenny tuvo el sueño de estudiar medicina. En realidad, su gran ilusión era trabajar en un hospital, ya fuera de médica, enfermera o celadora. Llegó a estudiar durante tres años en una academia universitaria, pero cuando su hermana mayor se fue de casa y la segunda se quedó embarazada, la responsabilidad inmediata de trabajar la alcanzó a ella. Al menos, tiempo después, logró ser supervisora de limpieza en un hospital. Cuando terminaba su jornada, le gustaba acercarse a las salas de hospitalización y hacía

voluntariado con las personas enfermas. Así aprendió las técnicas posturales que le permiten ahora mover a Rosario sin hacerse demasiado daño. La señora es una mujer alta y pesada. Casi nunca es capaz de responder a las indicaciones de Jenny para facilitarle el trabajo. Moverla es como mover un peso muerto, que además tiembla. Así que Jenny se coloca su faja y recuerda todas las enseñanzas y prácticas del hospital peruano para levantar a Rosario de la cama hasta la silla de ruedas, y de allí la traslada cada mañana a la bañera, donde la coloca en una silla giratoria que le permite moverla mientras le frota con una esponja todos los rincones de su cuerpo.

A veces el señor Julio se ausenta, se le olvida lo que está haciendo, no encuentra lo que busca. En esos momentos se hace pesado para Jenny contemplarle, pues él se irrita y frustra. Pero lo que más preocupa a Jenny es que algún día el señor decida salir a la calle por su cuenta, irse –como él dice– al trabajo y, con su caminar todavía ágil, perderse por la ciudad y quizás tener un accidente.

Le ha pedido a Chari, la hija de Julio y Rosario, que le permita trabajar todos los días durante las cinco semanas de la sustitución. Necesito el dinero, le dice a la buena mujer, no contrates a otra los fines de semana, yo lo haré. Jenny ha conseguido este trabajo a través de una empresa que ejerce de intermediaria. Chari hizo entre-

vistas a varias candidatas, pero desde el primer minuto conectó con Jenny. Le gustó especialmente conocer sus anhelos juveniles de estudiar medicina. Se identificó con ellos, pues Chari trabaja también en un hospital. Acude a la casa siempre que puede. Jenny siente que se están haciendo amigas. A veces Chari tiene que traer pañales para Rosario o las jeringas con las que Jenny le da de comer puré a la anciana cuando se le pone la lengua rígida y no puede tragar otra cosa. A media tarde siempre aparece para que Jenny se pueda tomar un par de horas de respiro. Si en ese momento el señor Julio y la señora Rosario están tranquilos, las dos mujeres acaban haciéndose un té, sacando unas pastas y parloteando hasta el anochecer. Muchas veces Chari le pide a Jenny que le cuente cosas de su país, se siente a la vez subyugada y escandalizada por los relatos sobre la precariedad de la vida en Villa El Salvador. ¿Y por qué no te traes a tu hijo?, le pregunta un día. Jenny se queda en silencio, como dudando qué decir. No puedo traerle, responde finalmente. Chari, me imagino que lo sabes, yo no tengo documentación.

¿Cómo que no tienes papeles?, responde Chari. Jenny siente que se va a enfadar con ella, pero la indignación de Chari va por otros derroteros. Los de la empresa nunca me lo han dicho. Y me han cobrado tu salario y tu seguridad social. Mañana mismo los llamaré, qué sinvergüenzas. Te garantizo que todo lo que he pagado será para ti.

Jenny pasa inquieta el día siguiente. Chari la tranquiliza nada más llegar a la casa: ya he hablado con ellos, despreocúpate.

37

Una mañana a Jenny le suena el teléfono móvil mientras le da el desayuno a la señora Rosario. Se fija en que es un número internacional, con el prefijo de su país. Le extraña que la llamen a estas horas desde Perú, allá son las tres de la mañana. No suele coger el teléfono cuando está dando de comer a la señora, pero esta vez interrumpe su tarea y responde, un poco temerosa. Su hermana la mayor le anuncia que su padre ha muerto.

Jenny se desploma en el suelo, comienza a llorar desconsoladamente, olvida por un momento que está en el trabajo, olvida a la señora Rosario sentada a la mesa. Se acurruca en el suelo y se mete en su propia cueva. Cuando logra recuperar la conciencia de dónde está, observa que la señora Rosario sigue en su sitio. Desde que enfermó, prácticamente no habla, aunque a Jenny le impresiona su mirada penetrante. Ahora mira a Jenny de esa forma. Y ruedan por las mejillas de la anciana unas lágrimas.

A veces la señora es capaz de decir, con mucha dificultad, ga-lle-ta.

Ahora le dice a Jenny: lo siento mucho.

Cuando finaliza el trabajo y acude a las oficinas a cobrar, le hacen pasar al despacho del jefe. Es un tipo alto y rubio, de unos cuarenta años, con cuerpo modelado en el gimnasio. No le ofrece asiento. Nos has hecho perder a una cliente, le grita.

Jenny se disculpa: no era mi intención, perdóneme.

Él pasa de la furia a la amabilidad. La empresa está sin fondos –le dice suavemente, casi riéndose– y no vamos a pagarte.

Jenny necesita desesperadamente ese dinero, así que le suplica.

El tipo pasa a tratarla con condescendencia. Anda, le dice, por esta vez pase, firma este recibí. –Y se lo pone sobre la mesa junto al cheque–. Ella se acerca al escritorio y, antes de firmar, lee y comprueba con horror que se lo ha rellenado por veinte euros. Se niega a firmar. El hombre vuelve a sonreír, se incorpora, le arrebató el cheque y le dice: lárgate. Retrocede cabizbaja, murmurando: por favor, necesito ese dinero. Él hace una pelotita de papel con el cheque y la lanza, de manera que roza a Jenny y cae dentro de una papelería que está situada junto a la puerta.

Al salir del despacho se encuentra con dos trabajadores que están en la recepción, un hombre y una mujer, cada uno frente a su ordenador. Les suplica a ellos también. Se miran abochornados, pero le dicen que no pueden hacer nada. Y se esconden, cada uno detrás de su pantalla.

Acude entonces a una asociación caritativa, fueron ellos quienes recomendaron a Jenny a la empresa. Tras una primera llamada, parece que la historia se va a arreglar: dicen en la empresa que ha habido un malentendido, que puedes volver a partir del lunes para cobrar tu dinero, le dice Miguel. Acude cada mañana durante tres semanas, pero la escena es siempre la misma. Cada vez que ella aprieta el botón en el portal –hay una cámara que permite ver quién llama–, nadie le abre la puerta.

Cuando Chari se entera, pone una abogada a disposición de Jenny. La abogada prepara la demanda y las tres mujeres quedan en un café para que Jenny firme una declaración. A ella le entra pánico: cómo voy a llevar a juicio a ese hombre, seguramente poderoso, cuando ni siquiera tengo papeles. No me puedo arriesgar a que me deporten, les dice a Chari y a la abogada. Y las deja consternadas mientras se marcha cargada de culpa.

Miguel persiste en sus llamadas, a veces en nombre de la asociación, otras haciéndose pasar por un abogado. Todas sus gestiones son infructuosas, ni siquiera consigue que le pongan con el jefe. Cuando se cansa de llamar, recomienda a Jenny que acuda a la oficina de un pequeño sindicato. Es allí donde conoce, en un destartado despacho, a Mari, una mujer luminosa. Mari, que hace media vida que vino de Brasil, se desenvuelve en el sindicato como si fuera parte de su familia, pero hace tiempo que percibe un ambiente demasiado rudo, demasiado masculino. Por eso ha creado, junto a otras mujeres, una red feminista de apoyo mutuo. Mientras escucha el relato de Jenny, comienza a pensar que éste

puede ser un buen momento para que el espacio feminista y el espacio sindical confluyan, un pretexto idóneo para introducir la situación de las trabajadoras del hogar en la actividad del sindicato. También tiene dudas, pero decide guardárselas y probar.

Le pide a Jenny que repita su historia en una asamblea a la que acuden un buen número de afiliados. Hay obreros de la construcción y de una industria local, varias mujeres de una contrata de limpiezas y un delegado de los trabajadores municipales. Vamos a ir a esa oficina a reventarlo todo, dice alguien. Y prácticamente todo el mundo le secunda.

Un joven fornido, moreno y barbudo le pregunta a Jenny si puede encontrar a otras personas engañadas por la empresa. Claro que las hay, responde ella, que ha llegado a la asamblea hecha un manojo de nervios y se ha ido envalentonando a medida que transcurre. Les pasa el teléfono de varias compañeras. Llaman, pero ninguna quiere denunciar. Tienen miedo, todas están sin papeles.

Cuando salen de allí, Jenny siente que se fía de ese grupito. Más que un sindicato, parece una pequeña manada que la arropa y la acompaña. Seguiremos aunque sólo tengamos tu denuncia, la animan. Un día la llama el joven de la barba –a Jenny le da buena onda– con lo que él afirma que es una gran noticia. El dueño de la empresa, el tipo rubio que la humilló, se presenta a las inminentes elecciones locales.

Quince días antes de la fecha electoral, un nutrido grupo de personas acude a las oficinas de la empresa.

Antes de subir, reparten centenares de panfletos por las calles aledañas. Finalmente, Mari llama a la puerta y dice que viene en busca de empleo. Le abren. Enseguida se acerca todo el pelotón y entra también al portal. Jenny se va con dos compañeras a un bar donde se han citado con el resto para cuando termine todo.

Arriba una tropa de gente –portando banderas, pancartas y un megáfono– ocupa la zona de recepción. Un trabajador expresa su estupefacción con una pregunta idiota: ¿tenéis cita?

En esta sala pequeña, llena a rebosar, se superponen las voces nerviosas, los empujones, las amenazas de llamar a la policía y las exigencias de hablar con el jefe –a éste aún no se le ve–. Como la cosa se demora sin avances, el joven barbudo abre la veda para que buena parte del material de oficina empiece a ser desparramado por el suelo.

Ahora sí que sale el jefe. Se dirige al joven. Mari se interpone y le indica al tipo que son ellas tres –señala a sus dos compañeras– las que van a negociar.

Una vez que entran en el despacho es Mari quien tensa la cuerda –humillaste a Jenny y ahora venimos a cobrarlo–, mientras Raquel templea gaitas en la negociación. Mai, con su presencia –su cresta y su pelo rapado, sus aros, sus pins lesbofeministas y su mirada desafiante–, no necesita decir nada para meter presión al patrón. Éste se hace la víctima: la empresa está en quiebra, no hay dinero para pagar. Pero, en cuanto Mari le nombra que hay un periodista empotrado en el piquete, reacciona como

un resorte y promete pagar en dos veces siempre que no se publique nada.

La noticia sale en el periódico al día siguiente.

El empresario llama a Mari hecho una fiera. Ese mismo día acude a la oficina del sindicato y entrega un fajo de billetes, correspondiente a toda la deuda.

39

Leila coge a su niña de la cuna. La levanta hasta que sus caras quedan a la misma altura. La mira en silencio. La niña ríe. Entonces la abraza contra sí y le dice palabras al oído. La bebé reconoce su voz y su olor.

Están solas en una pequeña habitación. Las visitas duran una hora. Todas las mañanas, desde hace meses. Desde que la policía encontró a la madre y a la bebé dentro de una *kharba*. Leila amamantaba a la niña cuando entraron los agentes.

Está contenta, se dice Leila. Y me reconoce –la idea de que se olvide de ella la atormenta desde que se la quitaron–. A través del pasillo se cuela por la puerta el sonido del llanto de otro bebé. Al otro lado de ese pasillo, unas escaleras conducen a la zona donde viven en acogida chicos y chicas de doce a dieciocho años. Leila recuerda la época en la que ella era una de esas chicas.

Dentro del servicio del tren, de pie, fuma un cigarrillo. Hay un espejo rajado en el que se mira mientras deja salir el humo de su boca. Se gira a la derecha para apa-

gar el cigarrillo contra el lavabo y para abrir su bolso, apoyado debajo del secador de manos. Saca una barra de labios y comienza a pintárselos de rojo oscuro.

El espejo le devuelve la imagen de un rostro redondo y pálido. Leila piensa que ha engordado mucho últimamente. Se siente hinchada y pesada. La ropa le queda un poco pequeña y la lleva apretada contra su cuerpo.

Sin salir del baño, enciende un segundo cigarrillo. Alguien golpea la puerta –es un tren pequeño, de cercanías, y ocupa el único servicio–, pero Leila no hace caso. Vuelve a mirarse en el espejo mientras se toca el aro que lleva en la nariz. Los golpes arrecian y acaba saliendo. Hay un tipo –a ella le parece un viejo estúpido– protestando al revisor, que se dirige a Leila enfadado. Ella no le presta demasiada atención, aunque oye, como si sus palabras fueran un ruido de fondo, que amenaza con multarla. El viejo, que había entrado al servicio, sale indignado por el ambiente recargado de tabaco, así que el revisor sube el tono de la bronca. Leila sigue callada, parece que mira al vacío. En realidad está muy pendiente de las paradas. En la siguiente, espera al último momento para bajarse, justo antes de que se cierren las puertas, y deja al revisor con la palabra en la boca.

Simo la está esperando en el andén. Se besan en ambas mejillas y caminan hacia la carretera. Hace sol y mucho frío. Simo lleva la ropa y las botas de trabajo. Leila sube la cremallera de su cazadora y mete las manos en los bolsillos. Caminan rápido, primero casi en silencio. Otras dos personas se han bajado del mismo tren y

caminan a su lado. Cuando toman el cruce hacia la cuadra, a la sombra de los eucaliptos, se quedan solos.

Por la vagina de la vaca asoman las pezuñas y los extremos de dos pequeñas patas. Joaquín les ata un cordel justo en el momento en que Simo y Leila están entrando en la nave. El chico corre hacia él y le ayuda a tirar del cordel para frenar el correteo nervioso del animal. Es entonces cuando Joaquín engancha un artilugio a la cuerda que le permite hacer palanca una vez que lo apoya contra el culo de la vaca. Pocos segundos después, el cuerpo de la ternera se desliza por la vagina y cae al suelo, aparentemente sin vida. Simo le coloca en el hocico un cilindro que absorbe las mucosidades y permite respirar a la recién nacida, que reacciona. La madre lame cada rincón de su cuerpo, completamente impregnado de restos de fluidos y de sangre. Simo y Joaquín desatan la cuerda de las patas de la ternera y se mueven a su alrededor. La vaca no les presta atención: se dedica exclusivamente a lamer, centímetro a centímetro, la piel mojada.

Leila se ha quedado mirando la escena desde la distancia. Una vez que ha pasado el momento crítico, saluda a Joaquín sin mucho entusiasmo y sube la escalera hacia la habitación de Simo. Pone la televisión y cambia de canal hasta que encuentra una serie juvenil. La escucha de fondo mientras se dedica a recoger ropa que encuentra tirada aquí y allá. La mete en la lavadora y escoge un programa antes de ponerla en marcha. Saca del bolso un donuts y se lo come tirada en la cama. Se

queda dormida. Sueña que el padre de su bebé se pega con su propio padre. Al principio sólo se gritan, pero el joven acaba sacando un pincho y amenazando de muerte al padre de Leila. Antes de que se hagan sangre, el centrifugado de la lavadora la saca del sueño.

Abajo, Simo ha llevado la ternera, junto a su madre, al redil donde se agrupa al resto de vacas de leche. La recién nacida ya se pone de pie, aunque a veces se tratabilla y cae. Persiste y vuelve a levantarse. Encuentra las ubres de su madre y trata de chupar leche. A veces lo consigue.

Joaquín y Simo se olvidan de ellas por unas horas. El jefe está en la sala de ordeño, es tiempo –anochece ya en el pueblo– de que las vacas empiecen a pasar por allí. Hace unos días Simo bajó un radiocasete de la habitación. Ahora lo enciende, lo pone a todo volumen y la música inunda esa parte de la nave. Por la mañana el veterinario ha preguntado a Joaquín por la música.

—Las vacas, que están aprendiendo otro idioma –le ha contestado entre risas.

Cuando Simo termina de limpiar, son las diez de la noche. Entra entonces en el recinto de las vacas en busca de la ternera recién nacida. La sube a un carretillo –ella trata de bajarse, pero se tropieza y cae al fondo del carro– y se la lleva al redil de las recién nacidas. Le coloca un aro en el cuello y engancha a él una cadena corta. A Simo le da pena este momento: la madre empieza a mugir, a llorar, por la separación. Lo hará durante horas, no dejará de mugir hasta la mañana siguiente. Cuando

pase por la sala de ordeño, se olvidará. Con su leche llenarán el biberón que Joaquín le dará a su cría.

El jefe se ha ido a casa. Simo sube las escaleras hacia su habitación. Leila ha sacado de la nevera una bolsa de carne picada que fríe en la cocina eléctrica. En una pota cuece unos macarrones. Simo se mete en la ducha. Disfruta el agua bien caliente, le da pereza salir a la humedad de la habitación. Cuando por fin decide secarse, Leila entra en el baño y le quita la toalla –la arroja a un lado– y comienza a besarle la boca.

Para cuando se acuerdan de cenar, la comida se ha enfriado. Simo la recalienta mientras Leila tiende la ropa junto a la estufa eléctrica. Se sientan en el sofá, delante de la tele, con los platos de comida apoyados en los muslos.

—Le he pedido a Joaquín –dice Simo– dos semanas de vacaciones.

—¿Y qué ha dicho?

—Poner pegas: que es mal momento, que hay mucho trabajo, que no puedo dejarle tirado ahora... Pero no aguanto más. Quiero ver a mi madre y a mi hermanita. La única vez que la vi tenía seis meses, y ahora tiene casi seis años.

Jenny alterna contratos de interna con otros de trabajo por horas en varias casas. Un día la llama una profesora

para pedirle una entrevista. Está haciendo un trabajo de investigación en un máster de género y migraciones y quiere conocer la experiencia de Jenny en España. Como se da cuenta de que tiene pocos ingresos, la profesora le acaba proponiendo que limpie su casa dos veces a la semana, dos horas cada día. Sin contrato. Por ocho euros la hora, que se quedan en siete porque Jenny paga el autobús para ir y volver al pueblo.

Para entonces ha accedido a los papeles. Pero se ha visto empujada a revocar la pareja de hecho con Rafa: ésta le hubiera facilitado el acceso mucho más rápidamente a la tarjeta de residencia, pero para poder tramitarla por su cuenta ha tenido que deshacer esa unión burocrática.

Una tarde Jenny conoce en una fiesta peruana a un marinero asturiano. Ricardo había estado casado quince años con una peruana y se acaba de divorciar. A Jenny le gusta la conversación con él sobre Perú y su gastronomía, es un gran conocedor de muchos de los platos tradicionales que ella añora.

Ricardo se embarca al día siguiente. No deja de enviarle mensajes y llamarla durante los meses que permanece en alta mar. Al volver a tierra empiezan a verse y pronto se emparejan. La historia dura poco más de un año. Cenaban juntos en una terraza, en los inicios de su relación, cuando a Jenny le suena el teléfono móvil. Se pone nerviosa al ver en la pantalla que es Rafa quien la llama –nunca había dejado de hacerlo–, pero responde al teléfono. Rafa le dice que está en Oviedo y que quiere verla.

Ricardo la mira con extrañeza y le pregunta con quién habla mientras Rafa insiste con la cita. Jenny, entre dos aguas, decide quedar con él para cortar la llamada. Luego piensa que ha hecho bien. Quiere decirle que ya no son pareja de hecho y que tiene novio. Se ven al día siguiente. Rafa la espera tomando una copa de vino. Jenny sólo quiere transmitirle sus mensajes y marcharse. Él vuelve a ser el hombre amable y cariñoso que ella había conocido, le pide que se relaje y brinde con él. Ella acaba tropezando con su propia copa y vierte buena parte del vino sobre la mesa. Tranquila, pequeña, le dice Rafa. Y le hace una carantoña.

—Mira, Rafa, te voy a decir dos cosas y me voy a marchar. Tengo una nueva pareja y me está esperando aquí cerca. No quiero que me sigas llamando.

Jenny toma aire y añade:

—Y tú y yo ya no estamos en el registro de parejas de hecho. He tenido que hacer papeles para lograr el permiso de residencia por mi cuenta.

El semblante de Rafa se transforma. Jenny no le da tiempo a reaccionar. Se levanta, se despide y se va. No ha recorrido ni cincuenta metros cuando se encuentra con Ricardo, que viene en su busca. Él insiste en conocer a Rafa y, aunque Jenny se opone, se deja arrastrar de vuelta al bar. Para cuando llegan, la copa vacía de Rafa aún está sobre la mesa, junto al pequeño charco de vino que había provocado Jenny con su tropiezo, pero Rafa se ha esfumado. Un alivio, en verdad, para ella.

A la mañana siguiente sale del hotel donde se acuesta con Ricardo, él nunca quiere ir a la habitación de alquiler donde ella vive, en una residencia de estudiantes. Se encamina, deprisa porque llega tarde, a la casa de un anciano enfermo al que cuida seis días a la semana. Su espalda vuelve a estar maltrecha, es verdaderamente duro cargar con el cuerpo de Agustín. Mover ese peso sobre mis vértebras, se dice varias veces al día, es un trabajo para dos personas.

Ensimismada, haciendo recuento de las tareas por hacer, Jenny no ve llegar al tipo que, por detrás, se abalanza sobre ella y le rodea el cuello con el brazo, apretando. Antes de que abra la boca ella ya sabe, por su olor, por la forma del brazo alrededor de su cuello, que es Rafa quien la tiene sujeta.

—¿Por ese enano me has dejado, pequeña? ¿Tú crees que merece la pena abandonarme por ese enano calvo?

Jenny muerde el brazo de Rafa. Él afloja la presión y ella se zafa y sale corriendo por la calle, gritando. Es la primera y única vez que decide denunciarle. Es, también, la última vez que le ha visto, aunque él aún la llama a veces. Ella, que nunca ha conseguido odiarle, contesta al teléfono, se interesa por cómo le va, se compadece de él. Desde pequeña supo lo que era el alcoholismo, se dice, como justificándole.

El taxi deja a Simo frente al portal y allí está Mina, esperando tras la puerta entornada. Sale a la calle y se abraza a su hijo. El tiempo se detiene un instante, cinco años se condensan en unos pocos segundos.

Mina no lo dice, pero se siente aliviada al ver a su hijo con tan buen aspecto. Recuerda su otra visita hace un lustro, su rostro demacrado y su hablar balbuceante. Observaba sus ojos enrojecidos y se preguntaba qué enfermedad tendría Simo. Más tarde le encontró los porros en el bolsillo del pantalón, y enseguida fue a devolvérselos en silencio. La sobresaltó encontrárselos, aunque, se decía, éste no es el verdadero problema de mi hijo.

Él nunca le ha hablado del agujero negro que le absorbió durante años, tampoco le ha nombrado la cárcel. Pero Mina, sin necesidad de imaginar los detalles, sabe lo que ha pasado. Y sabe también lo que es estar meses y meses sin tener noticias de su hijo. Nunca olvidará lo que fue ese silencio que se iba haciendo cada vez más espeso, esa angustia que iba conquistando su cuerpo a medida que pasaban los días y las semanas y los meses.

Mina es el centro de gravedad de la familia, a su alrededor orbita el resto de miembros de la misma. No sólo sostiene a las que están, sino que su presencia simbólica ejerce una influencia esencial en quienes, como Simo, han emigrado. Ella es, para él, a la vez una madre ausente a la que añora y una madre que logra hacerse presente, acompañarle, a pesar de los mil kilómetros y las alambradas que los separan. Mina se las ha arreglado

para transmitir a Simo enseñanzas sobre los límites que un adolescente como él ha tenido que aprender a manejar. A veces lo ha hecho mediante una llamada telefónica, aunque para Simo ha sido más importante, más influyente, sobre todo cuando más perdido estaba en la vida, traer junto a sí el recuerdo de su madre –el recuerdo de la forma en que Mina habita el mundo–, así como la esperanza de un reencuentro con ella. ¿Quién seré cuando mi madre me vuelva a ver? Mina se ha colado de este modo en el imaginario que su hijo ha ido haciendo propio. Sin la presencia de su madre es probable que Simo estuviera hoy muerto, desplomado sobre una acera de la ciudad o apuñalado y arrojado a un vertedero.

Arriba, en el piso, varias mujeres –su abuela y algunas de sus tías– esperan también su llegada. La familia es básicamente una familia de mujeres. La bisabuela –dicen– tiene más de cien años. Hace tiempo que ha perdido completamente la vista. Su memoria sigue siendo prodigiosa. Vive sola y camina, a ciegas, hasta la esquina de la calle donde se instala cada día. Es allí donde le gusta cantar.

La abuela, hija de la anciana ciega, ha tenido una larga descendencia: ha parido trece veces. No está bien de salud, pero se la ve caminar a buen paso por las intrincadas callejas de La Medina de Fez, y sube los cuatro pisos de su casa bien aprisa.

Hiba es la nueva mujer de la familia. La niña tiene cerca de seis años y desprende energía por todos los poros de su piel. Abraza a su hermano, nerviosa y tímida al principio y un terremoto de juegos, risas y miradas traviesas inmediatamente después.

Mina se volvió a casar hace unos años. Su marido, el padre de Hiba, conduce un camión. Vive con ellas tres o cuatro días cada mes. En la casa no se percibe ningún rastro de él.

En Fez, Simo se reencuentra con Redouan, un amigo de la infancia, más que un hermano. Juntos vuelven a callejear por la ciudad y a compartir el momento mágico del baño en el *hammam*. Redouan frota enérgicamente la espalda de Simo, recorre todo su cuerpo con la esponja. Aquí el más solícito, el más servicial, el más hospitalario, es el mejor considerado. Redouan, en esto, es insuperable.

Simo no sabe nada de su padre desde hace más de una década. Su madre le había abandonado cuando el niño tenía cuatro años, cansada de recibir golpes. Con once, Simo mira a un niño a punto de caer de un burro. Su padre le agarra a tiempo de que no caiga y le abraza para que se le quite el susto. A Simo le duele la escena. En esa época, su madre tenía que irse a trabajar de madrugada y no volvía hasta la noche. Simo empezaba a pensar en seguir los pasos de algunos de sus amigos, marcharse de Fez camino de Beni Nsar para cruzar la frontera de Melilla y llegar a España.

Es Redouan quien sale en busca del padre de Simo y lo lleva a un lugar previamente convenido con su amigo. El padre abraza al hijo y sólo dice, repetidas veces, perdóname. Simo, mientras tanto, mira al suelo. Acompaña a su padre a la casa donde vive con sus hermanastros. Por el camino se entera de que no tiene cuatro, como le habían contado, sino sólo dos. Abrían mucho los ojos y

me sonreían. Sentí que esperaban algo de mí. Simo se acerca a una tienda del barrio y deja pagada una larga lista de alimentos: patatas, yogures, leche, arroz...

Pasan las horas y Simo se confiesa inquieto, nervioso. Después de tanto tiempo en el talego y tanto tiempo a solas con las vacas, me siento extraño entre mi gente. Más tarde dirá: si tuviera que volver a vivir aquí, me moriría. Lo dice al entrar en casa tras fumarse un cigarrillo en la azotea que hay en el tejado del edificio. Lleva un rato allá arriba, deteniendo su mirada en los grupos de personas sentadas en las piedras de esa especie de explanada que hay frente a la casa, gentes que dejan discurrir el día, sin prisa, con paciencia, sin nada, al menos aparentemente, que hacer.

Me moriría, dice Simo. Pero no pasa ni seis meses en Oviedo y ya está corriendo de vuelta a Marruecos.

42

Es tras un período largo sin trabajo cuando Jenny se deja convencer para ir a trabajar al club. Hacía tiempo que algunas de sus amigas le insistían. Ganamos más en un día de lo que tú consigues en una semana, le decía Lilian. Yo lo arreglo con el jefe y te acompaño, no te preocupes. Lilian la lleva a su casa, le deja ropa y la ayuda a maquillarse. Estás estupenda, le susurra frente al espejo. Y llama a un taxi.

Cuando entran en el club, Lilian se acerca a la barra y habla con el encargado. Se gira de vez en cuando y señala a Jenny, mientras el tipo asiente.

Algunas mujeres bailan en la sala, que se va llenando rápidamente de hombres. Los que pasan junto a Jenny rozan sus cuerpos con ella, que trata de ocupar el menor espacio posible al tiempo que observa alternativamente a Lilian en su negociación y el ritual de selección que se está produciendo en la sala. Algunas chicas se acercan ya a la barra en compañía. Jenny intenta hacerse fuerte, recordar los argumentos de su amiga. De pronto se le viene a la cabeza que Rafa podría entrar por esa puerta, verla allí, escogerla a ella para subir a una habitación. Esa escena imaginada empieza a obsesionarla, ya no puede pensar en otra cosa. Se acerca a Lilian para avisarla –tengo que salir de aquí– y corre hacia la puerta. Su amiga sale tras ella y trata de convencerla de que regrese. Le has parecido muy bonita al encargado, quiere que te quedes, le dice. Jenny solloza y se disculpa. Siento hacerte esto, Lilian, tengo que marcharme. Lilian entra de nuevo al club, coge su abrigo y se sube a un taxi con Jenny.

43

En una de las calles principales de Berrechide, a un paso de Casablanca, el joven encargado de un pequeño restaurante anima a una pareja de turistas, que se ha quedado dudando, a entrar a cenar. En el bar sólo sirven pollo asado, patatas con salsa de tomate o mayonesa y

una ensalada bastante simple, pero el joven enseguida logra convencer a la pareja de las excelencias del lugar.

En las mesas –recicladas de una cadena de comida rápida– se sientan también, cada uno en la suya, tres hombres del vecindario. El joven se encarga de servirles. Una mujer ultima las patatas y las ensaladas en la cocina, al fondo, y otro chico asa los pollos en una parrilla que ejerce de reclamo a la entrada del bar. Aunque el joven encargado va y viene por todas las mesas, se nota que atiende con especial deferencia a la pareja de turistas, a la que ha identificado desde el principio como española. Antes de terminar de cenar, ya le han invitado a que se siente con ellos y conversan animadamente.

—He vivido casi diez años en España –les confiesa–. Y espero volver pronto a estar allí.

De madrugada, desdobra un mugriento colchón sobre el suelo de un altillo que hay justo encima de la cocina. Ése es su hogar, al menos por el momento.

En el año y medio que lleva en Marruecos desde que le deportaron ha tratado de saltar dos veces la valla de Ceuta. En la primera ocasión no logró superarla y la policía marroquí se ensañó con él. La segunda vez se preparó mejor. Usó una escalera con la que subió la primera valla para, desde arriba, apoyarla en la segunda alamburada. Cuando logró saltar a territorio español, un intenso foco de luz le persiguió en su carrera desbocada hasta que dos policías españoles le interceptaron, le dieron cuatro hostias y le condujeron de nuevo a la frontera para devolverle, por una puerta, a los gendarmes marroquíes. Quizás porque les llamó la atención su locuacidad

conversando con los españoles que le acababan de capturar, esta vez sus compatriotas no le pegaron.

Ahora, en sus ratos libres, Ahmed busca por internet los detalles de la travesía acuática hacia España mientras fantasea con la compra de un traje de neopreno.

Me encuentro con Jenny en un bar del casco viejo. Hace meses que no nos vemos –Mari, la mujer luminosa, nos había presentado la primera vez– y hemos escogido este lugar de ambiente tranquilo para ponernos al día. Pedimos unos vinos y un par de tapas justo en el momento en que un grupo de músicos entra en el garito. Sacan una gaita y unas panderetas y logran que todo el mundo comience a cantar y a bailar. Sólo Jenny y yo, en nuestro rincón, tratamos de hacernos entender en medio del jolgorio. Finalmente nos damos por vencidas y nos giramos para observar, divertidas, cómo una mujer enorme que acaba de entrar en el bar conquista rápidamente el centro de la escena con su desparpajo bailongo.

Hay una tristeza y una belleza imponentes en el rostro de Jenny.

Como el barullo no cesa, opta por enseñarme cientos de fotos y algunos vídeos que tiene guardados en su teléfono. Ha vuelto a Perú en una ocasión. Una serie de fotos muestra el recibimiento familiar que le prepararon en el aeropuerto. A través de las imágenes, va presentándome a su madre, a su hijo, a algunas de sus hermanas y hermanos.

Me muestra también la pancarta de bienvenida que le dibujaron. Y pone en marcha un vídeo, una interminable sucesión de abrazos.

La camarera interrumpe el visionado con un plato de croquetas.

La juerga musical arrecia.

Cuando se abre una tregua, me enseña una foto en la que aparece con su madre, las dos acucilladas y abrazadas junto a la tumba de su padre. El parecido entre las dos mujeres –esa belleza triste– es increíble.

Pedimos otro vino mientras Jenny relata los equilibrios que tuvo que hacer en una ocasión para conservar su trabajo. Cuidaba a una niña y a un niño muy pequeños, casi bebés. Los había atendido prácticamente desde que nacieron. La madre me dijo un día que me reducía la jornada a la mitad, que ya no me necesitaba tanto tiempo. A los pocos días, la avisé de que había encontrado otro trabajo, pero no era verdad. Señora, tengo que pensar en mí y la tengo que dejar, no puedo vivir con media jornada. La mujer refuló rápidamente y restableció la jornada de Jenny. A ella no le pareció bastante: comparó sus condiciones con la supuesta oferta que tenía y consiguió arrancar quince días de vacaciones en navidad. Imagínate que el órdago no me hubiera funcionado, me dice orgullosa, ni media jornada ni completa, me hubiera quedado en la calle.

Han pasado ya unos años de aquello y ahora Jenny vuelve a hacer milagros para llegar a fin de mes.

A veces me despierto por la noche y pienso que soy una egoísta, me dice. Una egoísta con mi familia por no haber

hecho más plata, por no haber podido prostituirme. Envío doscientos euros a mi hijo desde hace años, ha podido estudiar gracias a esa plata. Pero hace meses que no puedo enviársela. Si hubiera trabajado en el club, quizás ya podría estar de vuelta en Perú, no me habría perdido todos estos años de mi hijo. Tantas amigas que han hecho un capital, que han construido una casa en su país, que han podido invertir dinero allá a través de su familia.

Jenny se queda en silencio, yo tampoco tengo nada que decir.

Hace un rato que los músicos se han ido.

De pronto el personaje que irrumpe en el bar nos arranca una sonrisa: es Lamp, con todos sus bártulos a cuestas. Él no nos ve hasta que, en su ronda por las mesas, llega a la nuestra. Jenny recuerda haberle visto una vez en la escalera en la época en que compartieron portal. Lamp no la recuerda a ella. Cuando se va –sólo se queda un momento, hoy va con prisa–, Jenny vuelve al silencio, absorta en sus recuerdos.

Ahora revisa de nuevo fotos en el teléfono. Y me muestra otra. Un día quiero volver al bar de este hotel, me dice. Recordar la época en que yo vivía allí dentro y no me atrevía a salir, la época en que pensaba que tenía que pedirle permiso a Sergio para dar un paseo. Quiero volver, pedir un café en la barra y retar a ese hombre con la mirada si es que se atreve a cruzar la suya con la mía. Tomarme el café a mi ritmo, disfrutando su sabor, y marcharme cuando yo lo decida.

\* \* \*

## AGRADECIMIENTOS

No importan las palabras que escoja para llenar esta página, nunca reflejarán suficientemente el carácter colectivo de este libro. En él, muchas personas se han ido convirtiendo en personajes. La escritura de esta novela -o lo que quiera que sea este texto- se ha alimentado de sus vidas y de sus palabras. En algunos casos, es fácil reconocer el vínculo entre realidad y ficción: las historias de Rachid y de Mandaw se pueden rastrear en los periódicos. Mandaw Diagne es el nombre real del joven que, el 25 de agosto de 2007, se golpeó la cabeza al caer de un camión de la empresa Cubo Express y, quince meses más tarde, falleció en una clínica de la ciudad de Oviedo.

Hay personajes que, a medida que discurre el libro, se van independizando cada vez más de las personas a las que remitían en su origen. Por ésa y por otras razones, muchos nombres han sido modificados. Hay, también, protagonistas de esta novela que han nacido exclusivamente en la ficción, que se han ido colando por sí mismas en esta historia.

Quiero agradecer su participación en este libro a aquellas que han contribuido consciente y activamente a su elaboración y a quienes lo han hecho sin saberlo. A quienes sientan esta historia como propia y a quienes les pueda resultar incómoda. A quienes –espero– conmueva y a quienes –quizás– enfade.

Pero este libro es un libro coral no solamente por sus personajes, sino por todas las personas que han participado en él entre bastidores. Pedazos de esta novela han circulado tanto que sería demasiado arriesgado hacer una enumeración exhaustiva de todas las que habéis leído o escuchado un trocito y me habéis devuelto una opinión, una sugerencia, una corrección, una crítica... Para mí, este proceso ha sido parte esencial de la creación de la novela, que ha ido adquiriendo cuerpo a medida que leíamos en voz alta muchas de sus escenas. Ojalá hayáis disfrutado tanto como yo de esas lecturas colectivas.

Este libro se nutre de todas las experiencias acumuladas en los aproximadamente trece años de existencia de Cambalache y de nuestra década de participación como colectivo en la Ruta contra'l racismo y la represión.

Agradezco a la asamblea de Cambalache que haya apostado por este proyecto, no sólo por la decisión de editar la novela, sino por asumir con tanto detallismo y cariño la lectura de los bocetos y porque varias personas han dedicado su tiempo a liberarme a mí de otras tareas para que pudiera escribir. Eva, Adama,

Ana G., Ana F., Irene, Marcos, Braulio, Fernando, Germán, Juan, María y todas las que os sentís parte de Cambalache, gracias por tanta generosidad.

Agradezco particularmente a Adama su capacidad para traducir e interpretar muchas conversaciones sin las cuales no habría sido posible escribir la historia de Mandaw Diagne.

Amelia ya es mucho más que nuestra diseñadora y maquetadora. Sé todo lo partícipe y cómplice que te sientes de este libro.

Gracias, también, al equipo corrector: Irene, Pedro, Ana y Germán. Cuando vi la exhaustividad con la que habíais corregido el texto, se me cayó el alma a los pies. ¡Madre mía, cada coma, cada léismo, cada repetición fue motivo de análisis por este equipo implacable! Creo que nunca había visto una corrección de un texto tan comprometida, tan implicada en que el resultado final fuera el mejor posible. Gracias infinitas a lxs cuatro.

Quiero expresar un agradecimiento especial a Irene, que no sólo coordinó esas correcciones con su profesionalidad habitual, sino que ha sido un sostén y una compañía constante para mí durante estos cuatro años de trabajo en la novela. Como ella misma escribe: «Tú eres la red. Hasta que no veo que estás realmente ahí, no salto».

Otras personas que no participan del día a día de la asamblea han asumido con entusiasmo la tarea de lectura y corrección. Santi, Gema, Carlos, Maribel, Nere,

Jose Antonio, Ana, mil gracias por vuestras aportaciones.

Con Gema y Moha compartí un viaje a Marruecos clave para escribir algunas de las escenas de este libro. Gracias, Moha, por tu hospitalidad y la de tu familia. Gracias, Gema, por tu mirada.

Lucía me acogió cariñosamente en Leeds y de ese modo facilitó mi visita a Liverpool.

Este libro terminó de escribirse a primeros de marzo en Túnez. Quiero agradecer a Ana y a Santi esa semana en la que acompañaron los últimos pasos del proceso de escritura. Gracias por todos los cuidados de esos días y por la indagación que nos permitió –por fin– dar con un título.



## Títulos publicados

---

### Migraciones

#### **La mancha de la raza**

Carta a un niño rumano  
Marco Aime, 2014. 72 pág.  
ISBN: 978-84-939633-6-1

**Paremos los vuelos. Las deportaciones de inmigrantes y el boicot a Air Europa**  
Campaña Estatal por el Cierre de los CIE, 2014. 112 pág. ISBN: 978-84-939633-5-4.

#### **Quién invade a quién.**

**Del colonialismo al II Plan África**  
Eduardo Romero, 2011. 132 pág.  
ISBN: 978-84-939633-0-9.

#### **Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo**

Eduardo Romero, 2010. 144 pág.  
ISBN: 978-84-614-0884-9.

#### **A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión**

Eduardo Romero, 2008. 123 pág.  
ISBN: 978-84-612-7617-2.

#### **Rodaré maldiciendo.**

**Poemas y arte callejero**  
Silvia Cuevas-Morales, 2008. 37 pág.  
ISBN: 978-84-612-4533-8.

#### **¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración**

Eduardo Romero, 2007 (2ª ed.). 68 pág.  
ISBN: 978-84-611-4544-7.

#### **Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles**

Marco Valle, 2004 (2ª ed.). 95 pág.  
ISBN: 978-84-607-9379-3.

### Memoria

#### **Diario de un insumiso preso**

Carlos Fueyo Tirado, 2015.  
172 pág. ISBN: 978-84-944572-1-0.

### **Mi guerra de España**

Mika Etchebéhère, 2014. 512 pág.  
ISBN: 978-84-939633-4-7

#### **Nos matan y no es noticia.**

**Parapolítica de estado en Colombia**  
Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010. 192 pág.  
ISBN: 978-84-614-0084-3.

#### **Incendiaros de ídolos.**

**Un viaje por la revolución de Asturias**  
Mathieu Corman, 2009. 170 pág.  
ISBN: 978-84-613-0725-8.

### Formación

**Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional**  
Miguel Moro, 2005. 242 pág.  
ISBN: 978-84-609-5602-0.

#### **Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].**

VV. AA., 2005. 48 pág.  
ISBN: 978-84-609-4170-5.

### Ecología

#### **Ecología sobre la mesa.**

**Recetas para las cuatro estaciones**  
María Arce, Íñigo González, Eva Martínez y Marina Tarancón, 2015 (3ª ed.).  
184 pág. ISBN: 978-84-944572-0-3.

#### **El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias**

*(CD documental El Oro de Salave, Jose Alberto Álvarez)* VV. AA., 2013.  
208 pág. ISBN: 978-84-939633-7.

#### **Catalina y los bosques de hormigón**

Ana Laura Barros y David Acera, 2007 (2ª ed.). 53 pág.  
ISBN: 978-84-611-8953-3.

### **Oviedo detrás de la fachada**

*(fotografía / texto-plano de Oviedo).*  
María Arce, 2007.  
ISBN: 978-84-611-6895-8.  
Miguel Moro, 2007. 182 pág.  
ISBN: 978-84-611-6896-5.

#### **Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua**

Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006. 119 pág.  
ISBN: 84-611-0896-5.

#### **Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias**

VV. AA., 2005. 195 pág.  
ISBN: 84-609-7722-6.

### Feminismo

#### **La Madeja (nº 0). Aborto.**

Publicación periódica feminista.  
VV. AA., 2010. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 1). Migraciones.**

Publicación periódica feminista.  
VV. AA., 2010. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 2). Cuerpos.**

Publicación periódica feminista.  
VV. AA., 2011. 56 pág.  
ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 3). Paisajes.**

Publicación periódica feminista.  
VV. AA., 2012. 56 pág.  
ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 4). Amores.**

Publicación periódica feminista.  
VV. AA., 2013. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 5). Transgresiones.**

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2014. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 6). Cuidados**

Publicación periódica feminista.  
VV. AA., 2015. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### **Naiyiria**

Amelia Celaya y Eduardo Romero  
2016. 48 páginas. 978-84-944572-3-4

### Cuentos

#### **Cosas que sucedieron (o no)**

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2013. 48 pág.  
ISBN: 978-84-939633-3-0.

#### **Este loco mundo. 17 cuentos**

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2016 (2ª ed.). 72 pág.  
ISBN: 978-84-614-0083-6.

### Narrativa

#### **65% agua**

Isabel Alba, 2014. 168 pág.  
ISBN: 978-84-939633-8-5.

#### **Lloro por King Kong**

Pablo Sorozábal Serrano, 2015.  
254 pág. ISBN: 978-84-939633-9-2.

### Fuera de colección

#### **De la poesía**

T. S. Norio, 2012  
(coedición con Libros de la Herida).  
496 páginas.  
ISBN: 978-84-939633-2-3.

